La corsaria de Madeira

Karina Graciela Salazar

KGS

La corsaria de Madeira

Karina Graciela Salazar

La corsaria de Madeira.

© Edición agosto 2019.
© Karina Graciela Salazar.

Visita su página web: http://karina-salazar.com
E-Mail: info@karina-salazar.com
Facebook e Instagram: karinasalazarok

© Ediciones KaruS.
ISBN: 978-987-86-0864-8
Maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.
Diseño de portada e ilustraciones: José Aguilar García.
E-Mail: aguilardibuja@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son producto de la imaginación de la autora.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial, o la distribución de esta obra, en cualquier medio o procedimiento, comprendidos los tratamientos informáticos y reprografía.

A los habitantes del archipiélago de Madeira.
A mi familia: diez millones de gracias.
Amigos: a probar el vino de Madeira.

Índice

Prólogo
1 Despedida de mi viejo diario
2 Brumas nuevas, brumas negras
3 Ataque al corazón
4 El Paridera
5 Bienvenida al mundo real
6 Elizabeth… Bella Elizabeth
7 Cãmara de Lobos
8 La caja de Pandora
9 Porto Santo
10 Roxana, Diosa del mar
11 João
12 Capitán Pedro Almeida
13 Plan maléfico
14 Capitán John England
15 Circunvalación
16 El toro se toma por las astas
17 Alonso
18 ¡No te mueras!
19 Intercambio de cautivos
20 Mary-Jane England
21 El hijo del Sheik
22 Ofrenda de paz
Biografía

Prólogo

La mansión que Edward Chamberlain poseía en la ciudad de Londres prometía brillar nuevamente, como de costumbre, luego de las Navidades y demás fiestas de guardar. Una multitud de criados entraba y salía cargando canastos llenos de provisiones: frutas, hortalizas, flores frescas y de las otras, para desecar, e infinidad de arcones cerrados. El alboroto de la mudanza, sumado a los carruajes parados en fila en la calle, despertaban la atención de los transeúntes; quienes se paraban atónitos, buscando información certera de alguna criada holgazana, tal vez, dispuesta más a conversar que a trabajar:

—¿Quién se está mudando?

—¡Nadie se muda! Es la casa del señor Chamberlain, quien llega en unos días, junto a su hermosa hija, *lady* Elizabeth.

—Ya veo —decían unas comadres, mientras se miraban la una a la otra.

—¡Déjate de chismorrear y vuelve a tus quehaceres! —gritó una voz de mando desde lejos.

La muchacha escuchó el reto y obedeció ipso facto; sin saludar, partió raudamente hacia la casa. Primero pasó por un largo pasillo, pues la servidumbre no usaba, bajo ningún concepto, la entrada principal de la casa. Luego caminó en dirección al murmullo de voces, cuyo sonido se tornaba más fuerte a medida que se iba acercando, así que se paró frente a la puerta del salón para recibir visitas y vio cómo sus compañeras se encontraban en plena tarea de quitar las sábanas blancas de los muebles. Sin pensarlo dos veces, se dirigió a ayudarlas y comenzó a doblarlas con cuidado, para no desparramar el polvo.

Luego de muchas horas de trabajo, el sol yacía en el poniente. Fue en ese mismo momento cuando los lacayos subieron, con mucho esfuerzo, el imponente y majestuoso candelabro de cristal. Todos sabían que no había otro ejemplar como ese en Londres: *lord*

Chamberlain lo había mandado a traer de Venecia el año anterior para la presentación en sociedad de su amada hija: que nadie dudara de que quien se llevara semejante perla se aseguraría también su cuantiosa dote.

Así, los días pasaron y *lord* Chamberlain no defraudó con su promesa y llegó a Londres; pero no llegó solo, su hija Elizabeth lo acompañaba. Se aseguró de arribar a la hora de cena, para que las miradas de la chusma no pudieran descubrir cualquier rasgo de cansancio de él o de su hija, aunque esta, debido a su juventud, rara vez demostraba cualquier señal de agotamiento en su cuerpo y, mucho menos, en su espíritu.

Descansaron toda la noche y, al siguiente día, su padre se levantó temprano y esperó a alguien para probar el primer bocado. Sin embargo, había mandado a sus criados a llamar a su hija, con la advertencia de que pusieran especial esmero en su vestimenta y peinado, pues esperaban visitas.

Fiel a su decoro y como buena hija obediente, momentos más tarde, Elizabeth no se hizo esperar y se presentó en el comedor, bajo la atenta y deslumbrada mirada de tres señores, uno de ellos, su padre, quienes abandonaron sus sillas ni bien vieron a la dama.

—¡Elizabeth, querida! —Su padre salió a recibirla con una alegría demasiado desbordante para su costumbre matinal.

Elizabeth sintió una corazonada muy fuerte, pero prefirió callar y ver cómo se desencadenaban las cosas.

—Padre… —saludó mientras hacía una reverencia, debido a la presencia de visitas en su casa.

—Elizabeth, estos son el marqués de Bloombery y su hijo, Robert.

—Encantada —dijo con un leve asentimiento de cabeza, mientras espiaba por el rabillo del ojo al hombre más joven.

De pronto, Elizabeth se percibió insegura frente a esos extraños, se sintió torpe en su vestido y en sus maneras. Esa sensación le era ajena, desconocida. Elizabeth era la joven más segura de Londres. Su simpatía y belleza la tornaban inmediatamente popular por doquier. Sin embargo, Robert era el hombre más apuesto que había conocido hasta ahora. Empero, no lo había visto en su baile de presentación en sociedad. De eso estaba segura. Semejante ejemplar no hubiera pasado desapercibido para nadie… y menos para ella.

—Querida, me gustaría que supieras que hemos mantenido diferentes conversaciones por varios meses… —interrumpió sus pensamientos su padre.

—Perdón, padre —se excusó, perdida en sus cuitas.

—Como te estábamos diciendo… —continuó Edward—, el marqués de Bloombery y yo hemos determinado que una unión entre nuestras familias sería una excelente oportunidad para afianzar ambas fortunas y, además, que obtuvieras al menos un título nobiliario, ya que, con la muerte de tu madre, poco hemos podido hacer.

—Estoy más que convencido de que Elizabeth es la mujer ideal para representar en sociedad a la perfección dos fortunas —dijo el marqués, sin poder contener su alegría.

Elizabeth miraba una vez más, de reojo, a su prometido en silencio. Sabía cuál era su lugar en este entuerto y qué se esperaba de ella… o, mejor dicho, qué no se esperaba. Así que optó por lo primero: asentir y callar. Ya tendría tiempo para azotar a su padre con preguntas. O no tanto. Al menos, su progenitor había tenido el decoro y la atención de elegir a un candidato joven, rico, con título nobiliario y, además, apuesto. Sería una necia si le reclamara algo. Empero, algo la impulsó a actuar en contra del recato, aunque en forma tímida:

—¿Cuándo les parece oportuno anunciar el compromiso?

Los caballeros, al oír la pregunta, rieron de aprobación mientras se miraban… Eran hombres y la fecha era solamente un trámite de algo que ya habían sellado entre caballeros.

—¿Cuándo te parece apropiado? —preguntó Robert.

Elizabeth se sonrojó y lo supo. Sus mejillas ardían… y sus otras partes también.

Sin dejar de mirar el mantel de bordado primoroso, color blanco, pronunció:

—Creo que podríamos anunciar el compromiso con una fiesta… que sea la primera de la temporada, después de Pascua, para que nadie se nos adelante,.

—¡Te dije que elegir a esta chica era beneficioso para nosotros! —exclamó el marqués mirando a su hijo—. Te dije que…

—Y con respecto al casamiento, hagámoslo justo antes de Glorious Twelfth[1] —continuó ella, sin percatarse de que acababa de interrumpir a su futuro suegro—. De esta manera, estaremos en boca de todos al comienzo y al final de la temporada.

Su suegro espetó una carcajada mezclada con sorpresa; no pareció importarle que ella le hubiera quitado su derecho divino a hablar.

—Con esta joven, nos aseguraremos de siempre estar bien representados ante la sociedad… —Y continuó—: Dios mío, Robert, desde la muerte de tu madre que no sentía la necesidad de tener a

una criatura del sexo opuesto permanentemente a mi lado…

Elizabeth rio de satisfacción por lo bajo, pero ocultó por completo su sorna. No necesitaba la aprobación de ningún marqués para saber que ella era muy buena en protocolo y ceremonial. Bueno, tal vez si fuera un duque, entonces, se hubiera sentido más aliviada de saber que el legado materno y su ducado estaban bien representados. Aunque su título hubiera pasado, hacía muchos años ya, de manos de su familia a un extraño que nada tenía que ver con ellos.

—Edward, ¡tenemos mucho que hacer en América!

—¡Eso ni lo menciones! ¡No veo la hora de comenzar a hacer negocios prósperos con quien quiera comprar nuestros productos!

—¡Exactamente! —exclamó el marqués—. Estaba pensando que… si quieres adelantarnos parte de la dote…, tenemos un navío que zarpa en exactamente una semana del puerto de Boston… Podríamos llenarlo de mercadería.

Inmediatamente, el marqués se interrumpió, al darse cuenta de que Elizabeth estaba con ellos.

—Por favor, adelante, hagan de cuenta que no estoy… —dijo la muchacha al sentirse un estorbo.

—Robert, ¿por qué no recorren la casa un poco? —preguntó su padre.

—Elizabeth, lleva a Robert al salón de tertulias y deléitalo con el clavicordio —acotó Edward.

Sin pestañear, Elizabeth se puso de pie, mientras que, de forma automática, los caballeros hacían lo mismo.

Una vez en el salón de entretenimientos, Elizabeth se acercó al clavicordio y se dispuso a tocar los primeros acordes; sin embargo, su curiosidad pudo más… Después de todo, el caballero sería muy pronto su marido.

—No lo había visto anteriormente —comentó con suavidad mientras tocaba los acordes de *V'adoro pupille*, de Händel.

—Es verdad —reconoció, casi avergonzado, mirando al piso.

Elizabeth seguía tocando la introducción del aria y sabiendo que, muy pronto, tendría que cantar. Le preguntó, rompiendo el protocolo:

—¿Le ofende que le pregunte dónde se encontraba?

Robert rio y dijo:

—En absoluto. Puedes preguntarme lo que quieras… y puedes tutearme también. Después de todo, seremos marido y mujer muy pronto. Me encontraba en las Américas. Fue una pena haberme perdido tu baile de presentación en sociedad. Mas me alegro el

buen tino de tu padre al haberte preservado para el mejor candidato…

—O sea, tú. —Rio con ganas Elizabeth, completando la frase.

—O sea, yo —asintió él mientras se sonrojaba, sin darse cuenta.

Dos días después del lunes de Pascua, desde distintos puntos de la ciudad donde los más ricos vivían, aristócratas y acaudalados comerciantes —muchos de ellos, terratenientes—, se podía escuchar el trote de carruajes, que cesaba justo frente a la casona de Edward Chamberlain.

La fiesta era un éxito. El champán, el vino francés, los *escargots*, [2] tan en boga en Francia, ahora estarían a la moda en la alta sociedad londinense, pues Lizzie Chamberlain los había servido en su fiesta.

Elizabeth era una eximia bailarina y, junto a su prometido Robert, bailaba de una manera perfecta, como una gacela.

Su padre conversaba con todos los aristócratas que podía. No siempre concurrían a sus fiestas. Pero ahora que el marqués de Bloombery estaba involucrado, nadie se hubiera atrevido a rechazar el convite.

Todo iba bien, bajo el escrutinio del señor Chamberlain, hasta que, de repente, quedó parado sin moverse, como petrificado, y con un gesto de cabeza ordenó a su mayordomo Antony seguirlo.

Sin preámbulos, ordenó:

—Lleva a ese par de malnacidos que están escondidos detrás de la columna a mi despacho. Y cerciórate de que no se queden con las joyas de nadie.

El sirviente vio a dos hombres que, a pesar de su esfuerzo por estar a la altura de la fiesta, a todas luces se notaba que no pertenecían a la clase que se encontraba bailando y disfrutando el ágape. Uno era más pequeño y otro le llevaba una cabeza en altura.

A los pocos minutos, Edward hizo una entrada intempestiva en su escritorio.

—¿Cómo se atreven a entrar así en este día tan especial?

El hombre de estatura menor, pero con apariencia más maléfica, giró su torso y esbozó la primera palabra:

—Eddie, Eddie, Eddie —saludó con total parsimonia—. Estábamos preocupados por ti. Es que, desde que ese barco partió, no sabemos qué le ha acaecido.

—Por el barco no tienen que preocuparse —contestó con tono apurado—. De eso me ocupo yo mismo. Ahora salgan

inmediatamente de mi casa. Cuando el barco llegue, los haré llamar para pagarles. Así que…

El hombre de mayor contextura no vaciló y lo tomó del cuello, dejándolo colgado en el aire. El pequeño se acercó y, desde abajo, comenzó a murmurar:

—No me tomes por idiota. Podría estar en tu lugar, comprar un título nobiliario y que me besen el trasero, pero simplemente a mí, esta gente… no me cae bien. Así que mi odio se calma prestando dinero a ti y a los tuyos, los de tu clase, y que no puedan devolverlo.

Edward estaba ya blanco y sin poder respirar.

—Suéltalo… —ordenó el hombre, mientras se dirigía a la salida.

Se escuchó el ruido de un peso muerto desplomado en el piso e, inmediatamente, arcadas en busca de bocanadas de aire.

El pequeño malhechor se volvió y dijo:

—Tienes dos meses… para pagarme.

Como pudo, Edward se reincorporó y, por fin, balbuceó una mentira:

—El barco no llegará hasta dentro de tres meses.

—No me tomes por imbécil… Si el barco llega en dos o en tres meses, eso lo sabré antes que tú… Así que preocúpate por que llegue con mercancías que paguen mi préstamo. Dicho sea de paso, había olvidado lo hermosas que pueden ser las fiestas cuando hay dinero contante y sonante, especialmente cuando es el mío… —Hizo una pausa, como pensativo—. Una pena que no halle placer en los ágapes… —concluyó el malviviente antes de abrir la puerta e irse.

Londres, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, julio 31

Querido diario:
Hoy es uno de los últimos días que me quedan en esta casa, la que me vio nacer, y el solo hecho de pensarlo hace que me suden las manos, por los nervios y, por qué no admitirlo, por miedo. Pronto mi apellido dejará de ser Chamberlain y pasará a ser Bloomberry…

Un hombre caminaba con gesto pesado por las calles de Londres, sin rumbo fijo. De pronto, su marcha se detuvo.

«El señor Chamberlain ha dejado órdenes estrictas de que comiencen la cena sin él. Que volverá más tarde ha dicho». Edward Chamberlain imaginaba esta conversación de criados, hasta podía escuchar sus voces, mas retomó su paso, como un autómata, por

toda la ciudad durante varias horas hasta llegar, sin proponérselo, a cruzar la mitad del *London Bridge*.

«¿A quién quieres engañar? ¡Sabes a lo que has venido!», se dijo al mirar las frías aguas del Támesis. Corrían tan rápido como la sangre por sus venas; su viejo corazón trabajaba a todo lo que daba. Observó entonces, con detenimiento, la enorme piedra que se encontraba a sus pies.

—No lo hagas… —escuchó un susurro. Miró para un lado y luego para otro para buscar la procedencia de la voz. Pero no había nadie. Solo el susurro del agua, que corría con fuerza.

Finalmente, reunió el valor o la cobardía necesarios para anudar un gastado cabo a su pie derecho y el otro extremo a la piedra.

—Que tú cumplas la misión que mis temblorosas manos no pudieron con el abrecartas —murmuró a la piedra, recordando su lamentable intento de cortarse las venas, apenas dos días atrás.

1 Despedida de mi viejo diario

Londres, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, agosto 10

Querido diario:

Me informaron, ayer por la tarde, que debo dejar mi casa. Lamento no haber escrito el mismo día del suceso. Es que carecía de fuerzas para hacerlo.

Resulta que mi padre estaba en la ruina y nunca quiso agobiarme con problemas de hombres, según acabaron por informarme.

«Una mala racha de navíos naufragados sin seguro contra robos de piratas y corsarios, para abaratar costos, sumada a la confianza puesta en las personas equivocadas», me explicó con su voz pausada tan particular el abogado de mi padre.

Pero me estoy adelantando en mi relato, perdona. Seguramente, son los nervios y la vergüenza que siento, porque debo confesar a alguien mis sentimientos y ¿a quién mejor que a ti, mi diario querido?

Ahora que sabes de mi vergüenza, te imaginarás que lo que no me dijo mi padre, de seguro para no agobiarme, como él siempre me decía cuando preguntaba por alguna razón que no fueran bailes, vestidos o reuniones con amigas, es que, al día siguiente, tocarían la puerta de mi casa y que invocando no sabría aclarar bien qué clase de poder (pues yo misma no estaba en la entrada, fue el mayordomo Antony quien abrió la puerta, como de costumbre), dos hombres e infinidad de capataces se atreverían a entrar y tocar todos y cada uno de los objetos de mi hogar: mobiliarios, pinturas, todos los juegos de té y porcelana pertenecientes a mi familia por varias generaciones, escribiendo puntillosamente en un papel su descripción.

Al escuchar desde mi recámara tanta barbarie proveniente del recibidor y la sala principal, mi perro fiel Bracco comenzó a ladrar delante de mi puerta para salir, entonces, bajé yo misma apresuradamente para enterarme del porqué de tanto alboroto, pues en mi casa nos encontrábamos todos guardando el más absoluto luto, además de la vergüenza que conllevaba el suicidio de mi padre, como sabes, querido diario, hace ya más de diez días. Así encontré a esos extraños tomando posesión de mi propiedad como si fuera la suya, mientras algunos mozos dedicados a cuidar nuestro jardín estaban casi a punto de comenzar una riña por la desfachatez de esos señores.

Gracias a la Providencia, me apersoné en el momento justo, antes de que hubiera podido ocurrir lo peor y tal vez, correr sangre, pues uno de los extraños sacó un arma y yo misma ordené a viva voz que la bajara, invocando que esta era mi casa. Y acto seguido, ordené que fueran por mi abogado y por el oficial de Justicia, para que los ánimos de la servidumbre se aplacaran.

Mientras, ordené que los extraños esperaran todos fuera, sin excepción.

Escuché que el mandamás del grupo sacaba un papel y esgrimía silencio a los demás, para poder hablar, y se dirigía a mí en forma desfachatada:

—Señorita Chamberlain, entiendo lo incómodo de la situación, pero nosotros tenemos que cumplir la ley y el orden —pronunció con ojos de cuervo negro.

Ni bien escuché sus palabras, no me reconocí, querido diario, pues debo confesar que me encontraba fuera de mis cabales y, sin pensarlo dos veces, le contesté, amenazante:

—O esperan fuera usted y todos sus secuaces o me aseguraré de que ninguno tenga nunca más trabajo en Londres.

El mandamás sonrió mostrándome los dientes, imposibles de olvidar, pues no estaban totalmente blancos ni limpios: seguramente, el desfachatado fumaría en demasía, pienso ahora con más detenimiento. Mientras ordenaba con un ademán a todos que salieran, me dijo:

—Lamento decirle que, sin la protección de su padre, usted es una mujer como cualquier otra nacida en cuna menos afortunada.

Ni bien escuchó esas palabras, Antony, el mayordomo, dejó su habitual buena compostura para tomar por las solapas al desgraciado, mientras le decía:

—La señorita no estará nunca sola, nos tiene a nosotros y también tiene a su prometido, el marqués de Bloomberry.

En ese momento, querido diario, recordé que realmente no estaba sola para enfrentar esta tragedia, pues contaba con alguien que me defendería. Por esa razón, corrí a buscar pluma y papel para escribirle a Robert y rogar por su presencia en mi casa. Desde el día del entierro, no supe nada de él. Supongo que no quería abrumarme y lo entiendo. No es una situación fácil de digerir todo lo que me está sucediendo. Soy consciente de que debo estar en boca de toda la sociedad de Londres. Mas confío en el socorro de nuestro Señor y en que pronto la sociedad encontrará otro escándalo, otra catástrofe más importante para entretener su aburrimiento y así, dentro de un año más o menos, podremos casarnos y dejar este trago amargo atrás.

Pasado el mediodía, llegaron mi abogado (quien se dirigió directamente al despacho de mi padre y pidió que nadie anunciara su llegada, pues necesitaba arreglar unos asuntos antes) y luego Robert, mi prometido. Gracias al cielo, cuento con doncellas y mozos, quienes son inmensamente fieles a mi familia e hicieron oídos sordos a sus órdenes y anunciaron su presencia a la que era, todavía, la hija del señor Chamberlain, dueño de casa. Así pues, esperé pacientemente en mi habitación, en cuanto supe de la presencia del abogado. Mis doncellas me convencieron de arreglarme el peinado y buscar, entre mis vestidos, el más elegante y recatado, para que, aun guardando luto, demostrara mi posición social e hiciera llevadera la espera; mas no pude guardar recato, encerrada en mi habitación, al enterarme de la presencia de Robert en mi casa.

Corrí escaleras abajo y crucé el pasillo hacia el despacho que había sido de mi padre. Allí encontré a Antony, que estaba muy serio al lado de la puerta.

—¿Qué sucede, Antony? —le pregunté preocupada.

Él solo hizo un gesto para que guardara silencio, algo estaba pasando ahí dentro y, a simple vista, Antony estaba irreconocible. Era como si quisiera escuchar lo que se estaba hablando puertas adentro.

«¿Cómo escuchar cuando las puertas son de la más fina calidad y macizas?», pensé mientras caminaba de un lado al otro en silencio.

Así las cosas, querido diario, en mi caminata de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, vi que la puerta no estaba totalmente cerrada.

«Antony lo hizo a propósito», deduje. Así que, en forma torpe debido a la falta

de experiencia en oír conversaciones ajenas, traté de apoyar mi oído para poder escuchar y, sin querer, la puerta se abrió de par en par. Robert estaba parado dando la espalda a la puerta y el abogado estaba sentado en el sillón, otrora de mi padre, escuchando atentamente las palabras de mi prometido y enfocado en su figura; tanto que no me vieron entrar, pues caminé en línea recta hacia Robert. Pude escuchar:

—Lamentablemente, nuestro compromiso debe romperse, mi padre no permitirá la unión, dadas las circunstancias de deceso del señor Chamberlain y la situación en que ha dejado a su hija…

—No es de caballeros lo que me está diciendo… Es más: es de cobardes. ¡¿Se da cuenta del destino que le espera a la muchacha?! ¿Y cómo le comunicará a Elizabeth semejante noticia? —gritó el abogado poniéndose de pie y dándose cuenta de la presencia de una tercera persona en el despacho.

—No es mi intención comunicárselo… Se lo estoy diciendo a usted, señor Forrester, su abogado.

—Robert, ¿de qué se trata tanto misterio? —pregunté de forma súbita, ignorando cualquier protocolo.

Fue en ese momento, querido confidente, en el que me di cuenta de cómo eran las cosas en el mundo real. Robert bajó su mirada, hizo una tímida reverencia y se retiró de la oficina de mi padre sin decir palabra alguna. Quedamos solos el abogado y yo en la habitación.

—Lo lamento, Elizabeth, lo lamento más de lo que las palabras pueden expresar —dijo mientras se acercaba a abrazarme.

—¿Es lo que imagino? ¿Ha roto nuestro compromiso? —pregunté con horror.

—Me temo que así es.

—¿Cómo es posible? —pregunté incrédula—. Me aseguró que me amaba.

—No bajo estas circunstancias… —aclaró—, lo siento.

—¿No será un escándalo sabiendo que no he sido yo quien lo ha roto? —pregunté inocentemente.

—El padre de Robert ha hecho correr la voz de que has sido tú, presa de la vergüenza, la que lo ha roto —me contestó bajando su mirada, presumo que casi al borde de la vergüenza ajena.

—¿Qué haré ahora sin su protección? —pregunté con desesperación—. Porque, sin contar con hermanos en quienes encontrar cobijo, mi vida se ha ido al demonio.

—Nadie está obligado a honrar deudas heredadas —me contestó el abogado —. No cuentas con ningún familiar en Londres y, aunque tuvieras algún miembro masculino en tu familia, en condiciones de heredar, estaría casi en las mismas condiciones que tú, sin fortuna y lleno de deudas —concluyó.

Me senté a llorar en el sillón de mi padre mirando hacia la pared y luego hacia la ventana que da al jardín, para no ser vista. El abogado tuvo el buen tino de dejarme a solas. Perdí la noción del tiempo, hasta que nuevamente miré hacia el jardín y vi que el sol casi se estaba poniendo.

Con mis pensamientos en miles de lugares, entró nuevamente el abogado para decirme:

—Tengo una buena y una mala noticia, Elizabeth.

Llena de vergüenza y sin mirarlo, le contesté, como pude:

—Dígame primero la mala, para poder regocijarme un poco con la buena.

—La mala es que…, bueno, efectivamente, los acreedores de tu padre han venido a cobrarse lo que puedan… y están autorizados a hacerlo. —Sin esperar, el abogado continuó—: La buena es que he podido negociar y te han dado un

plazo de una semana para abandonar…

—¡Qué generosos! —espeté con una carcajada amarga, mientras lo interrumpía. Era más inocente de lo que parecía.

Mientras estaba meditando sobre la buena noticia, el señor Forrester continuó con sus malas nuevas:

—A condición de que el inventario no sea tocado.

Querido diario, jamás había sentido tanta vergüenza, sí, tanta vergüenza, porque la sucesión de cosas que estaba presenciando no era producto de mis actos, más bien era producto de la casualidad, de haber nacido en cuna de oro, de haber sido amada por mis padres, pero víctima de la muerte temprana de mi madre, quien —estoy segura—, de haber estado viva, jamás hubiera permitido que mi padre se llenara de deudas. Así que, no tenía lugar a dónde ir y todavía no me daba cuenta de ese hecho. El abogado continuaba hablando y solo recuerdo unas últimas palabras:

—Podrías quedarte en nuestra casa, con mi familia, mientras te conseguimos un lugar y un oficio que te pueda mantener…

—¡Yo no sé hacer nada! —le dije en voz alta, horrorizada.

—Tienes dieciséis años y sabes hablar latín y francés, podrías tranquilamente tener a cargo el cuidado de niños en el seno de una buena familia mientras te preparas para, en un futuro, llegar a ser institutriz.

El abogado sonaba más entusiasmado que quien te escribe, tu pobre Elizabeth, querido diario.

Así me despedí de él bajo promesa de que nos veríamos el día anterior al plazo de una semana, para evitar cualquier tipo de reclamo por parte de los acreedores.

Me pregunto cómo podré dormir esta noche…

Londres, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, agosto 16

Querido diario:

Lamento no haber escrito nada ayer. Como te imaginarás, no tengo nada para decir.

Permanecí llorando toda la noche de anteayer. Y no quise probar bocado hoy. Hasta que una de las doncellas entró entusiasmada con la excusa de traer una carta de un antiguo amigo de mi padre (repitiendo las palabras de Antony, por supuesto).

Te transcribo lo que la carta dice (no te entusiasmes: nadie quiere pagar mis deudas):

Puerto de Liverpool, 1795, agosto 6

Estimada señorita Chamberlain:

Le envío a usted, por medio de esta epístola, mis más sinceras condolencias.

Usted no me conoce, pero su padre y quien le escribe, capitán England, hemos compartido una gran amistad. Me he enterado con horror que Edward Chamberlain ha fallecido.

Me pongo a su disposición para lo que usted pudiera requerir y me atrevo a solicitar una visita durante mi estadía en Londres, antes de mi partida, esta vez, junto a toda mi familia.

El mensajero le dirá adónde puede enviar su respuesta.

Con gran respeto,

capitán John England.

¡Qué bueno que es, querido diario, encontrar a alguien que sí quiera verme, luego de mi calamidad!

Así que he despachado al mensajero con mi respuesta favorable. Por lo menos, podré hacer uso de la porcelana de la familia una última vez…

Londres, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, agosto 18

Hoy ha sido, querido diario, el día en que he podido sonreír por primera vez desde la calamidad ocurrida.

Han venido de visita el capitán England y su familia. Los niños son hermosos, rubios y de buena contextura. Un calco de los rasgos del capitán. Su porte no pasa desapercibido, pues además de ser gallardo y de buena estatura, sus ojos color azul y sus cabellos color oro, bien cortados, como recién salido de la barbería, son muy agradables a la vista. Pude notar enseguida que pertenece a una buena familia, por sus modales y, sobre todo, porque es políglota, lo comprobé porque hablamos brevemente en francés y en latín, inclusive maneja a la perfección la lengua de los reinos del norte, pero eso no lo pude corroborar de primera mano. La esposa del capitán es una mujer realmente hermosa, portadora de una piel de porcelana y unos rizos dorados y ojos color miel; la señora England, sin embargo, estuvo bastante callada durante toda la visita, solo cambió su semblante en cuanto le pregunté por su familia, que vive al sur de Londres, a quien recordó con mucha calidez. La vi tan cabizbaja que no osé preguntarle nada más. Ni siquiera por el apellido de su familia. Espero que no lo haya tomado como descortés.

Llegaron por la tarde a tomar el té y el capitán England me ha contado una faceta de mi padre que no conocía. Lo ha salvado de la ruina, dándole trabajo cuando ya nadie confiaba en este señor. Por fin, encuentro a alguien que puede ver a Edward Chamberlain con la misma óptica que yo, su hija.

Como te contaba, mi queridísimo diario, la señora England —me pareció— no estaba muy contenta de tener que abandonar Londres. Por lo que entendí que dijeron, sin decir realmente, el señor y la señora England permanecen largas temporadas separados debido a sus viajes y ahora el capitán quiere probar suerte en otro lugar e invertir sus ahorros en el comercio y transporte del vino y así dejar de viajar «por todos los mares del mundo», como él mismo expresó.

Agradezco en demasía que el capitán England no haya preguntado en detalle sobre mi situación actual. Detesto ser blanco de lástima o cualquier otro sentimentalismo sobre la fortuna malgastada de mi padre o sobre la ingratitud de mi otrora prometido y su familia, a quien mi padre hizo ganar muchísimo dinero con el comercio marítimo antes de ser finalmente socios; no por haberlo escuchado por boca de mi padre, sino que ha sido, en su momento, el mismísimo Robert testigo, según escuché decir a mi abogado.

Luego de un par de horas —que, a decir verdad, se me hicieron realmente cortas—, se despidieron prometiendo escribir para confirmar su llegada al puerto de destino, a un lugar que me dijeron que tiene por nombre Funchal. Evité decirles, aunque enseguida mi sentido de la realidad me puso en aviso, que si escriben a esta dirección, jamás recibirán respuesta de mi parte. Esperaré saber quién tomará posesión de mi casa y, en caso de que el nuevo dueño quiera conservar mis criados, pediré expresamente que reenvíen toda mi correspondencia a mi nueva dirección, la del abogado o la siguiente, la cual aún no conozco con certeza, pues nadie en estos días me ha escrito ofreciéndome trabajo alguno.

Me voy a dormir, mañana será un día muy duro. Deberé repartir algunos pañuelos y chales a la servidumbre como recuerdo de su paso por mi casa. Asimismo, deberé terminar de empacar todo mi furniture,[3] tal vez estuve procastinando, aferrada aún a la idea de que algún salvador vendría por mí. ¡Qué ilusa! Los príncipes salvadores solo existen en los cuentos.

Londres, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, agosto 21

Querido diario:

No pude dormir en toda la noche, así que te escribo de madrugada, tan temprano que no hay movimiento de criados en la casa, para decirte que pronto tendré que dejar mi hogar donde nací y donde fui tan feliz y, a la vez, tan desdichada.

Espero, ansiosamente, ocupar un lugar en el mundo en el que sea feliz y, si fuera también posible, amada.

Con ayuda de una tenue vela, he releído tus hojas de hace escasos dos meses y parece que fueran la historia de otra persona. Más bien de una niña tonta, cuya única preocupación era la de elegir el ajuar de bodas adecuado, la cena para agasajar a la que nunca llegaría a ser, en realidad, su futura familia política. En resumen, una niña malcriada y sin el menor conocimiento del mundo real.

Tengo que informarte, fiel confidente, de mis próximos planes, aunque sé que tú no tienes la culpa de nada de lo que me está ocurriendo. Por esa razón, te pido perdón si me desquito contigo.

Luego de terminar de escribir esta última hoja, te enterraré en el fondo del jardín, no en el suelo, pues sé que los movimientos de tierra podrían delatar tu presencia hasta al más distraído e inexperto de los jardineros. Te enterraré entre los muros de ladrillos de las enredaderas, donde siempre hay un hueco disponible y, si no lo hay, cuento en mi poder con un martillo para poder hacer un poco de lugar y esconderte. Debo explicarte el porqué de tan drástica decisión: no quiero que nadie sepa cómo era mi vida antes y cuál es mi presente, en realidad. Ya sé lo que estás pensando: todos me conocen aquí en Londres. Pues debo informarte que espero partir a un lugar bien lejano. Tal vez, Francia sería un buen sitio para comenzar una nueva vida como institutriz.

Te prometo que no escribiré nunca más sobre mi vida, pues tú has sido el más fiel compañero en mis tristezas, ya que nadie ha venido a verme, ni siquiera quienes decían ser amigos de la familia.

Gracias, nuevamente, por ser tan discreto todos estos meses. No te quejes por mi repentino abandono. Mis otros diarios no han corrido la misma suerte que tú. Han ido a parar a la hoguera en un arranque de furia incontenida ayer por la noche.

¡Adiós!

Elizabeth.

Puerto de Lisboa, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, agosto 29

Querido diario:

Todavía encuentro entre tus hojas restos de tierra, te pido perdón… Debo explicarte el porqué de tanto desinterés en comunicarme contigo luego de haberte

desenterrado. Han pasado infinidad de cosas en muy poco tiempo, tantas como nunca en mi corta vida. Te paso a contar inmediatamente.

Ni bien te escondí en el muro del jardín, una carreta llegó hasta la casa, repleta de hombres que comenzaron a llevarse todo lo que alguna vez perteneció a mi familia. La verdad es que no quise ser testigo de lo que estaba pasando y salí a la calle. Sí; salí, crucé la calle y me quedé en la vereda, sabiendo que no mucha gente de la alta sociedad pasaría, pues a esa hora solo los pobres salen a trabajar y de esa clase de personas no tenía que esconder mi rostro. Así, me encontraba mirando a los pocos transeúntes pasar mientras escuchaba cómo cargaban los muebles embargados en la carreta, cuando, de repente, ocurrió lo impensable:

—¡Señorita Elizabeth!

Ignoré la voz que me llamaba porque veía con desconfianza cómo esos hombres desvalijaban, cual ladrones sin ley, todo lo que otrora había sido mi casa. Podían llevarse todo, pero mis efectos personales, ¡de ninguna manera! Antes, grité:

—¡Que no toquen nada de lo que he empacado! ¡Es mi furniture!

Gracias al cielo, se asomó Antony a la puerta, para asegurarse de que estuviera bien, lo sé, porque lo conozco bien. Bastó una mirada para que lo supiera: nadie se llevaría mis pertenencias.

Miré, a decir verdad, con pocas ganas, en dirección a la voz.

—¡Señorita Elizabeth! —Ahora sonaba más tímida.

—¡Capitán England! —exclamé horrorizada dándome cuenta de quién era la voz.

—¡Señorita Elizabeth!

El capitán hizo una pausa para arrodillarse y quedar a la altura de mi rostro.

—¡No tenía la más remota idea de su situación! —murmuró casi avergonzado como si fuese el culpable.

—Somos dos entonces… —le contesté sarcásticamente—. Más bien —continué —, me he enterado hace relativamente poco, unos días nomás.

—¿Y su prometido…? —Hizo una pausa al darse cuenta de lo obvio.

—Supongo que Robert estará en mejor situación que la mía, aunque ya no es mi prometido… Lo he dejado o, más bien, me han obligado a que lo deje… —contesté sin pensar. Ahora, mirando las cosas desde otro punto de vista, creo más bien que eran los nervios que me hacían hablar sin parar.

—¿Tiene un lugar a dónde ir, señorita Elizabeth? —preguntó muy cortés.

—Hasta que encuentre trabajo como institutriz u otro empleo que sea digno, me quedaré en la casa del abogado de mi padre —le contesté enseguida, orgullosa de que, al menos, no pasaría la vergüenza de confesar que estaba viviendo en la misma calle.

El capitán se puso de pie y, sin decir más, se dio media vuelta para dirigirse a un carruaje, el que seguramente lo había traído. Pensé, en ese instante, que sería un buen momento para sacar mis baúles a la calle y así tener la seguridad de que nadie se quedaría con lo que era mío. Así de ocupada estaba, cuando noté la presencia de dos sombras paradas en la puerta de entrada de la casa.

—¡Señorita Elizabeth! —Oí que una voz femenina me llamaba.

Obedientemente, me acerqué a ver de quién se trataba y comprobé que a ese rostro yo lo conocía. Era la señora del capitán England.

—¿Dónde podríamos hablar con tranquilidad? —preguntó tímidamente.

—Creo que la biblioteca todavía no está vacía, está disponible para hablar —contesté y le señalé el camino.

Una vez sentadas allí, la señora, muy amablemente, me dijo:

—Disculpe el atrevimiento, pero John me ha contado su situación… —comenzó en tono vacilante—, lo lamento muchísimo. —Y continuó—: Según lo que conversamos el otro día, entiendo que estaría disponible para cuidar niños, ¿no es así?

—¿Tiene un trabajo para mí? —pregunté sorprendida por su amabilidad. Nadie había sido piadoso de mi situación últimamente, salvo el abogado de mi padre.

—La verdad es que imaginé que, al llegar a la isla hacia donde nos dirigimos, inmediatamente contrataría a una institutriz que fuera como tú…, porque puedo tutearte, ¿no es así?

Me sorprendió que me pidiera permiso y, obviamente, asentí enseguida.

—Por favor, llámame Mary-Jane… Estaremos tanto tiempo juntas, teniéndonos la una a la otra, que… —dijo, hasta que se llevó la mano a la boca para no seguir hablando.

Su repentino tapujo me hizo dudar, querido diario. La verdad es que temí lo peor. Tal vez esta señora, Mary-Jane, tenga también secretos y no sepa con quién hablarlos. Pero, pensándolo bien, no quiero saber nada de secretos: lo que quiero es un empleo…

—Pero ahora que conocemos tu situación —comenzó a decir balbuceante—, me encantaría ofrecerte empleo como institutriz. Creo que no encontraré a nadie más adecuado que tú para educar a mis muchachos y la verdad es que serías la compañía perfecta a tanta soledad…

La verdad es que, en ese momento, querido diario, preferí llamarme a silencio. Temí que algún comentario fuera de lugar hiciera que la señora England desistiera de contratarme. Encajaba perfecto para mí también. Lejos y sin que nadie me reconociera y, de inmediato, me señalara con su índice.

«¿Qué más podría pedirle al cielo?», me dije.

—¿Y bien, Elizabeth? ¿Qué piensas? ¿Vienes con nosotros? —preguntó ansiosa.

—¿Cómo se llama el lugar hacia donde iremos? —le pregunté sonriente.

—Es una isla y se llama Madeira.

Me puse de pie y le dije:

—¿Qué estamos esperando?

Me muero de sueño, querido diario, así que, ahora que todavía estoy en tierra, pienso que podré escribirte con más asiduidad y continuar mañana. Buenas noches.

Puerto de Lisboa, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, octubre 25

Te ahorraré, querido diario, los detalles de la salida de la otrora casa de mi padre y de mi madre; como así también los pormenores de mi arreglo con el señor Forrester, el abogado de mi padre. Luego de la venta de todas las tierras, el castillo de Elizagham, bautizado en mi honor por mi nacimiento, y la casa en Londres, solo ha quedado por pagar a cada uno de los empleados unas pocas blancas[4]… Sí, porque si alguien se merece lo poco que ha quedado del remate, nadie mejor que ellos: la servidumbre.

En lo que toca al señor Forrester, esperaba que tuviera un dejo de tristeza mayor por mí al escuchar la propuesta del capitán England, por tener que abandonarme en manos de un extraño con buenas intenciones, pero un extraño después de todo. Pero luego de oír lo que el comandante tenía que ofrecerle, casi

faltó que saltara de alegría. Te confieso que me sentí muy mal, casi una carga… mas al final el abogado se ofreció para cuidar de mi perro cazador Bracco, pues obviamente no estaba en condiciones de negociar nada más con la familia England.

En lo que respecta a mi salida de Inglaterra y, con más precisión, a mi embarque, en el Lady Anne, la nave que nos llevará hacia la isla de Madeira, te diré que estoy llena de expectativas.

El viaje comenzó bastante bien, pero luego de algunos días, tuve lo que, según las palabras de Mary-Jane, se llama cinetosis o mal del mar. Comencé con algunas migrañas, pero por timidez y creyendo mejor el no importunar, no lo mencioné hasta que luego seguí con vómitos y mucha deshidratación.

Ahora estamos en Lisboa, en su puerto, he bajado a tierra con Mary-Jane y los niños, Thomas y James.

La moda femenina es totalmente diferente aquí. Apenas entramos a un lugar, somos el blanco de las miradas. Los hombres nos observan casi con fascinación…, ja ja. Me pregunto el porqué. Al principio, mi cara se ponía roja como un tomate, mas luego, te confieso que comencé a hacerme la linda hasta que Mary-Jane, al darse cuenta de mi porte de importante, me dijo:

—No te hagas ilusiones, somos solo la novedad, por eso nos miran. En unas semanas, nadie se fijará en nosotras y ya tendremos que partir nuevamente.

El capitán England se encuentra muy ocupado finiquitando sus negocios aquí en la capital de Portugal. Ni en mis más remotos sueños hubiera imaginado pasar una estancia, aunque fuera la más mínima, en este país. Más bien soñaba con Francia, hasta se me hubiera hecho más romántico Italia. Pero bueno, «los caminos del Señor son inconmensurables», dice siempre el capitán England como una muletilla, cuando no encuentra las palabras adecuadas.

—¿Cómo te sientes hoy, Elizabeth? —preguntó el capitán.

—Mejor ahora que estamos en tierra.

—Debes beber mucho líquido antes de partir. Estarás conmigo al timón la mayor parte del viaje que queda, para prevenir cualquier nuevo síntoma —me ordenó mientras me dejaba con mis cuitas.

—Donde manda capitán no manda marinero —le contesté entre risas.

2 Brumas nuevas, brumas negras

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1795, noviembre 27

El capitán England me anunció que, mañana a estas horas, deberíamos estar llegando a la isla de Madeira. No puedo disimular, querido diario, mis ansias de arribar.

Imagino si Madeira será como los libros de América que han llegado a mis manos con dibujos de los habitantes de esos lugares, llamados aborígenes, con plumas, largas cabelleras y torsos semidesnudos. ¿Y si viera a alguno? ¿Y si estuviera sola sin poder defenderme? ¿O si, tal vez, son iguales a los habitantes de Lisboa…? Deberían serlo, ¿no es así? Debo admitir, querido diario, que soy una neófita en geografía o en historia del archipiélago de Madeira. Mis intereses son más la conversación y el arte de recibir invitados. Podría, en un parpadeo, saber si la disposición de un mesa está bien hecha. Para eso fui educada toda mi corta vida. Ni que hablar de las vestimentas femeninas o masculinas. La jardinería tampoco se me da mal, aunque es más lo teórico que lo práctico… ¿Tendrá la isla plantas y flores? ¿O será más bien desértica? Espero que no. Tendré que dedicarme a algo constructivo y me imagino que la botánica sería una actividad interesante, si es que el cuidado de los niños me lo permite.

He descubierto que no todo es un paraíso aquí, con la familia England, pues aunque no tengo nada que decir del trato deferente que el matrimonio me demuestra a diario, puedo ver que su unión no es precisamente un camino de rosas. Tal vez sea que estamos todos juntos en un barco y no podemos contar con la privacidad acostumbrada en tierra. Te preguntarás si mis comentarios son atinados, pero solo para dar fe de la verdad de mis palabras, te diré algunas conversaciones de las que fui accidentalmente testigo, mas pretendí no escuchar, porque, a decir verdad, aquí mucho más que las paredes oyen…

Solo puedo decir sin juzgar que, a pesar de mi juventud, recuerdo la dulzura de mis padres al tratarse y cómo se miraban. Los viajes de mi padre siempre duraban menos de lo que nos informaba antes de partir y a su vuelta nos sorprendía diciendo que no podía aguantar un día más sin nuestra compañía. Llegaba siempre con regalos para nosotras.

Espero, por el bien de Thomas y James, que el cambio de aire fortalezca los lazos del capitán y de Mary-Jane. Porque, si eso no llegara a ocurrir, no sabría decirte a ciencia cierta qué sería de mí y las consecuencias en mi futuro. Y todo esto está ocurriendo, mi querido confidente, sin que hayamos llegado a la famosa isla Madeira.

El barco se movía con fiereza de arriba abajo y de abajo arriba. Los fuertes vientos empujaban con brutalidad la nave en dirección a la isla. Era una buena señal para el capitán England, salvo que las damas abajo no lo sabían.

Una mano golpeó la puerta del camarote del capitán y, en lugar de una voz masculina, fue la señora England quien contestó:

—¡Adelante!

—¡Buenos días! —contestó con buen semblante Elizabeth.

—Serán para ti, muchacha…

En ese momento, Thomas y James se abalanzaron sobre su madre.

—Por favor, llévate a los niños que tengo jaqueca y, además, estoy un poco mareada —dijo con tono de súplica.

Elizabeth también había estado mareada en la madrugada, mas su cuerpo se recuperaba cada vez más rápido, así que prefirió callar, pensando tal vez que su mal se debería a una conjunción de otras cosas también.

—Como digas —obedeció prontamente. Mas, al subir a cubierta, se dio cuenta de que los fuertes vientos le arruinarían el peinado, así que volvió a su camarote por un sombrero. Al pasar por la puerta del capitán, pudo escuchar sin querer las conversaciones provenientes del interior:

—¡No aguanto un minuto más en este barco! ¡Estoy asfixiada!

—Lo lamento, querida, ya verás: solo un día más y pisaremos tierra…

—¿Y piensas que el cambio geográfico mejorará la situación en la que nos encontramos?

—Sinceramente…, sí, así lo pienso.

—Creo que todo esto…, este viaje, ha sido un error.

—Por favor, dame una oportunidad… Te la debes, se la debes a los niños…

—¡No pongas como excusa a mis hijos!

—Nuestros hijos, querrás decir…

—Obviamente…, ¿de quién más serían si no?

—Estás muy nerviosa porque no estás acostumbrada a estar tanto tiempo en un barco con extraños…

—Estoy muy nerviosa, porque ya no estoy acostumbrada a estar en tu compañía por tanto tiempo…

Elizabeth reaccionó justo a tiempo para continuar su camino y

no ser vista.

3 Ataque al corazón

El día debía comenzar bien. Febo asomaba sin dejos de nubes.

Elizabeth se levantó muy temprano. No le importaba ser la única de su género en estar en cubierta tan pronto. Mary-Jane detestaba compartir su vista con algún marinero, pero Elizabeth estaba encantada de escuchar conversaciones, así fuera de gente proveniente de estratos sociales más bajos. Esto del mar era una materia todavía por explorar para ella, así que, movida por la curiosidad, ya estaba allí en la cubierta del barco justo antes de que el capitán England mismo se asomara.

Un marinero le dijo:

—Señorita, el capitán England la llama.

Este se encontraba mirando con un largavista el horizonte. Sin cambiar de posición, murmuró:

—No me imaginaba encontrarte tan temprano.

—Dias atrás escuché que Madeira se encuentra rodeada de otras islas más pequeñas. O sea que se trata, ni más ni menos, que de un archipiélago —contestó entusiasmada—. No quería perderme la oportunidad de poder verlas ni tampoco ser sorprendida en mi camarote por la noticia de haber llegado, sin experimentar la emoción misma de descubrir esta isla.

—Entonces, mira —dijo mientras le pasaba el largavista.

—¡Oh, Santo Cielo! —exclamó sorprendida una vez que acomodó su ojo al lente—. ¿Ya estamos llegando a Madeira?

—No, no. —Rio divertido—. Falta bastante… Esa isla que ves se llama Porto Santo.

—Hum… —dijo divertida—, ya sé lo que significa, porque en latín se llama…

—¡Piratas a babor! —gritó el marinero guardián desde la cofa, en su canastilla.

El color en el semblante del capitán England cambió repentinamente a blanco. Le quitó el largavista a la muchacha y

miró dos veces hacia el objetivo.

—¡Desaten dos botes de inmediato y carguen todo el oro que puedan! —comenzó a gritar, frenético—. Busquen a *Little Charlie*[5] para que se encargue de mi familia.

—¡Busca de inmediato a los niños y a mi esposa! —ordenó ahora a Elizabeth sin mirarla mientras le apretaba su brazo, casi empujándola.

Esta reaccionó como pudo y se dirigió a la carrera a buscar a todos. Sintió deseos repentinos de vomitar, pero se contuvo pensando que cada minuto contaba en su escape.

—¡Mary-Jane! ¡Mary-Jane! —llamó a los gritos mientras reventaba sus nudillos contra su puerta.

—¿Qué es tanto alboroto? —preguntó entreabriendo la puerta—. ¿No deberías estar cuidando a mis…?

—¡Piratas! ¡Piratas! —le gritó Elizabeth sacudiendo sus hombros un par de veces.

—¿Qué dices?

—¡Vístete que nos vamos en un bote!

—Pero…

Elizabeth no pudo más con sus nervios y la dejó hablando sola, pues partió a la habitación de los niños para despertarlos. Buscó ropa y la puso en una manta que improvisó como maleta mientras ataba con nudos sus cuatro puntas. Solo atinó a calzar a los niños y así salieron a la superficie, vestidos con sus pijamas.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó iracundo el capitán, comprobando que estaban solo los niños y Elizabeth. Sin esperar respuesta, John bajó a las corridas a los camarotes.

Elizabeth miró por sus costados incrédula, pensando que Mary-Jane estaría con ellos. Pero todavía ella no se había reunido con los demás.

Los marineros acomodaban con cuerdas los botes mientras Elizabeth y los niños se subían a la orden.

—Este es un juego —dijo poniendo su mejor sonrisa y acomodándose de cuclillas para hablar a la altura de los niños—: vamos a correr una carrera, a ver quién gana, si nosotros en el bote…

—¡Qué divertido! —exclamaron los niños.

—O el barco…

John volvió con su esposa en sus brazos. Elizabeth se puso de pie en el bote y buscó la mirada de su patrona, pero no la encontró.

—¡Barco a estribor! —se escuchó varias veces en el barco.

—¿Otro barco pirata? —exclamó contrariado el comandante,

mientras se echaba para atrás, presa del horror.

—Todavía no veo una bandera izada… —informó su segundo en rango, mientras le pasaba el largavista.

—Tal vez no necesitan dar explicaciones de que nos van a matar… —comenzó a mascullar Mary-Jane.

—Elizabeth… —ordenó John, ignorando el comentario—, debes ir en ese bote y cuidar de mis niños. En el otro irán Mary-Jane y los arcones. —Hizo una breve pausa, para aclarar—: Porto Santo no está lejos, solo serán un par de horas de remo y, cuando lleguen allí, busca al alcalde. Él sabrá qué hacer.

—¿Por qué yo? —preguntó sorprendida.

—Tú hablas francés.

Eso fue lo último que dijo mientras estaban todos a punto de subirse a los botes, cuando, de repente, se escuchó:

—No, no es un barco pirata, es un barco de bandera portuguesa —empezó a gritar el vigía que se encontraba en la cofa mientras todos, al escuchar la noticia, la repetían sin cesar.

—¡Hurra! —exclamaron los marineros.

El capitán giró sobre sus pies para bajar a su esposa del bote, abrazarla y besar su sien. Esta no le respondió la muestra de cariño, más bien la toleró.

—Preparen los botes, podemos tener algunas bajas de cualquier manera —ordenó precavido.

El capitán se despidió de su esposa y echó una última mirada a sus hijos y a Elizabeth. Esta última tragó saliva. No sabía qué le depararía su travesía hasta Porto Santo. Así comenzaron a bajar con cuerdas los botes.

—¡Los piratas se retiran! —le informó su piloto al capitán y los gritos llegaron también a oídos de los que estaban más abajo, en los botes.

—¿Y eso? —preguntó Elizabeth a un marinero que estaba cerca de ella.

—Seguramente no querrán pelearse con dos barcos a la vez… —informó con tono relajado.

—¡Pero nosotros somos un barco de comercio! —exclamó Elizabeth un poco perspicaz.

—Ellos no lo saben… —Rio el marinero y continuó—: Este barco tiene toda la apariencia de ser uno de guerra.

Elizabeth no entendió bien, mas prefirió no preguntar. Tenía jaqueca y náuseas, pero para no alarmar a los niños prefirió pensar en otra cosa. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por el sonido de un estruendo nunca antes escuchado. Eso aturdió a los niños,

quienes gritaron, porque ya habían percibido que no se trataba de un juego, podían intuir el peligro.

—¡Niños! —los llamó Elizabeth con sus brazos extendidos.

—¡Mami! —gritó Thomas.

—¡Mami! —imitó el otro.

—¡Hijos! —exclamó ella desde el otro bote.

«No se puede decir que es tan mala madre», se dijo Elizabeth. Solo que no había estado a la altura de lo requerido por la situación. «Pero ¿quién soy yo para juzgar?», se reprendió de inmediato.

—Gracias, Elizabeth —dijo con llanto en sus ojos desde la otra barca.

Elizabeth asintió con su cabeza.

—¿Qué ha sucedido ahora? —volvió a preguntar al marinero.

—Lo mejor del día…

—No le entiendo…

—El barco portugués sí era de guerra. Nos ha salvado el pellejo literalmente, porque les ha respondido a cañonazos a esos piratas del demonio. Benditos sean los portugueses: si hubiera estado diez millas más atrás, tal vez los piratas se hubieran arriesgado a atacarnos… Ya saben cómo son esos desalmados. No les molesta morir en el intento.

—¿De verdad? —preguntó Elizabeth incrédula.

—Ojalá nunca se cruce con un pirata en su camino, señorita…

4 El Paridera

La travesía, luego de aquel fallido ataque por parte de los piratas, dejó a las mujeres exhaustas. Inmediatamente, bajaron a sus respectivos camarotes y no aparecieron en cubierta hasta que el Lady Anne tocó el ansiado puerto de Porto Santo, horas más tarde. Los marineros estaban ya más tranquilos, porque contaron con la escolta del barco portugués El Paridera hasta la isla Madeira, pues ellos mismos debían hacer escala y aprovisionarse para luego volver a partir hacia Cabo Verde, según informaron en tierra.

—¡Estimado comandante Almeida! —saludó su colega England estrechando su mano y tocando su hombro con aprecio y sinceridad—. Estamos en deuda con usted y con toda su tripulación.

—¡De ninguna manera! Es una cuestión de honor. Además, como se imaginará, debe agradecer sobre todo que me encontrara a bordo del Paridera y con una tripulación muy capaz…

—Por supuesto —asintió—, hacía mucho tiempo que no era testigo de lo que un barco con cañones tan potentes podía hacer.

Los dos hombres se quedaron sin palabras y ya solo portaban sonrisas de felicidad. En ese momento, el capitán Almeida, con buen tino, dijo:

—Y ahora que veo que llevaba a su familia, me alegro de haber sido yo quien estaba en el momento y el lugar propicios.

—Permítame presentarle a mi familia: mi esposa Mary-Jane, mis hijos Thomas y James.

—Veo que cuenta con dama de compañía —acotó mientras terminaba de besar la mano de la señora England y se dedicaba a mirar con curiosidad a Elizabeth.

—Sí, nuestra institutriz encargada de cuidar a nuestros hijos, Elizabeth Chamberlain —contestó percatándose de su olvido.

—Conocí a un señor Chamberlain tiempo atrás… —comentó sin

mirar a las damas.

Elizabeth bajó su mirada y, en ese mismo instante, hubiera preferido haber sido hija de alguien común y corriente.

—¿Edward Chamberlain? —preguntó el capitán England.

—¡El mismo!

—Bueno, capitán —confesó—, tiene delante de usted a su hija.

Los ojos del capitán chispearon y aspiró una bocanada para poder decir algo. Sin embargo, la noticia lo había dejado sin palabras, así que prefirió guardarse el comentario para otro momento más oportuno.

—Querido… —interrumpió, por primera vez, Mary-Jane—, hemos tenido un viaje de lo más peculiar y peligroso, es hora de descansar.

—Me debo a los deseos de mi esposa —se excusó con una leve inclinación—, pero debe hacernos el honor y visitar nuestra casa.

—Hace usted más que bien, señora. Espero poder saludarla antes de partir a mi destino final, Cabo Verde.

—Estimado capitán —contestó prontamente Mary-Jane—, le estaré en deuda el resto de mi vida. Ha salvado a lo más preciado que tengo: mis hijos. No pienso dejarle ir sin que hagamos una fiesta en su honor.

—No pienso negarme a semejante placer —dijo mirando ahora a Elizabeth.

—Entonces, que no se diga ni una palabra más, querido comandante. Le avisaré ni bien tengamos la casa a la altura de lo que se merece.

—Supongo que puedo aplazar mi viaje unos días más —murmuró con un gesto caballeroso de cabeza.

Subidos ahora todos en el carruaje, Elizabeth sacó su cabeza un poco más afuera de lo permitido por el decoro, pues su curiosidad pudo más. Sus ojos se encontraron con una isla rocosa, casi sin arena. Sus expectativas sobre lo exótico y extravagante no fueron defraudadas, pues, a medida que se adentraban en el pueblo, pudo ver que la isla tenía montañas.

—Veo que podremos hacer paseos y ejercicios alrededor de estas montañas —dijo en voz alta, presa de la emoción, sin pensar demasiado.

—Esto no es Inglaterra, querida… —corrigió su patrona—. Primero, tendremos que ver si aquí no es peligroso caminar sin temor a encontrarnos con esta… gente.

—No exageres, mujer… —interrumpió el capitán, sorprendido

por su ocurrencia—. Aquí la gente es muy respetuosa, hasta un poco parca, diría, para entablar conversación con extraños.

Elizabeth comenzó a preguntarse si tal vez no había elegido una prisión como escape a sus desgracias. Estar en una isla del otro lado de su mundo conocido era ya bastante carga, pero ahora comprendía que no solo no tenía escapatoria de la isla, sino que tampoco se esperaba que abandonara la casa…

Tan solo unos momentos más tarde, las cuitas de Elizabeth terminaron porque la carroza frenó su ritmo y el conductor y el lacayo bajaron para ayudar a las mujeres a descender y luego comenzar a descargar las maletas.

—Querida, estamos en la mejor casona de la isla, a pocos pasos de la casa del gobernador.

—¿Y eso es bueno o es malo? —resopló Mary-Jane, olvidando lo obvio del mensaje.

—Es muy bueno. Ya verás…, ya verán —se corrigió— cuando les muestre la casona. Es inmensa.

Thomas y James corrieron entusiasmados por la novedad. Elizabeth, por su parte, no soportaba un minuto más a su señora y, con habilidad suprema, se deshizo de la compañía de sus patrones, corriendo detrás de los niños, a quienes envió a bañarse con unas criadas. Mientras tanto, prefirió quedarse a solas con las muchachas de la servidumbre y que fueran estas quienes la guiaran hasta su cuarto. Una vez allí, solicitó una infusión, pues de repente sintió como si el piso se moviera al compás de unas olas invisibles. En ese mismo momento, perdió el conocimiento.

Cuando Elizabeth volvió en sí, se encontró en una habitación con un techo mucho más bajo del que estaba acostumbrada a ver. En realidad, lo primero que recordaba haber visto todas sus mañanas, antes del desastre, era el techo del cortinado de brocado de su regia cama; ahora se encontraba con un techo liso en una habitación pequeña, provista de una decoración bastante austera para su gusto. Se sentó en la cama y, durante un rato, no supo, a ciencia cierta, dónde se encontraba.

La puerta se abrió intempestivamente. Era Mary-Jane, seguida de una doncella.

—¡Querida Elizabeth! ¡Gracias al cielo! —exclamó—. ¡No sabes lo que han sido estos días sin tu ayuda!

—¿Días? —preguntó sin dar crédito a lo que oía.

—Sí, querida. Días. Has estado convaleciente por tres días

seguidos.

—¡No puedo creer lo que me dices!

—Créelo, querida, eres la comidilla de la isla…

—No entiendo, nadie me conoce todavía.

Mary-Jane hizo señas a la doncella, quien estaba parada como una estatua, esperando órdenes. Enseguida, le acercó una taza de té.

—Bebe, querida, bebe —ordenó, ignorando la pregunta—. Ya tendremos tiempo de aclarar algunas cosas.

Dicho esto, se disponía a abandonar la habitación cuando se dio media vuelta y dijo, mirándola fijamente:

—Mis muchachos te necesitan. —Hizo una pausa y acotó en forma breve—: Mientras tanto, hemos encontrado a un muchacho que se ocupe de ellos, João, pero no habla francés ni inglés. ¡Qué digo! —exclamó mientras se llevaba la mano a la cabeza—, apenas si puede hablar madeirense, la lengua de aquí… Pero nos sirve mientras tanto, así que, por favor, duerme bien y descansa, porque mañana te quiero bien temprano disponible para que comiences a educar a mis muchachos. Sin ocupación ni estudios, están insoportables y rebeldes.

La puerta se cerró y allí quedó la doncella sola con Elizabeth.

—Gracias —contestó—. ¿Entiendes lo que digo?

—Un poco, es que mi madre trabajaba para los ingleses y yo entiendo mucho porque prácticamente me crié aquí, en esta casa, con los antiguos patrones.

—¡Cuánto me alegro! —se sinceró—. Lamento no hablar portugués.

—Eso tampoco le serviría de mucho para hablar con los aldeanos. Aquí se habla un dialecto.

—Ya veo —contestó descorazonada. Necesitaba de verdad tomar té, para digerir tantas novedades.

—¿Cómo es ese muchacho que mencionó la señora?

—¿João?

—Sí, sí, ese.

—Pues es un muchacho huérfano, pero muy bueno para los mandados y nunca se cansa.

—Entonces, creo que lo pediré para que me ayude con los muchachos.

—João es todo corazón. No se preocupe… Él sabe muy bien que, si no se esmera, puede terminar en la calle y como vagabundo.

—Eso no lo permitiré —contestó casi sin pensar, sorprendida por su respuesta repentina.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero primero necesito conocer a ese muchacho. No se puede echar a alguien a la calle sin concederle una oportunidad.

—No se preocupe, señorita —comentó la doncella, mientras le acercaba otra taza de té—, con lo rápido que es João para todos los encargos, seguro consigue trabajo en otra casa si lo echan de aquí.

—¿Cómo es tu nombre?

—María, señorita, para servirle —dijo mientras hacía una reverencia torpe.

Elizabeth sonrió con ganas.

—¿Necesita algo más?

—Te hubiera encantado mi casa —confesó de súbito.

—¿Perdón, señorita?

—Que me caes muy bien, María.

—La señorita es muy amable.

—Bueno, ahora creo que voy a seguir el consejo de la patrona —esto le sonó extraño— y voy a descansar por última vez antes de volver a mis tareas.

—Creo que la señorita debería comer algo…

—¡Tienes razón! —exclamó—. Tráeme un plato con frutas.

Una vez que terminó su comida y ahora que contaba con un poco más de fuerzas, Elizabeth no quiso hacer otra cosa sino levantarse y abandonar, por un momento, su lecho. Miró por su ventana y pudo distinguir el mar, el firmamento, la nada misma.

«¿Dónde has terminado, Elizabeth?», se dijo con tristeza.

—¿La señorita me necesita para algo más? —preguntó la criada, sin saber que la estaba alejando de sus propios pensamientos.

—No, muchas gracias. Mejor ve y preséntate con Mary-Jane y ofrécele tu ayuda —ordenó recordando cuando ella era la ama y señora de su casa.

—No comprendo.

—Sigue mi consejo y luego comprenderás. Despiértame bien temprano mañana —ordenó por última vez en el día.

Sin más preguntas, María hizo un gesto torpe y se retiró.

—Mañana comienza realmente mi aventura aquí —se dijo mientras se daba vuelta y se cubría con sus cobijas.

5 Bienvenida al mundo real

A la mañana siguiente, Elizabeth se despertó por sus propios medios, porque el sol ya brillaba con fuerza. La noche anterior había olvidado cerrar las cortinas…

«Ese era trabajo de mis doncellas», pensó.

De inmediato, vio un jarrón enorme con flores al lado de su cama. El día anterior no lo había visto. Era un arreglo demasiado hermoso para pasar desapercibido.

«¿Quién habrá tenido la amabilidad de regalarme flores?», se preguntó curiosa, mientras disfrutaba del aroma acercando su nariz.

La puerta se abrió suave y sigilosa. Era María, quien —sorprendida de que ya estuviera despierta y de pie— no quería interrumpir, así que esperó unos momentos antes de tomar coraje y hablar.

—Buenos días, señorita Elizabeth.

—Buenos días, María —contestó y procedió a salir de dudas—. ¿Quién ha tenido la deferencia? —preguntó señalando el jarrón con flores.

—El capitán Almeida.

—¡Qué gesto tan caballeroso! —Sonrió Elizabeth.

—Ni tanto, señorita, todos los hombres son iguales, ninguno hace nada sin un interés oculto o abierto.

—¡Qué ocurrencias tienes, María! —exclamó, sorprendida por la insolencia.

—La señorita mejor se anda con cuidado si no está interesada en el capitán… —aconsejó con voz grave—. Nada peor que rechazar a un hombre conocido y respetado, nada peor que…

—¡María! ¡Pero si no lo conozco! —interrumpió fuera de sí—. Es decir, lo he visto una sola vez.

—Señorita Elizabeth, ese jarrón llegó hasta aquí porque el

capitán Almeida lo envió sin que los dueños de casa se enteraran.

—¿Estás insinuando que alguien entró a mi alcoba mientras dormía sin mi permiso? —preguntó con una mezcla de incredulidad e indignación.

—Le estoy diciendo que el personal que trabaja en esta casa es cuantioso y que cualquier doncella pudo haberlo traído hasta aquí sin levantar sospechas.

El rostro de Elizabeth se transformó en uno lleno de ira y se puso de pie.

—Señorita, señorita —rogó la criada temiendo represalias—. Mejor dejemos este asunto como está. No le conviene que se sepa que ha recibido flores del capitán.

Elizabeth se detuvo a pensar en las consecuencias. Y María llevaba la razón. Ella no sabía nada de la vida privada de ese capitán. Solo sabía, a ciencia cierta, que pronto se iría a Cabo Verde.

—Ayúdame a vestirme —dijo para poner un punto final al asunto.

—Señorita Elizabeth… —siguió hablando la doncella, ahora con voz tenue—, aquí todo se sabe…

—¿A qué te refieres ahora? —preguntó molesta.

—Sabemos que usted era una señorita de la alta sociedad, hija de una duquesa de Inglaterra…, pero ahora, usted es…, usted es…

—Soy la institutriz de Thomas y James —terminó de una vez la frase de María.

—Eso, eso —dijo levantando su índice y señalándola, sin moverse de su lugar.

—¿Me ayudas o no?

—Verá, señorita, la patrona Mary-Jane me ha dicho que usted es como nosotros ahora y que debe trabajar a la par de nosotros. Yo puedo ayudarla, pero si la señora me descubre, con seguridad será para problemas…

—Puedes irte, entonces, gracias por venir a despertarme —la interrumpió.

Elizabeth se sentó en su *dressoir* y se observó al espejo. Ahora era otra persona y, por un segundo, su memoria le había fallado y sus viejas costumbres afloraban de vez en cuando. Por esa razón, no necesitó más explicaciones; el esfuerzo de María por hablar un idioma que no era el suyo y, aun así, hacerlo con deferencia daba muestras de su buen corazón y buena educación por parte de sus antiguos patrones… «¿Quiénes habrán sido?», se preguntó.

Comenzó por sus cabellos, era un poco torpe todavía para

peinarse sola, aunque contaba con más práctica que cuando comenzó su viaje. Los movimientos del barco y el apuro por levantarse antes que los niños durante la travesía hicieron que Elizabeth ahora pudiera terminar con todo en un santiamén.

Una vez que estuvo lista, echó un último vistazo en el espejo a su aspecto y, acto seguido, se dirigió a la alcoba de los niños, para así poder comprobar de primera mano cómo se encontraban luego de varios días de no haberlos visto. Con la ayuda de una doncella, comenzó a vestirlos y, cuando ambos niños estuvieron impecables, recién bajaron a desayunar. Para sorpresa de Elizabeth, solo encontraron al capitán England.

—¡Buenos días! —saludaron todos.

—Buenos días, me alegro que te encuentres mejor —dijo él mientras se ponía de pie.

—A mí también me da gusto —contestó risueña.

—Mi esposa hoy no bajará a desayunar —anunció adelantándose a la pregunta obvia—. Ahora que tú te puedes ocupar de los niños, descansará todo lo que no pudo mientras tú te recuperabas —dijo con intención, casi al pasar—. Además, esta noche tenemos una cena, que hemos postergado hasta tu recuperación, a pedido expreso del capitán Almeida.

Elizabeth sintió un golpe en el pecho al escuchar la noticia. Sin embargo, trató con todas sus fuerzas de disimular sus pensamientos y buscó por todos los medios de hablar de otra cosa.

—Me dijo la criada María que los niños están al cuidado de un tal João.

—Así es.

—Entonces, me gustaría seguir contando con su ayuda.

—No veo por qué no, siempre y cuando no se lo necesite para otra tarea.

—Gracias.

Un criado entró en el comedor con un periódico en su mano. El capitán England lo recibió de muy buena gana y volvió a sus lecturas.

—Sería bueno que los niños dieran un paseo… —interrumpió ella a propósito la lectura a sabiendas de que los hombres odian algunas cosas y la interrupción es una de ellas.

—Sí, sí, lo sé…, los niños han preguntado lo mismo… Ahora que te encuentras mejor, podremos organizar uno, en los próximos días.

Elizabeth se sintió un poco decepcionada: hubiera preferido salir ella sola con los niños y algunos empleados. Pero así eran las cosas y no debía presionar a su suerte. Ya conocería mejor la isla y

entonces podría pensar un plan para salir a recorrer el lugar con los niños y que fuera el capitán mismo quien le diera la orden, que pareciera su idea.

Mientras comenzaba con su desayuno, recordó que eso solía hacer con su padre cuando quiso estudiar latín y botánica. A la vuelta de sus viajes, volvía siempre con algún ejemplar para su hija y, en un santiamén, Elizabeth encontró al mejor profesor de latín, un académico recién llegado de la Universidad de Berlín, y lo hizo partícipe de una de sus fiestas. Sin darse cuenta, su padre lo había contratado esa misma noche para las clases de su hija.

Un ruido de cubiertos sobre porcelana la sacó de sus cuitas.

—Bueno, niños, veo que han terminado —dijo—. Empezaremos con las clases entonces. Busquen a ese tal João y que venga a ayudarme —ordenó mientras se ponía de pie a uno de los sirvientes parados en las esquinas.

Elizabeth, al momento, se percató de un gran detalle: ella no conocía las habitaciones de la casa en absoluto. Se puso colorada. Sin embargo, fueron los niños quienes la guiaron hasta otro comedor, donde estudiaban y jugaban.

—Traigan a María —pidió nuevamente, mientras trataba de ocultar su pánico. Sabía de antemano que el respeto de los criados se ganaba si demostraba con los hechos que ella sabía lo que estaba haciendo.

Un poco a regañadientes, y más tarde que temprano, la figura de María apareció en los pasillos caminando hacia ellos.

—¿La señorita necesita algo para los señoritos? —La pregunta era muy sutil y, sin embargo, la muchacha todavía no sabía que Elizabeth Chamberlain era la reina de las sutilezas y no tanto…

—¿Dónde está la sala de estudios de los niños?

María la miró casi sin entender. Y Elizabeth se enteró, en ese instante, de que nadie había pensado en dónde estudiarían los niños.

—Llévame a todas las habitaciones que se encuentren vacías.

—Estoy un poco ocupada con mis quehaceres…

Elizabeth se hartó de tanta diplomacia y, por fin, dijo:

—Tu único quehacer, de ahora en más, será, junto con João, ocuparte de los niños.

—Pero yo…

—Claro que si no estás de acuerdo —interrumpió—, eso se puede remediar y puedo pedir al capitán que quien limpia las letrinas te reemplace en la tarea que te estoy pidiendo.

María estaba con la boca abierta, sin poder mascullar palabra

alguna.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Debo hablar con…

—De eso me encargo yo misma —interrumpió—, pero recién cuando terminemos lo que te estoy pidiendo.

María reaccionó como Elizabeth esperaba y, en el fondo, rogaba. Lo único que le faltaba ahora para corolar sus desgracias era que los sirvientes de la isla organizaran un motín en su contra.

—Por aquí, señorita… —señaló solícita.

Las habitaciones eran un poco pequeñas para lo que Elizabeth tenía en mente. Una vez más, había olvidado que sus patrones eran solo comerciantes y no pertenecían a su clase… En vano hubiera sido solicitar remodelación alguna en la casa.

Cuando ya había empezado a descorazonarse, encontró la última sala, la cual contaba con mayores dimensiones que las anteriores.

—Que comiencen a limpiar esta habitación, luego que busquen los arcones y cofres donde se encuentran la pizarra y los libros y que los traigan.

«Será también una excelente sala de lectura y de juegos. Aquí la luz es excelente y eso que estamos casi por entrar en la temporada invernal», pensó.

Al rato, el capitán se hizo presente en la sala. Traía cara de pocos amigos.

—Me dicen que has ordenado que María deje sus quehaceres para ayudarte…

Elizabeth ni se inmutó por lo que parecía ser una reprimenda.

—Le informaron muy bien. No puedo ocuparme de los niños y, al mismo tiempo, mudar arcones… Fíjese, capitán —señaló con ambas manos—, la luminosidad que tiene esta habitación; tiene dos ventanales, así que no necesitaremos velas por la tarde. Tampoco es tan grande, así que encender la chimenea tampoco será necesario hasta bien entrado el invierno, estimo yo —continuó hablando como un loro—. Parece que hemos llegado a una isla con un clima privilegiado y dejado atrás los fríos intensos y la nieve de Londres.

El capitán se sorprendió por lo asertivo de su respuesta. Por fin, alguien que celebraba su idea de Madeira.

—Sigue así, Elizabeth, y que te den todo lo que necesites —dijo finalmente, luego de una pequeña pausa.

—A sus órdenes.

La mañana se pasó muy rápido, pues Elizabeth no solo debía poner su mirada en la decoración y disposición de la sala de estudios, sino que los niños seguían a su cuidado y ese día estaban

ya más inquietos y juguetones que de costumbre, pues con su madre no tenían la misma familiaridad que con Elizabeth.

Una vez que tuvieron todo listo, Mary-Jane hizo su entrada al flamante salón de estudios.

—Me dicen que estás poniendo la casa patas arriba… —comentó sin preámbulos ni saludos.

—Si te parece que algo no está como debiera, eres la patrona de la casa, los sirvientes están aquí esperando más órdenes.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! ¡Ven a jugar con nosotros! —se oyeron gritos lejanos.

—Con permiso —dijo escapando a paso rápido. «Benditos sean, niños», pensó mientras corría escaleras abajo.

Mary-Jane quedó sola frente a sirvientes madeirenses que se encontraban en silencio esperando instrucciones. Si algo odiaba ella, era tener que ocuparse de nimiedades.

—Estas personas no saben inglés… —comentó en voz alta—. Debo llamar a María —dijo saliendo de la habitación.

Mas cuando Mary-Jane volvió con María, en la habitación ya no había nadie, pues el trabajo estaba terminado y ahora se podía apreciar con mayor detenimiento el buen gusto y la decoración de Elizabeth. Los cortinados traídos de Inglaterra eran un poco más largos, empero, ella había escogido algunas cintas y se encontraban atados. Algunos cuadros los había mudado de habitación y dos escritorios se lucían a ambos extremos de la sala. Dos candelabros de plata que Mary-Jane no había visto hasta ahora se encontraban enfrentados a sendos lados de la chimenea. Dos pequeños sillones enfrentados y separados por una mesa de ajedrez con piezas de marfil invitaban a dejar, por un momento, los estudios y la lectura.

Una mesa ovalada de acacias con seis sillas de la misma madera completaban el juego en el centro de la sala.

—¿Verdad que la sala de estudios ha quedado perfecta? —preguntó María, llena de orgullo.

—¿De dónde han salido estos muebles? —cuestionó sin escuchar la pregunta.

—Los antiguos dueños dejaron algunas cosas que no podían llevarse, porque sus posesiones eran incontables y ya no tenían más lugar en el barco.

—¿Y mi marido sabía de esto? —agregó señalando el conjunto de muebles.

—Su marido estuvo a primera hora de la mañana y ordenó que se le diera a Elizabeth todo lo que ella quisiera —contestó tratando ahora de ayudar a la institutriz.

—Ya veo —contestó cortante, mientras abandonaba la habitación.

Mary-Jane entró a la biblioteca hecha una furia.

—¿Tú sabías de esto?

John bajó su libro a su regazo y contestó:

—Qué bueno verte levantada, querida…

—No te hagas el condescendiente conmigo… Debiste haberme mostrado toda la casa.

—¿A qué te refieres? Si se puede saber…

—Ven conmigo y lo sabrás —invitó, mientras abría la puerta.

Sin fuerza ni deseos de contrariar a su mujer, John se levantó de muy mala gana y partió escaleras arriba.

—¡Mira lo que esa muchacha ha hecho!

—¡Excelente trabajo! —exclamó al entrar a la sala de estudios.

—¡Ay! ¡Eres un desconsiderado!

—¿A qué te refieres, Mary-Jane? —preguntó contrariado, mientras se dedicaba a observar los candelabros gigantes.

—¡Estos muebles no me los has mostrado! —explotó.

—Es que ni siquiera sabía de su existencia… —contestó él con simpleza.

—¿Me estás diciendo que compraste una casa sin saber lo que había en ella? —preguntó llevando sus manos a la cabeza.

—Compré esta casa con los muebles que puedes ver —remarcó —, sin embargo, ignoraba que existieran aún más cosas.

—Quiero que me muestres todo y no enterarme por la servidumbre…

—Eres la dueña de la casa, haz lo que te plazca… Eso sí: no ahora, porque, en un par de horas, tendremos al capitán Almeida y otros convidados a cenar. Así que mejor te ocupas de que la cena se encuentre a la altura de nuestros invitados.

Mary-Jane se quedó sola, invadida por la rabia. No solo estaba en ese lugar en contra de su voluntad, sino que ahora se había echado una competidora. Faltaba nada más que tomara su lugar…

El asunto llegó a oídos de los sirvientes, por medio de María, quien ahora simpatizaba con Elizabeth, pensando y temiendo que su ama ordenara mudar todo a otra ala de la casa.

Lizzie se encontraba jugando con los niños cuando María entró al salón a buscarla.

—Es hora de su baño —informó sin ningún preámbulo.

—¿Del baño de quién? Yo no he solicitado nada en especial para los niños.

—No me refiero a ellos…

—¡Caramba! ¡Te refieres a mí! —Rio a carcajadas—. ¿Tan mal huelo? Tampoco he pedido nada para mí…

—Pero he tomado la decisión por usted, así que no discuta —contestó esperando que Elizabeth no se ofendiera—. He traído a João y él se quedará con los niños.

La muchacha entendió la indirecta y decidió pasar por alto lo que en Inglaterra hubiera sido una falta de respeto… a *lady* Elizabeth Chamberlain había que enterrarla de alguna manera.

—¡Pero si tú eres el famoso João! —saludó divertida.

—Sí, sí, es él y no tiene nada de famoso —contestó mientras empujaba por la espalda a Elizabeth—. ¡Que no se oiga ni el zumbido de una mosca en esta habitación! —fue lo último que dijo María antes de llevarse por la fuerza a la institutriz.

Elizabeth se dejó llevar sin pensar en las ulteriores motivaciones de María. Hasta que llegó el turno de sus cabellos y, en ese instante, Lizzie supo que allí había gato encerrado.

—¿Me vas a explicar por qué me estás ayudando a vestirme y a peinarme?

—¡Calle, señorita! Las paredes aquí oyen.

—¡Ja ja ja ja! —Elizabeth explotó de la risa—. No contaba con que fueras tan exagerada.

—Ya me lo agradecerá mañana por la mañana…

Elizabeth prefirió callar y dejar que María terminara su tarea en su cabeza.

—Ya está lista, señorita Elizabeth, eso creo…

Lizzie se miró al espejo y casi no se reconoció. Hacía tanto tiempo que nadie se ocupaba de ella, que había olvidado lo hermosa que era.

—¡Gracias, María, has hecho un trabajo formidable con mi aspecto! Eres muy amable…

—Diga que sí a cualquier proposición y huya de aquí, lo más rápido posible —susurró a su oído. Y eso fue lo último que escuchó de María por mucho tiempo.

6 Elizabeth… Bella Elizabeth

Cuando Elizabeth bajó las escaleras, ninguna de las damas invitadas especialmente para agasajar al capitán Almeida imaginaba ver en persona a alguien como ella. Sus poros respiraban elegancia, belleza, suavidad y refinamiento.

—Teremos que ensinar a esta menina que este lugar é Madeira e não Londres[6] —susurró una de las damas, llena de envidia.

—No se tomen el trabajo. Dudo que esta dama dure mucho tiempo aquí —dijo el capitán Almeida mientras caminaba hacia ella para ofrecerle su brazo.

Las damas murmuraron entre ellas, mientras presenciaban el espectáculo. Elizabeth había cargado muchos de sus últimos vestidos confeccionados especialmente para su ajuar de boda, los cuales había sabido esconder de los acreedores de su padre. Todavía albergaba la idea de que se casaría con alguien de la nobleza y, por esa razón, su servidumbre de Londres había escondido un arcón con sus objetos más preciados. Esa noche, María había escogido uno de ellos, el más llamativo, por la pedrería, el bordado con encaje de Bruselas y la confección hecha por Rose Bertin, la otrora modista de María Antonieta, ahora afincada en Londres. Todos esos detalles no eran conocidos por la doncella María, pero habría sido difícil de entender, además de lo obvio: era especialmente hermoso.

—Es un poco inusual que se invite a una institutriz a una cena… —afirmó una de las invitadas esperando una respuesta de la dueña de casa.

—Es verdad, mas debo decir que Elizabeth es la hija de un amigo de mi esposo, así que con ella nos permitimos cosas que jamás haríamos con extraños o con la servidumbre —comentó tratando de semejar a la alta sociedad inglesa.

—Ya vemos —acotó la otra mujer, que hasta entonces había

permanecido callada.

Lejos ya de la conversación de áspides, Elizabeth y Pedro caminaban juntos por el gran salón:

—Capitán Almeida, me alegra poder verle nuevamente —saludó ella con sincero aprecio.

—El gusto es todo mío —dijo en forma breve hasta depositarla entre el círculo de las damas, que, según él, eran las más benévolas de la sociedad.

—Señoras —interrumpió a dos damas, saludando galantemente —, les presento a Elizabeth Chamberlain, acaba de llegar de Londres.

—Elizabeth, esta es la señora Assunção y la dama que se encuentra a su lado es la señora Terezinha, esposas de Manuel Afonso de Sanha y João do Prado. Ya verá, a medida que pase tiempo en la isla, que ellas son las verdaderas artífices de que sean llamados ilustres de Madeira…

Dicho el cumplido, Pedro se metió prácticamente en el bolsillo a las damas y a sus voluntades. Un sirviente llegó con copas de vino de Madeira. Todas las damas recibieron su copa y bebieron a sorbos. Elizabeth olió la bebida, se sorprendió gratamente y, por fin, las imitó.

—Déjanos con ella, Pedro… No pensarás acaparar a la muchacha para ti solo.

Pedro sonrió e inclinó su cabeza para despedirse, pero, en su fuero íntimo, se sintió inseguro… No quería separarse tan rápido de Elizabeth, aunque las buenas maneras le indicasen lo contrario. En realidad, no quería separarse de ella nunca.

—Veo que llevas la moda de Francia, querida —le dijo Assunção —, te queda preciosa, pero aquí las mujeres somos un poco más recatadas… y no tenemos tantas fiestas como en Versalles.

Elizabeth miró su *grand habit de cour*,[7] confeccionado especialmente para ella por encargo de su padre, y se sintió un poco fuera de lugar. Ellas tenían razón y su cara se tornó pálida.

—Tengo que decirte que, con ese vestido, quiero ser definitivamente tu amiga —comentó Terezinha sonriendo, para mitigar su vergüenza.

—Y eso que no me han visto con mis adornos y pelucas —confesó un poco confundida, pero ya más relajada.

—Ojalá pudiéramos, querida, ojalá —le dijo Assunção—, sería un cambio a nuestra rutina, pero mejor vamos, que, a partir de esta noche, todo el mundo querrá conocerte.

La cena transcurrió entre risas e historias del mar. Elizabeth

tenía sentado a su derecha al capitán Almeida y, a su izquierda, a una señora inglesa de lo más particular, pues había llegado última. Debía contar con, al menos, 50 años, una edad a la que no cualquiera llegaba tan impecable y saludable.

—Te miro, Elizabeth —a estas alturas, ya habían hecho migas— y me recuerdas a mí cuando llegué, por primera vez, a la isla.

—¿Llegó sola, Georgiana? —Elizabeth no se animaba a tutear a la mujer ni tampoco a preguntar delante de miradas indiscretas lo obvio.

—No, mi padre había comenzado sus negocios aquí, así que preferí seguirlo a no verle más que dos o tres veces por año.

Las voces subían de tono y, en ese momento, Elizabeth aprovechó su oportunidad para preguntar:

—¿Se arrepiente de vivir aquí?

—Esa pregunta te la contestaré el día que me visites…

—Será todo un placer —dijo contenta de haber encontrado a una compatriota y, posiblemente, una nueva amiga.

Georgiana era risueña y charlatana, hasta que se percató de que los ojos del capitán no perdían de vista a la muchacha y, entonces, decidió hacerle un favor a Cupido y dejar de entretenerla.

—Me gustaría poder mantener una conversación a solas con usted, Elizabeth —dijo el capitán Almeida, casi como al pasar, cuando vio la oportunidad de introducir un bocadillo.

—Ahora estamos hablando —contestó Elizabeth, en forma suave, pero con tono firme.

Cuando llegaron al postre, vieron que se trataba nuevamente de frutas con una salsa de vino de Madeira. Elizabeth estaba encantada de probar algo tan singular que tuviera tantos usos.

—Pasemos todos a la sala de música —invitó el anfitrión.

El capitán Almeida ofreció ambos brazos a Georgiana y a Elizabeth. «Ojalá que nadie me pregunte si puedo tocar el piano o si puedo recitar…, no estoy de humor frente a extraños», se dijo ella.

—Tal vez Elizabeth tenga una sorpresa para todos —pronunció Terezinha, mientras señalaba el clavicordio.

—Déjenla en paz, acaba de reponerse de un viaje más que agotador —intervino la más anciana de todas.

—Es verdad, si no fuera por la Providencia y el capitán Almeida, ¡qué hubiera sido de ustedes! —recordó Assunção.

—Con permiso —rogó Elizabeth al grupo.

—Creo que se ha ofendido… —opinó Terezinha.

—Tal vez se encuentre cansada —comentó en voz alta Georgiana.

—No es para menos, yo estaría con un ataque de nervios de haber pasado por lo mismo —acotó Assunção.

Elizabeth salió al jardín a respirar aire puro. Detestaba encontrarse con personas a las que nunca antes había visto en su vida y que, sin embargo, se tomaban el atrevimiento de hablar de ella, sin importar que estuviera presente, sin importar lo amables que pudieran ser.

Se tomó la cabeza y luego tocó sus mejillas, estaban ardientes. Pasó luego su mano por la nuca. Ya era hora de ir a dormir, sería un desaire, pero estaba cansada, casi al límite de sus fuerzas.

—Espero que esta fiesta no la esté agobiando… —dijo una voz.

«Lo que me faltaba», pensó antes de darse la vuelta e impostar una sonrisa forzada.

—Capitán Almeida, creo que ha leído mis pensamientos. Necesito descanso.

—Entonces, mañana vendré a visitarla… —propuso—. Si no le molesta…

—¿Molestarme? ¡Le debo mi vida! —admitió sin darse cuenta de la verdad que encerraban sus palabras.

—Bueno, tampoco quiero su eterna gratitud… Eso no…

—¿Y qué desea entonces? —preguntó casi con un exabrupto producto del cansancio.

El capitán se tomó unos minutos antes de contestar. Hasta que, por fin, dijo:

—Deseo su amor, su corazón, su pasión…

Elizabeth lo miró fijamente y luego ya no pudo contestar nada, pues cayó desmayada.

—¡Señorita Elizabeth! —exclamó preocupado Pedro Almeida. Al ver que no reaccionaba, la levantó y la llevó adentro de la casa.

Elizabeth no supo cuándo volvió en sí, nuevamente. Al abrir los ojos, observó el techo bajo y recordó enseguida su nueva vida. A continuación, vio a Mary-Jane y a otra criada.

—¿Dónde está María?

—No te preocupes, la hemos enviado a Porto Santo —contestó Mary-Jane.

—¿Qué me sucedió? —preguntó tratando de incorporarse lentamente.

—Menudo susto nos has dado nuevamente.

A Elizabeth solo le contaron que había estado todo el día en cama y que la fiesta se había terminado ni bien los invitados se enteraron de que ella había sufrido un nuevo desmayo.

—Espero que te repongas pronto —se despidió Mary-Jane, con

una sonrisa forzada y un deseo genuino.

«Nunca pensé que fueras tan débil, muchacha», pensó mientras cerraba la puerta.

Por la tarde, Elizabeth recibió una misiva del capitán Almeida.

> Estimada señorita Elizabeth:
> Me alegra sobremanera que ya se encuentre mejor. Me encantaría que me concediera el placer de poder visitarla, en cuanto esté en condiciones de recibir visitas.
> Le ruego sepa disculpar mi insistencia, mas mi partida a Cabo Verde es inminente.
> Respetuosos saludos,
> capitán Pedro Almeida.

—¿Cómo hace este hombre para saber cuándo me despierto? —protestó en voz alta, ya molesta.

«Creo que voy a tener que aclarar, de una vez por todas, cualquier malentendido», pensó. «Además, parte de la razón de mi segundo desmayo, con seguridad, ha sido la impresión del momento que este capitán me ha causado. Sin embargo, preferiría que partiera sin tener que aclarar nada… Ni siquiera lo conozco».

En ese momento, Elizabeth sintió el deseo de contar con una madre o con un padre para poder consultar lo que le estaba sucediendo. Detestaba parecer tan débil, algo que ningún patrón podía darse el lujo de contar o, simplemente, no había ninguno dispuesto a soportar semejante carga. Se acordó de Georgiana, empero sabía que, al no conocerla en profundidad, sería una equivocación enviar una misiva o solicitar cualquier tipo de contacto. Temía no poder reprimir su necesidad de confesarle a alguien sus sentimientos y tristezas. «Ya habrá tiempo de conocerla mejor», se dijo mientras se levantaba de la cama para buscar a los niños.

El domingo partieron todos a la iglesia anglicana *Saint Joseph*.[8] Era, en realidad, una casona y al lado estaba la que, en un futuro, sería la iglesia propiamente dicha, pues aunque se habían terminado los cimientos, seguramente faltarían un par de años hasta terminarla por completo.

El sermón estuvo a cargo del pastor Simón Smith. Elizabeth se encontraba sedienta por recibir la palabra de Dios, así que escuchó todo muy atentamente. A la salida, se encontraron con el capitán

Almeida, que parecía que los estaba esperando.

—¡Querido capitán, qué alegría! —saludó con cariño Mary-Jane.

—*Madame*, el gusto de verla es todo mío.

—¿Cuándo partes, Pedro? —preguntó John.

—Muy pronto.

—¡Qué bueno que nos hemos encontrado entonces! —exclamó Mary-Jane—. Debes venir sin falta a visitarnos.

Con el paso del tiempo, Elizabeth ya conocía las mañas de sus patrones y, en especial, sabía que Mary-Jane buscaba, por todos los medios, la compañía de otras personas, para evitar que la casa se quedara vacía, es decir, que estuvieran solos ella y el capitán. Sin embargo, Elizabeth no sabía si este encuentro con el capitán Almeida podría ser positivo o negativo para ella. Había pensado en enviarle una carta, en donde le invitaría a tomar el té en la casa del capitán England. El té era un bien que, por suerte, no escaseaba; porque todo barco proveniente de las islas británicas siempre estaba cargado con diferentes tés, bien tan amado y preciado por todos los ingleses. Empero, este capitán portugués siempre estaba un paso adelante de los planes de Elizabeth.

—Me encantaría honrar tan amable invitación —aseguró—. Pero esta vez, he venido para preguntar si la señorita Elizabeth me haría el honor y aceptaría mi compañía para escoltarla hasta su casa.

—Pues nosotros no tenemos ninguna objeción… ¿Qué dices tú, Elizabeth?

—Yo, yo… tampoco objeto nada —contestó un poco contrariada.

—Muy bien, entonces, podríamos caminar una milla y luego sí, tomar el carruaje para llegar a casa.

Así pues, los England emprendieron la marcha, tomando a los niños de la mano. Atrás quedaron el capitán Almeida y una Elizabeth petrificada.

—Lamento presentarme de esta manera… —comenzó, por fin, luego de entender el mensaje no verbal de Elizabeth.

—El capitán sí que maneja los tiempos de todos y parece conocer los movimientos de esta familia…

—Perdone usted, *mademoiselle* —contestó de inmediato deteniendo su marcha—. Si algo no quiero es que usted no me respete o, tal vez, me tema…

Elizabeth no se detuvo, sino que continuó su marcha y solo giró su cabeza para decir:

—No se equivoque, yo solo temo a Dios; simplemente, no me gusta que ningún extraño se entrometa en mi habitación.

—Lo siento —se disculpó una vez más—. Lo hice pensando que usted lo tomaría como lo que es: un acto de la galantería.

—Yerra usted de nuevo: no estoy en busca de aventuras románticas —aclaró—. Mi estancia aquí depende exclusivamente de mi buen desempeño…

—Lamento si he causado algún daño… —dijo ya con rostro sombrío.

—Está bien, está bien. Creo que lo mejor sería que ambos lo olvidáramos… Ahora dígame, por favor, qué era lo que quería decirme, pues estamos llegando al carruaje.

—Creo que usted, *miss* Elizabeth, ya ha contestado todas mis preguntas sin siquiera proponérselo.

—¿Cuáles preguntas?

—Debo partir mañana —dijo deteniendo otra vez su marcha—, pero la recordaré siempre. Despida a los England por mí, *miss* Elizabeth —contestó, mientras besaba su mano para partir.

Esta vez, ella se detuvo para observar cómo él se marchaba por el camino por donde había llegado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó sorprendida Mary-Jane, acercándose hacia donde estaba parada Elizabeth.

—El capitán les envía sus respetos, pero debía atender asuntos de carácter urgente.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada —contestó sin pensar, por el atrevimiento de su pregunta.

—¡Qué extraño! Por un momento, pensé que tenía sentimientos hacia ti.

—¡Cómo se te ocurre! No me conoce en absoluto… No se puede amar a alguien de verdad sin hablar, sin saber sus gustos, sus opiniones, sus…

—Pues yo he sido testigo de que sí, se puede amar de esa manera —interrumpió mientras miraba al horizonte, al mar.

Elizabeth se sorprendió por la sinceridad de Mary-Jane y dijo:

—Gracias por tu confidencia, mas creo que, de esa manera, solo se ama al amor, a un sentimiento, no a una persona…

Mary-Jane sonrió de manera un poco triste y, de forma abrupta, confesó:

—Estuve a punto de escaparme y casarme en secreto con mi enamorado, no nos conocíamos demasiado, pero ambos sabíamos que debíamos jugarnos el todo por el todo… Pero una sirvienta en la que confiaba ciegamente nos delató.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Mary-Jane, cuánto lo siento! —exclamó tomando

su mano.

—No te preocupes, tú no tenías por qué saber…

—¿Qué fue de la vida de tu…?

—Lo acusaron de un delito que no había cometido, pusieron testigos falsos, lo juzgaron y, de inmediato, lo enrolaron en una galera para América.

—¿Entonces no lo volviste a ver?

Mary-Jane hizo un largo silencio. Hasta que, por fin, dijo:

—Llegué a conocer el calendario de cada barco que llegaba de América o que partía hacia allí, como si fuera empleada de una compañía naviera.

—Mary-Jane…

—Siempre escribía una carta con la esperanza de que alguna vez hubiera una respuesta para mí. Hasta que, años más tarde, me llegaron noticias de que se había casado… y que le estaba yendo muy bien.

—¿Quién fue el portador de semejante mala nueva?

Mary-Jane no tuvo que aclarar una palabra más.

—Disculpa mi atrevimiento… ¿Cuál fue el motivo para casarte con él entonces?

—Nadie en Londres se casaría con una mujer que se había escapado con un hombre en clara desobediencia a su familia. Pero a John no le importó. Y creo que, al darme la noticia, seguramente al principio habrá sentido lastima por mí, pero luego sus sentimientos se tornaron en algo verdadero.

—Y a ti… ¿algo te apremiaba para romper lazos con tu familia? ¿Por qué te casaste si no estabas obligada? ¿O sí?

—Mi familia se deshizo de mí lo más rápido que pudo. Odiaban el escándalo. Y yo no soportaba vivir en una pequeña vivienda en soledad con la única compañía de una sirvienta, la que me había delatado. Así que, cuando John volvió de uno de sus viajes, me propuso matrimonio…

—John es un buen hombre…

—Lo es… y lo nuestro funcionaba siempre y cuando él estuviera en el mar…

—Lo siento mucho, Mary-Jane…

—No lo sientas tanto por mí, Elizabeth —contestó—. Mejor piensa bien si vas a rechazar la propuesta del capitán Almeida.

—¿Por qué insistes tanto con que me marche?

—Porque si yo fuera tú, ya estaría haciendo mis maletas.

—Me acabas de decir que no eres feliz con un capitán… ¿y quieres que me case con uno?

—¿De verdad quieres permanecer aquí?

—La isla me parece bonita, aunque no he tenido tiempo de recorrerla.

—Dios le da pan a quien no tiene dientes…

—¿Estamos hablando de mí o de ti?

—Las oportunidades suceden una vez en la vida… —informó Mary-Jane—. Esta es tu oportunidad.

«Pero ahora que no tengo obligaciones contractuales o matrimoniales con nadie, me casaría con un hombre solo por amor y yo solo podría respetar a alguien que sepa qué piensa de la vida o qué prefiere: montar a caballo o escribir poesía», pensó.

—Te quedaste callada, Elizabeth…

—El capitán Almeida —contestó— ni siquiera se ha tomado el trabajo de expresar sus sentimientos abiertamente, así que no sé, a ciencia cierta, sus intenciones; además, parte mañana mismo…

—No juegues a la ingenua conmigo, Elizabeth.

—Bueno, está bien. Supongamos que quiero escuchar lo que tiene para decirme; pero el capitán parte en tan solo unas horas… ¿Cómo me lo diría sin levantar sospechas y sin ser la comidilla de la isla?

—Eso se puede arreglar muy fácilmente —concluyó triunfante—. Volvamos a la casa y deja esa tarea en mis manos.

Para la hora de la cena, Mary-Jane había ordenado a la servidumbre que pusieran un sitio de más en la mesa. Sin embargo, Elizabeth ignoraba todo ese plan y se encontraba ahora en su habitación, presa de la razón y el decoro; se preguntaba si semejante exabrupto por parte de su patrona terminaría bien. Sobre todo, porque se trataba de su vida. El capitán Almeida era alguien muy atractivo, en especial, por su porte, su traje de capitán. Sus amigas morirían por estar con alguien como él. Pero ella siempre había pensado que debería casarse con un duque… y terminó con un marqués, quien acabó siendo un canalla… Sus pensamientos fueron interrumpidos por Thomas y James.

—Mamá te espera en la sala de estudios… —anunciaron a coro.

Elizabeth concurrió al llamado en parte aliviada; debía aclarar que sería mejor dejar todo como estaba y que el destino, mejor dicho, la Providencia, se encargara de juntar a los que ella quisiera.

Abrió la puerta luego de un breve llamado, segura de haber memorizado las razones que le comunicaría a su patrona; después de todo, ella podía elegir con quién pasar su tiempo y sus amistades.

«Sería bueno que los England lo aprobaran también», fue lo

último que se recordó antes de poner un pie en la sala.

—¡Capitán Almeida! —exclamó sorprendida al verlo.

—*Miss* Elizabeth —saludó galante agachando su cabeza.

Elizabeth no sabía qué decir, Mary-Jane se había tomado la tarea muy a pecho.

—Bueno, no se sorprenda por la rapidez de mi respuesta, Elizabeth: ha enviado por mí y yo… La verdad es que estaba pensando volver aquí antes de partir, una vez más, con cualquier excusa, para poder decirle lo que mi orgullo herido me ha impedido. Si no lo hago, me arrepentiré durante todo mi viaje a Cabo Verde.

En vano hubiera sido explicar el meollo del asunto, que no había sido ella, sino la señora de la casa.

—Bien, capitán, dígame qué quería preguntarme esta mañana… —rogó Elizabeth olvidando todo decoro.

El capitán Almeida sonrió y se acercó para decirle:

—Todavía no entiendo cómo es que nadie le ha propuesto matrimonio, porque desde el primer momento en que la vi, no he dejado de pensar en usted, Elizabeth. Por esa razón, no pienso tentar a mi suerte y que alguien más lo haga en mi ausencia… Así que, le ruego que ponga fin a mi agonía y acepte ser mi esposa.

—Capitán… —balbuceó.

—Llámame Pedro…

—Pedro… —obedeció—, me siento muy halagada… —Hizo un breve silencio y concluyó sin saber qué más decir.

—Pero… —interrumpió nervioso.

—Pero deseo casarme con alguien a quien conozca de verdad y, sobre todo, que me conozca, ahora que no pertenezco a ningún círculo social, y al que pueda amar con todo mi corazón.

—Eso lo desea cada mortal, lo diga o no…

—Sí, es verdad, pero ese es un lujo que pocos se pueden dar.

—Yo sí puedo darme ese lujo.

—Nosotros todavía no sabemos nada el uno del otro… —dijo para tratar de convencerlo.

—En eso te equivocas; sé… —hizo una pausa para pensar lo que iba a decir sin que la muchacha se sintiera herida—, sé… lo de tu padre, tu anterior posición social, el escándalo en Londres, lo de tu anterior prometido y lo afortunada que has sido en poder escapar de todo aquello y venir a vivir a un lugar tan paradisíaco como este…

—¿Conoces mi situación y no me has dicho una palabra al respecto? —preguntó sin esperar respuesta, presa de la vergüenza.

—No necesito explicación alguna. No has sido tú quien ha fallado, sino tu padre y tu… anterior prometido. Aunque, pensándolo mejor —se corrigió—, debería enviarle una botella del mejor vino de Madeira, pues de otra manera, jamás nos hubiésemos conocido.

—Te agradezco tu discreción, pero eso todavía no cambia en nada mis pensamientos de que dos personas deben conocerse antes de casarse. ¿Qué pasaría si, dentro de un año, te das cuenta de que ha sido el peor error de tu vida el casarte conmigo?

Pedro la escuchaba y su corazón latía con más fuerza con el correr de los minutos. Hubiera querido raptarla y llevarla al barco y a su camarote.

—¿Me escuchas lo que te digo?

Él se acercó, le tomó el mentón y le dijo:

—Cásate conmigo y permíteme ser quien te haga olvidar el trago amargo que has pasado.

—Necesito tiempo… —contestó como pudo, casi sin fuerzas, porque este hombre sí que sabía cómo conquistar a una mujer.

—El problema es que el tiempo para mí es un bien escaso…

—Entonces —murmuró—, lamento decir que lo nuestro no puede comenzar bien si de tu parte existe apremio para que yo tome una decisión.

—¿Podrías esperar por mí? —rogó.

—Más bien tengo la sensación de que, ni bien partas, te habrás olvidado de mí… —refutó ella—. ¿Quién sabe cuántas maravillas habrá en Cabo Verde?

—Elizabeth, es que no entiendes… Tengo premura por partir y no para llevarte conmigo, al menos, no por ahora…

—Es verdad, no entiendo lo que me quieres decir.

—No deseo llevarte a un viaje tan largo, luego de tus desmayos…, no quiero poner en riesgo tu salud.

—Digamos que los últimos acontecimientos hubieran puesto a prueba el temple de cualquier persona —se defendió.

—¡Ni que lo digas!, por esa razón, no quiero tentar a mi suerte.

—Aún pienso que debemos conocernos a fondo. Ahora que mi situación en la vida ha cambiado; tengo una casa y un trabajo donde se me respeta, así que no podría pasar el resto de mis días con alguien a quien no amo…

—¿Y qué harías si no contaras con la protección de John?

—Supongo que buscaría un trabajo decente, el que fuera…

Pedro maldijo por lo bajo. Sus negocios eran cuantiosos en Cabo Verde y debía finiquitarlos personalmente.

—Daría lo que fuera por retrasar mi viaje, pero así son las cosas…

—Sería un honor para mí el poder recibir noticias tuyas… como un gran amigo.

—¿Qué es lo que te hace dudar?

—El haber conocido el mundo real de buenas a primeras, como un golpe seco y letal, es lo que me hace dudar de todo, no de ti en especial.

—Volveré por ti, te lo prometo.

—Mejor dejemos que la Providencia acomode la vida de todos nosotros —aclaró—, no deseo ilusionarme hasta que tú no vivas aquí y tengamos oportunidad de conocernos.

—Entonces, será mejor que me vaya… para volver rápido a ti —dijo galante.

La puerta se abrió abruptamente de par en par.

—¡Ah! ¡Capitán! Justo a tiempo para cenar.

—Es usted muy amable, Mary-Jane.

—¿Debo felicitar a la feliz pareja? —preguntó sin tapujos ni maneras.

Elizabeth se sonrojó y se preguntó si había sido una buena idea asegurar con tal vehemencia que los dueños de casa eran tan buenos como para dejar pasar un ofrecimiento proveniente de un señor que, a todas luces, se notaba que estaba profundamente enamorado de ella y cuyas intenciones parecían ser muy nobles.

—Lamento haber dado la impresión equivocada, Mary-Jane. *Miss* Elizabeth es la decencia en persona y su interés por mí radica en escuchar todas mis historias de altamar, pues su padre también poseía negocios en ese *metier*.[9]

—Por supuesto, por supuesto —contestó tartamudeando—, mi institutriz es el decoro personificado.

—Así es.

—Mary-Jane me comentó su deseo de que pasara su última noche con nosotros compartiendo una cena. Supongo que no nos va a hacer un desaire, ¿verdad? —preguntó Elizabeth otra vez sin tutearlo, tratando de poner un paño ante tantos desvaríos.

—No puedo negarme ante la petición de dos damas tan distinguidas.

La cena transcurrió sin mayores novedades: el capitán informó que debía llevar hasta Cabo Verde su carga, de la cual no precisó mayores detalles; sin embargo, a todas luces se deducía que se trataba de asuntos de la Corona de Portugal, de allí que hubieran contratado al capitán y a su barco.

—Nos escribirá, capitán, ¿verdad?

Elizabeth no daba crédito a lo que sus oídos acababan de escuchar.

—Por supuesto, aunque debo admitir que planeo volver directamente de mis asuntos en Cabo Verde a Madeira…

—Me alegro, capitán Almeida, siempre es bueno contar con un colega en la isla —esbozó John.

Cuando la puerta se cerró y luego de que el capitán England se dirigiera a su biblioteca para terminar de beber su segunda copa de vino de Madeira, las dos mujeres se dirigieron a sus habitaciones para descansar, pero antes Mary-Jane no pudo con su genio:

—¿Puedes explicarme cómo es que no has entendido lo que te he dicho?

—He entendido todo muy bien, Mary-Jane. Sin embargo, yo no quiero casarme con alguien perfecto, pero desconocido.

—Muy bien, haz como desees; pero luego no te quejes cuando la vida te ponga a prueba.

—Buenas noches —fue todo lo que pudo decir Elizabeth antes de pegar la vuelta y dirigirse a su puerta.

7 Cãmara de Lobos

El capitán England propuso salir a dar un paseo fuera de Funchal y oficiar de guía a toda su familia y también a Elizabeth. Una vez que el carruaje hubo llegado a destino, el capitán bajó rápidamente para buscar a una persona y fue la institutriz quien se dispuso a tomar de la mano a los dos niños, pues estos querían salir a correr a toda costa.

Mas, al instante de poner un pie en la acera, un olor que provenía de algún lugar próximo la invadió por completo. Elizabeth se preguntó qué sería. Era un aroma dulce, de ensueño, indescriptible. No era como los olores espantosos a los que estaba acostumbrada en Londres: sudor, letrina y comida en mal estado, recordó inmediatamente, aliviada de encontrarse en la isla.

En Madeira, todo lo que sus ojos habían visto hasta ahora era verde, un color que variaba con tantas diferentes tonalidades que todavía no había podido llevar bien la cuenta para escribir en su diario.

Los niños bajaron y, de inmediato, comenzaron a correr, por lo que Elizabeth debió seguirlos hasta alcanzarlos. Hasta que se adentró en el lugar más maravilloso que sus ojos habían visto. Era un mercado. La mezcla de aromas provenía de ese lugar. Había frutos de todos los tamaños y de todos los colores. Jarrones gigantescos portaban las flores más coloridas que Elizabeth jamás creyera que pudieran existir. Las vendedoras lucían sus vestimentas típicas y un pañuelo, que rodeaba su sien y terminaba anudado en la nuca. Conversaban animadamente con los compradores. Los tenderetes eran de madera y lonas, algo muy simple, pero que combinaba tan bien y, a la vez, contrastaba tanto con el mercado gris de Londres que, en ese momento, dio gracias al cielo una vez más por encontrarse en Madeira.

Elizabeth no daba crédito a sus ojos y estos se encontraban mareados de ver tantas cosas nuevas. Tímidamente, se acercó a un puesto a mirar con más detenimiento las verduras y las frutas. Su vendedora le hablaba en madeirense, mas Elizabeth se limitaba a sonreír, sin entender una sola palabra.

—Bolo de mel, bolo de mel —repetía como un loro apuntando

su dedo índice a lo que parecía una tarta negra.

—¿Quieres una? —El capitán no esperó respuesta y compró una.

La curiosidad de Elizabeth no se hizo esperar: el bolo de mel era una torta que sabía a muchas cosas, pero lo único que pudo adivinar fue el ingrediente de los frutos secos.

El capitán, leyendo los pensamientos de la muchacha, dijo:

—Es una mezcla perfecta de caña de miel, especias y frutos secos.

Con las manos sosteniendo el bolo de mel y la boca ocupada, Elizabeth siguió camino con los niños, que ya habían vuelto por miedo a perderse entre la multitud y en un lugar que no les era familiar.

Siguieron su recorrido fuera del mercado e, inmediatamente, fue Mary-Jane quien preguntó:

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—No seas tan impaciente, esposa mía —contestó él, a sabiendas de ser dueño de un secreto jugoso.

Sus ojos fueron testigos de lo que se les venía: su paseo se terminaba, pues tenían delante un precipicio y ya nadie osó preguntar por lo obvio. Era un mirador, una vista panorámica que invitaba a permanecer en silencio contemplando la grandeza del paisaje, el mar, el sol, las aves; además de toda esta belleza, se podían distinguir algunas embarcaciones de pescadores. Al poco tiempo, el capitán England rompió ese pacto implícito para decir:

—Este mirador es conocido como Pico da Cru y ese pequeño pueblo de allí abajo se llama de Cãmara de Lobos.

—¿Eso que vemos allá es una isla? —preguntó Elizabeth.

—No, es un islote. —Rio el capitán.

—¡Oh, qué equivocación la mía! —se disculpó avergonzada.

—No te preocupes, todos nos confundimos la primera vez. Parece una isla, pero se encuentra rodeada por el mar solo al sur y al sureste.

—¿Vamos a ir hasta allí, papá? —preguntó Thomas mientras James estaba a su lado expectante.

—Solo si tu madre está de acuerdo —contestó él para evitar problemas, por experiencias anteriores.

—¡Mamá! —gritaron los niños.

—Tal vez deberíamos volver y dejar esta travesía para otro día. Puede que Mary-Jane se encuentre un poco cansada. No se olvide, capitán, que además necesitamos tiempo para volver a la casa.

—Tienes razón.

Sin embargo, para sorpresa de todos, Mary-Jane se encontraba

de lo más entusiasmada por conocer el pueblo, así que tomaron el carruaje y siguieron camino abajo para conocer la Cãmara de Lobos y, como su nombre lo indicaba, ver una cantidad impresionante de lobos marinos.

Los niños permanecían callados debido a lo grandioso de la visión de la lobera, que se podía ver muy bien desde el jardín de la fonda. Su padre los tomó de la mano para que atendieran una historia y les dijo:

—Estos lobos marinos fueron bautizados con el nombre de focas monje por dos valientes exploradores del reino de Portugal.

—¿Y cómo se llamaban esos navegantes? —preguntó ahora Elizabeth, interesada en la conversación de sobremesa.

—Las crónicas cuentan que João Gonçalves Zarco y Tristão Vaz Teixeira. En el año 1418, debido a una tempestad en alta mar, su embarcación se alejó de su ruta, por la costa africana. Después de muchos días a la deriva, avistaron una pequeña isla a la que llamaron Porto Seguro, Porto Santo, pues salvó a la tripulación del navegante Zarco de un destino fatídico.

—¿Era esa la isla que vi antes que…? —preguntó Elizabeth, pero se detuvo para no asustar a los niños y recordarles el episodio de los piratas.

—Sí, exacto —continuó él—. Luego, al año siguiente, llegaron finalmente aquí y bautizaron a la isla Madeira,[10] debido a la abundancia de esta materia prima.

—¿Y a qué se dedican los pobladores de esta isla? —preguntó Elizabeth.

—Vino, querida, vino —dijo por fin Mary-Jane—, mira a tu alrededor.

—No solo eso —agregó el capitán—, tenemos caña de azúcar, la llamamos «oro blanco». Esta es la labor más importante para la isla. Aunque la actividad maderera continúa, ya no es la principal.

—¿Por qué ya no? —preguntó Elizabeth.

—Tengo que decir que los primeros pobladores y sus familias debieron deforestar una parte de los densos bosques para obtener las condiciones mínimas para el desarrollo de la agricultura en la isla y construir canales de agua, llamados «levadas», para transportar las aguas que abundan en la costa norte a la costa sur de la isla, pues sufre de sequías—aseguró el capitán.

—¿Es posible que el clima de Madeira de una punta a la otra sea tan diferente en esta isla, John?

—Así es, por eso se dice que necesitaremos construir otras levadas en un futuro.

—Cuéntanos más de la historia de esta isla —pidieron los niños.

—El rey Juan I de Portugal, finalmente, le concedió a Tristão Vaz Teixeira la capitanía de Machico, donde estamos de paseo, y a João Gonçalves, en 1450, la capitanía de Funchal, donde está nuestra casa. Bartolomeu Perestrelo se convirtió en capitán-donatario de Porto Santo.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó, solícito, el capitán, para terminar la historia.

—¡Sí, nosotros! —dijeron los niños.

Encontraron un hotel, porque en Madeira no había posadas como en Inglaterra, sino que los visitantes debían quedarse en un hotel donde una *senhora* o dueña de casa los atendía. El capitán England habló un rato con ella hasta que esta aceptó muy solícita preparar el almuerzo para ellos, aunque no fueran sus clientes. De manera maternal trató a los niños, aunque un poco tosca, los atendió a todos como reyes, ofreciéndoles un consomé compuesto por tomate, cebolla y huevo.

Elizabeth fijó su mirada en la señora e hizo señas para preguntar por el nombre.

—Sopa da Madeira[11] —contestó un poco desganada.

Acto seguido, depositó en la mesa un plato de bollos. La familia miró con curiosidad lo que suponían que serían bizcochos gigantes y luego miraron a la mesonera. Esta, sin detener su paso, dijo a los gritos:

—¡Bolo da caco![12]

Mary-Jane lo probó con instinto de madre antes que sus hijos e informó:

—Es solo pan, no es postre.

Cuando terminaron la sopa, acto seguido llegó un riquísimo guiso de pescado, el cual todos saborearon y, por fin, tomaron el *bolo da caco* para acompañarlo.

Así, antes de que el sol bajara, el capitán England se puso de pie y anunció:

—Creo que, por hoy, hemos hecho bastante.

Los niños comenzaron a chillar de descontento.

—Tendremos otros días para seguir recorriendo la isla —se excusó él—. Este es nuestro nuevo hogar… De aquí no nos moveremos.

—Eso no es cierto, siempre podremos volver a nuestra isla —contestó con ira Mary-Jane.

—Querida, no deberíamos mantener esta conversación aquí —comenzó a decir infructuosamente el marido.

Los ojos de Mary-Jane empezaron a lagrimear en silencio y así siguieron todo el viaje. Elizabeth se percató al instante de ello y, de inmediato, sugirió una carrera cuesta arriba a los niños hasta llegar al carruaje.

—¿Cómo te atreves a insinuar que nunca más volveré al lugar donde nací? —le espetó apenas se quedaron solos.

—Es lo mejor para todos… Nadie en tu familia extrañará tu presencia, de eso puedes estar segura porque ya me lo han dejado bien claro.

—No hace falta que me expliques lo obvio, porque cuando tú no estás, estoy con ellos o, mejor dicho, estaba.

—No te comprendo, entonces…

—Podríamos haber ido a cualquier lado, inclusive a América, pero aquí…, aquí no entiendo nada, no entiendo el idioma, estoy en una cárcel…

—Aquí es el lugar donde haremos una gran fortuna…

—¿De qué sirve al hombre ganar todo el oro del mundo si pierde su alma? —contestó con la voz entrecortada.

Eso fue lo último que dijo antes de comenzar a correr hasta alcanzar a sus hijos.

Ese momento fue el principio del fin para Elizabeth.

8 La caja de Pandora

Los días que siguieron al paseo por Cãmara de Lobos fueron un tormento para los adultos y los niños también percibían que algo estaba mal, aunque no sabían explicar qué. Mary-Jane permanecía recluida en su cama sin dejar entrar a nadie. Solo a la servidumbre al mediodía y a la noche, quienes le llevaban un plato de sopa con vegetales.

Al ver que la situación no mejoraba, Elizabeth debió encontrar un entretenimiento para los niños, quienes pedían ver a su madre; sin embargo, esta permanecía en su cuarto con las cortinas y las puertas cerradas. Así las cosas, la muchacha pidió permiso al capitán y se los llevó a todos a dar un paseo matutino. Viendo que los niños volvían cansados debido a lo empinado de los caminos y luego de un tiempo ya no preguntaban por su madre, tanto el capitán como Elizabeth concluyeron que lo mejor sería que los paseos fueran diarios. Algunas veces recorrían Funchal, otras decidían recorrer Machico o Cãmara de Lobos.

Con João apenas si podía darse a entender, todo era por señas; sin embargo, el muchachito era alguien de recursos. Estando en la playa un día, no tuvo mejor idea que tomar una rama y comenzar a dibujar cosas en la arena mojada.

—Muchacho, creo que debes aprender nuestro idioma… y yo debo aprender el tuyo —le anunció ella entre risas.

Así, volvió a la casa y envió a buscar a algunos de los sirvientes que balbuceaban inglés.

—Quisiera saber dónde está la escuela para los niños del pueblo.

Los sirvientes se miraban entre sí, con cara de no entender nada.

—¿Dónde aprenden a leer los niños de la isla? —volvió a preguntar, mientras abría un libro y hacía mímica para darse a entender.

—Señorita Elizabeth, nadie de la servidumbre sabe leer ni escribir en esta casa.

—¿Nadie? —preguntó casi incrédula, pensando que su mayordomo Antony y su gobernanta hablaban dos idiomas.

—No, señorita, eso está reservado para las grandes familias, quienes tienen gobernantas.

—Está bien, está bien, pueden retirarse —ordenó, no sin sentirse avergonzada. «Esta buena gente se encuentra a merced de lo peor si no pueden hacer los cálculos básicos y ni hablar de leer… ¿Cómo privarse de leer la palabra del Señor?», pensó.

Elizabeth seguía en la sala de estudios caminando de un lado a otro pensativa, sin saber qué hacer, cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por un estruendo, pues los niños entraron gritando de alegría, mientras João los perseguía vestido con una túnica negra en su cabeza y solo dos agujeros a la altura de los ojos.

—¡Niños!, no griten tanto y tomen asiento, que vamos a estudiar —rogó.

João se estaba marchando cuando Elizabeth lo llamó y, mientras le mostraba una silla, le ordenó:

—Siéntate. Niños, a partir de este día, João estará con nosotros.

—¡Qué bueno! —dijo Thomas.

—¿Podemos jugar? —preguntó James.

—No está aquí para jugar, João va a aprender con ustedes —corrigió forzando el tono para parecer más seria—, así que espero que se porten bien y ayuden a que la clase sea amena, para que João entienda. De otra manera, João se irá a ayudar en otras tareas.

—¡Queremos que se quede con nosotros! —expresaron a coro.

—Muy bien entonces —contestó ella satisfecha—. Tengo fe en ti, muchacho, tengo una buena corazonada cuando te miro a los ojos —le dijo mientras le entregaba una pizarra diminuta.

Madeira, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1796, abril 14

Querido diario:

Hoy ocurrió un milagro: Mary-Jane se levantó de su cama. No me percaté del gran hecho de que la señora de la casa por fin se había cansado de ser portadora de constantes jaquecas, malestares, todo tipo de palpitaciones; sino que recién me di cuenta cuando llegó hecha una furia hasta la habitación de juegos, donde me encontraba con los niños. Estaba a punto de abalanzarse sobre mí, mas uno de los niños la llamó para jugar con ellos y eso detuvo su carrera hacia mí.

Enseguida llamó a la servidumbre para que se llevara a los niños y, una vez que todos estuvieron fuera, tomó aire para descargar su furia:

—¿Qué es esto, Elizabeth?

Yo permanecí callada, era mi diario el que mostraba y ventilaba por los aires.

—¿No tienes nada para decir en tu defensa?

Fue la primera vez que me sentí nuevamente huérfana, como si mis padres se hubieran muerto por segunda vez. No tenía a nadie que abogara por mí, ni siquiera el señor Forrester.

«Es mi diario y es algo privado», pensé, pero estaba un poco asustada por la cara desencajada de la señora England.

Desenfrenada, comenzó a pasar las páginas hasta que se detuvo en una de ellas y, agarrando mi brazo, me forzó a mirarla mientras ella leía a los gritos:

—«¡Solo puedo decir sin juzgar que, a pesar de mi juventud…, espero por el bien de Thomas y James que el cambio de aire fortalezca los lazos del capitán y de Mary-Jane!». ¿Cómo te atreves, niña intrusa? ¿A quién más has mostrado este diario?

—¡Es un diario íntimo!

—¡No te creo! —Estrelló el diario contra la pared—. Habrá consecuencias por tus actos.

Señor, recuerdo cuando no tenía que preocuparme por nada, oh, Señor, recuerdo cuando mi padre encargaba pandoras de Francia para que eligiera mis vestidos y tuviera luego muñecas para jugar. Oh, Señor, me encantaría que el capitán Almeida estuviera conmigo y me propusiera matrimonio. Oh, Señor, estaría en mejor condición si fuera esposa de un campesino que me preñara de 10 hijos. Oh, Señor, no tener que aguantar a esta desquiciada mujer, oh, Dios mío, no me he equivocado, oh, Señor, tener que ver las caras de todos en la iglesia y recibir reprimenda. Oh, Señor, me encantaría haber sido esposa de Pedro Almeida, tal vez con él hubiera sido feliz. Oh, Señor, tal vez si fuera rica, Robert no me hubiera dejado.

Luego de este episodio, Mary-Jane se levantaría todas las mañanas antes que todos en la casa; acto seguido, vigilaría la cocina hasta el último detalle. En su interior, pensaba que tal vez alguien quisiera hacerle daño y envenenarla, porque así lo hizo saber un día a la cocinera. Luego pasaría por la habitación de los niños, a los que despertaba no sin falta de tacto y cariño. A la hora de la enseñanza, se quedaba en un rincón bordando y, aunque estuviera leyendo, escuchaba con atención todas las clases, interrumpiendo para corregir algo si, según ella, se encontraba fuera de lugar. Al finalizar la lección, miraba con ojos de sospecha a João. Detestaba que un niño madeirense se juntara con sus hijos. Sin embargo, el muchacho era muy aplicado con su tarea, pues sabía que redundarían en su beneficio. A pesar del desdén de Mary-Jane hacia él, Elizabeth había convencido, tiempo atrás, al capitán England de que necesitaba a alguien que pudiera aprender rápido inglés para poder ayudarla a cuidar de los niños, ahora que María se encontraba en Porto Santo.

Elizabeth encontraba paz solo cuando apoyaba su cabeza en la almohada. En Madeira no había distracciones como teatros o museos. Solo se tocaba música militar los domingos y las

festividades en una de las avenidas principales.

Así que pensó que lo mejor sería hacerse de nuevas amistades y, en especial, conocer mejor a los de su nacionalidad. Su plan era encontrarse alguna vez con Georgiana. Uno de esos días, juntó valor y envió a João con una nota. Su respuesta no se hizo esperar: dentro de dos días, un carruaje pasaría a buscarla por la casa del capitán England.

A pedido expreso de Elizabeth, no realizaron un paseo por las calles cercanas a las playas, lugar que la mayoría de los pobladores elegía, porque eran fáciles de caminar, ya que Elizabeth deseaba pasear lejos de la gente y las miradas curiosas. Así que Georgiana decidió que pasearan en hamacas, llevadas por porteadores tocados con la característica carapusa,[13] debido a que las calles en Madeira eran muy empinadas.

Sorprendida por la novedad y luego de varias horas de ser cargadas en esas hamacas tan particulares, por fin, hicieron un alto en el camino para poder admirar la vista desde arriba.

—Esta isla es simplemente hermosa —expresó Elizabeth mientras observaba la vegetación exuberante y variada—. Las rocas parecen talladas por cincel —agregó riendo mientras pasaba sus dedos por una.

Georgiana la miró y, de repente, le dijo:

—Gracias por tu idea. Normalmente, ya no vengo hasta aquí. No sé por qué…, ya que es una lástima.

—La verdad es que yo no tengo tiempo de pensar en mí, pues todo el día se lo dedico a los niños… Pero tú, ¿cómo es que no vienes aquí? —Rio—. ¿Puedo preguntarte qué haces mientras tanto en esta isla?

—Llevo adelante el negocio de vino de mi padre, con ayuda de mis empleados. Posiblemente, tenga que viajar a Londres muy pronto, así que este paseo contigo es una suerte de despedida.

En ese momento, Elizabeth rompió a llorar. La persona con la que parecía empezar una amistad se iría pronto. Una vez más, se quedaría sola.

—¡No llores, por favor! —rogó Georgiana. No necesitaba más palabras para entender a Elizabeth. Conocía al dedillo sus sensaciones. Las había experimentado los primeros años en la isla, cuando todo le parecía extraño.

—Tienes razón, mira —se secó las lágrimas—, ya no lloro.

—Ya verás cómo los meses pasarán rápido y Pedro vendrá a buscarte.

Elizabeth se sorprendió del comentario, pero era ya evidente que

toda la isla hablaba de lo mismo.

—A veces quisiera no tener que depender de nadie…

—Lamentablemente para nosotras, es así. Siempre dependeremos de un hombre, aun si tenemos nuestros propios medios y fortuna.

—Es verdad, pero no puedo dejar de odiar esta situación.

—Considérate afortunada, Pedro tiene interés en ti, y te aseguro que cumplirá su palabra. Jamás lo había visto así por una mujer…, hasta era más bien alguien reacio a querer enlazarse al estado matrimonial. Ninguna estaba a su altura, según sus propias palabras. —Rio pensando en el comentario—. Hasta había dejado de presentarle damas, porque a las de aquí las conoce a todas, así que pensé que, si en Lisboa no encontraba una, no sabía dónde pues…

—Gracias por tus palabras, pero la verdad es que quise actuar con prudencia, por eso le dije que esperáramos. Ahora me arrepiento, en parte…

—¿Por qué dices que «en parte»?

—Porque si tengo que casarme con alguien para huir de una situación incómoda, es muy probable que el augurio para mi matrimonio no sea del todo venturoso.

—Me alegra que seas así de sensata. —Sonrió—. Habla muy bien de ti y me alegro por Pedro. Ahora, debo preguntarte: ¿Pedro despierta sentimientos en ti?

Elizabeth se tomó un tiempo para responder. Al final cedió y dijo:

—Es muy difícil que Pedro entre a un lugar y pase desapercibido… Me despierta mucha admiración, pero también un poco de aprensión, porque soy consciente de que no está acostumbrado a que una mujer lo rechace o le pida tiempo, como es mi caso.

—Pedro ha aprendido una buena lección contigo. No te preocupes…

—¿Por qué lo dices?

—Porque ha encontrado el número de su zapato contigo.

—¿Tú crees? —Rio.

—¡Oh, sí! Nadie había hecho esperar a Pedro antes…

—¡Oh! Ahora me siento un poco mal.

—No te preocupes, tiene su orgullo un poquito herido, pero te ama… De eso no tengas dudas. Así que espera su regreso. Pedro te dará lo que quieras, de eso estate segura… No te arrepientas, Elizabeth, pues podrías quedarte para siempre aquí cuidando niños

o negocios ajenos mientras la vida se te escurre por los dedos.

Georgiana ahora hablaba de sí misma.

—Lo siento. —Fue lo único que Elizabeth atinó a decir. Ella no era la única que sufría en Madeira.

—Será mejor que comamos lo que he traído en la canasta —dijo Georgiana mientras hacía señas para que sus sirvientes prepararan el picnic.

Las semanas siguientes no fueron fáciles para ella, Georgiana había partido sin fecha exacta de regreso. A pesar de que los malos recuerdos de las semanas anteriores se hallaban en el olvido, desde hacía tiempo podía adivinar, sentir y percibir que el capitán England también había mudado su semblante y ahora sentía que él tampoco confiaba en ella.

Mary-Jane la toleraba, pues no había otra persona o gobernanta a la altura de Elizabeth en la isla. Sin embargo, un día sucedió algo que fue la gota que derramó el agua del vaso.

—Te crees muy lista, muchacha, porque hablas latín, ¿verdad? —preguntó Mary-Jane interrumpiendo la clase de los niños y João.

Elizabeth la observó con detenimiento, contó hasta diez y, por fin, dijo:

—No sé a qué te refieres, no me creo nada ni nadie en particular.

—Me tomas por insensata, ¿verdad?

—Creo que es mejor que hagamos un receso en la clase —contestó mientras cerraba los cuadernos y despedía a los niños.

—¿Quién te crees que eres ordenando mi casa, manejando a mis hijos, escogiendo el menú? —continuó—, ¡eres solo una institutriz!

Elizabeth prefería ignorar la invitación a la pelea, se puso de pie y se disponía a abandonar la sala cuando Mary-Jane la tomó por el brazo.

—¡A ti te estoy hablando, no me dejes con la palabra en la boca!

—No quiero pelear ni discutir… —Fue todo lo que dijo.

—Tú eres una empleada más en esta casa, alguien del servicio —aclaró—. Tú no discutes, tú obedeces.

—Suéltame, me estás haciendo daño.

—Repite conmigo: soy una empleada, alguien del servicio.

—Estás desquiciada —infirió sin pensar.

—¿Llamas loca a tu patrona?

Elizabeth salió caminando con paso firme, al menos, eso se propuso, porque estaba casi al borde de un ataque de nervios. Si

hubiera podido, se hubiera zambullido en el mar y hubiera nadado hasta el continente, para dejar atrás esa casa de locos.

El resto del día transcurrió sin sorpresas; por un momento, Elizabeth pensó que Mary-Jane había vuelto por fin a la cama, con sus cortinas cerradas, y a sus prisiones, dejando al resto de su mundo en paz. Pero solo fue un deseo, una esperanza fortuita de que algo bueno pudiera sucederle.

Cuando llegó la hora de cenar y se disponía a bajar al comedor, alguien de la servidumbre golpeó su puerta y, acto seguido, trajo una charola con comida.

—No he pedido comida a mi cuarto —aclaró con la esperanza de que se la llevaran.

—El capitán England ha dado instrucciones… —Fue todo lo que escuchó antes de que su puerta se cerrara otra vez.

Como Elizabeth no estaba acostumbrada a semejante desprecio, sin pensarlo, abrió su puerta llevando la bandeja y se dirigió al comedor dispuesta a sentarse con los dos comensales, que ya habían empezado con la cena.

El capitán, cuando la vio, se puso de pie. Acto seguido, tomó la charola y la dejó en la mesa, para inmediatamente conducir por el brazo, a la fuerza, a una Elizabeth contrariada a su habitación. Una vez que estuvieron en su aposento, el capitán England le dijo en forma concisa:

—En tres meses, llegará un navío con mercadería, que pasará nuevamente por Porto Santo a su regreso a Inglaterra. Considero apropiado que te quedes allí esperando, hasta que tu reemplazo llegue a Madeira.

—¿Mi reemplazo? —preguntó incrédula de haber oído lo correcto.

—Has oído bien, tu reemplazo… —confirmó con frialdad el capitán mientras se dirigía a la puerta de salida.

—¿Y se puede saber por qué motivo soy despedida?

—Mary-Jane te ha estado observando todo este tiempo y considera que no estás a la altura de lo que necesitan nuestros hijos.

—Es una broma, ¿verdad?

El capitán detuvo su paso, se dio la vuelta y dijo:

—Es muy serio, Elizabeth. Has sido una gran decepción, después de todo; te hemos traído aquí cuando nadie te quería. Y casi repudiada, te hemos adoptado como si fueras alguien de la familia; te hemos tratado mejor que a cualquier institutriz, pues has compartido con nosotros la mesa y te hemos dado la libertad de poder hablar con quien quisieras, caminar libremente en la isla y

mantener contacto con el capitán Almeida.

—¿Qué tiene que ver el capitán con todo esto?

—Sabemos muy bien que, si el capitán Almeida te hubiera propuesto matrimonio, nos hubieras dejado de inmediato, a la deriva, sin reemplazo alguno para nuestros niños. Porque supongo que eso es lo que quieres: casarte con el primer hombre para escapar de cuidar a nuestros niños.

Elizabeth se quedó sin palabras ante semejante infamia. Sin embargo, reaccionó para preguntar:

—¿A dónde me llevará el barco de regreso?

—El barco se quedará en Lisboa para cargar provisiones, luego partirá nuevamente a Inglaterra.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó entre lágrimas.

—Una vez que te subas al barco en Porto Santo, serás libre de hacer con tu vida lo que quieras —dijo por última vez antes de que la puerta se cerrara con llave.

Elizabeth lloró las primeras horas en su cuarto casi en silencio. Detestaba demostrar que se hallaba vencida y humillada.

A la madrugada, alguien tocó su puerta, casi rozando la madera y luego se pudo escuchar el ruido de una llave en la cerradura. Cualquiera diría que no deseaba despertar a nadie, ni siquiera a la persona que se hallaba detrás de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —susurró sorprendida una vez que su ojo pudo espiar quién era.

—Estoy aquí porque la señorita no ha comido —contestó.

De inmediato, Elizabeth abrió la puerta y se encontró con João, quien sostenía su cena. Aunque no deseaba comer, sin embargo, lo dejó pasar, pues se alegró de poder encontrar a alguien que la estimara, un rostro amigo para ver, aunque más no fuera por última vez.

Una vez que cerró la puerta, Elizabeth rompió a llorar. João no sabía qué hacer, así que solo dijo:

—Señorita, não se preocupe.

—Me voy, João, me voy de la isla —confesó mientras hacía mímica para que el muchacho entendiera.

—Isso não é possível,[14] señorita enseña… os filhos do capitão.[15]

—No entiendo lo que dices, pero ya tampoco importa… —dijo al borde del llanto.

—Señorita, señorita… —rogó João.

Con mucha paciencia, João permaneció junto a Elizabeth en silencio, hasta que ella se pudo calmar y, luego de un rato muy largo, la convenció para que probara algún bocado.

Luego la ayudó a hacer sus maletas, sin decir nada, solo con mirada triste. Casi al alba, Elizabeth por fin cayó rendida por el sueño. João vigiló que así fuera y, acto seguido, cerró las cortinas para que la luz de la mañana no la despertara. Pasado el mediodía, alguien de la servidumbre le trajo algo para comer, una sopa de pescado. Elizabeth ya se encontraba despierta y lista para enfrentar lo que el destino le tuviera preparado. Un par de horas más tarde, fue conducida hasta Cãmara de Lobos, donde la hospedaron unos campesinos y allí, al amanecer, ya la estaba esperando una embarcación madeirense, no tan pequeña, llamada Carabela, según supo más tarde, repleta no solo de algunas personas, sino más que nada de enseres y mercadería, lo que jamás había visto en su vida, y que la conduciría, tras varias horas de viaje, a Porto Santo.

Elizabeth se sentía avergonzada por la forma en que había dejado la casa, sin despedirse de los niños, como si fuera una ladrona; además, se encontraba con las manos vacías, sin su paga y sin carta de recomendación. Tuvo tiempo suficiente durante la travesía para romper a llorar, luego calmarse, volver a llorar y volver a calmarse, pues el viaje fue interminable.

Cuando divisó Porto Santo, encontró que la isla era completamente diferente a Madeira, era más árida y, ya más cerca y a punto de desembarcar, se sorprendió por el color de la arena, pues era muy blanca. Por fin pudo reconocer una cara amiga: María. Esta la estaba esperando, por orden del capitán England, quien había dispuesto que solo se le diera la comida que la servidumbre comía y que de ninguna manera pudiera salir sola. Y que su trato no difiriera del que se le daba a la servidumbre del rango más bajo. María había contado las horas para poder tener frente a frente a Elizabeth y que esta aclarara todas sus dudas.

—¡Dichosos los ojos, Elizabeth! —exclamó apenas la tuvo enfrente.

Elizabeth no dijo mucho, pero la abrazó muy fuerte y rompió a llorar.

—Cálmate, cálmate, niña, que seremos la comidilla de toda la isla —rogó mientras se deshacía de su abrazo.

—Perdona, perdona —rogó—, esto es indecoroso para mí también…

—Bueno, entonces mejor vayamos directamente a la casa, que quiero noticias frescas.

—No tengo nada bueno para contarte y no tengo ganas… ¿Ves? No tendría que amargarte.

—¡No digas bobadas! —la corrigió—. Te he estado esperando

todo este tiempo para saber, de primera mano, lo que acontece en la casa, en Madeira.

—¿Y cómo suponías que vendría a Porto Santo?

—Querida, el diablo sabe más por viejo que por diablo…

—¿Dónde está el carruaje? —preguntó mientras miraba para todos lados.

—¿Cuál carruaje?

—El que nos llevará a la casa…

—Nos llevarán las dos piernas, querida… —contestó María entre risotadas—. Ahora, si estás cansada, puedes darme tu maleta.

—Tengo también que cargar mi arcón… —advirtió confundida.

—Por eso no te preocupes ahora mismo, los que te ayudaron a bajar te traerán el arcón.

Caminaron en silencio cerca de dos kilómetros bordeando el mar. El día era precioso y pronto llegaría el verano.

María rompió el acuerdo tácito de silencio y, levantando su brazo, señaló algo y dijo:

—Mira, Elizabeth, esa casona que ves a la orilla del mar es la casa del capitán England.

La casa era muy pintoresca y hermosa, pintada de varios colores. A Elizabeth se le nubló la vista de la emoción y, de pronto, sintió deseos de escapar y esconderse en la isla para que nadie más dispusiera de su destino.

—Vamos, niña, apura el paso, que cuando lleguemos a la casa, desembucharás todo.

—No quisiera hablar delante de la servidumbre…

—¿Que qué? —Rio María mientras comentaba sintiéndose superior—, ¡esos son unos brutos! Unos buenos para nada… Buehh —se corrigió—, lo único bueno que saben hacer es preñar a sus mujeres.

Elizabeth se sonrojó por la observación tan carnal de María y trató de cambiar el tema.

—Los niños están muy bien…

—De eso no tengo dudas. —Hizo una pausa corta y dijo—: En realidad, es ahora cuando temo por ellos.

Una vez que llegaron a la casa, María sacó lo mejor que tenía en la alacena de su cocina, ordenó a uno de sus criados que le trajera los pescados que estaban colgados esperando ser asados y los preparó para Elizabeth. Esta, en forma obediente y para no ofender, comió sin chistar aunque casi no tuviera hambre debido al traqueteo del mar.

—Ahora, niña, desembucha todo y no omitas nada, que aquí

nadie entiende palabra —ordenó mientras se sentaba con una infusión en la mano.

—Estoy un poco cansada… —se excusó.

—¡Qué boberías son esas! ¡Estoy esperando desde hace semanas que vengas!

—¿Semanas?

—Sí, semanas… —confesó—, ¿o piensas que el capitán England toma algún riesgo sin antes tener alguna víctima a quien echarle la culpa?

—¿Por qué te envió aquí?

—Por nada en especial, quería tener otra casa para extender sus negocios. Ahora, por lo menos, agradezco que soy yo quien está aquí. Y dime, ¿cuándo te viene a buscar el capitán Almeida? ¿Fue por eso que te enviaron aquí?

Elizabeth no omitió ni punto ni coma en su relato, mezclado con llanto, congoja y quebranto de corazón. Luego, hubo un gran silencio.

—Pues, niña, te has metido en la boca del lobo y el capitán Almeida sin saber nada…

—¿Por qué todos meten al capitán Almeida siempre en la conversación?

—Pues, chica, ¿para qué mentir? Él no es solo un capitán, es hijo de la nobleza. Hay muy pocas personas que conocen quién es él realmente. Detesta las habladurías.

—¡Dios mío! ¡Entonces le he dicho que no a un aristócrata! —exclamó sin fuerzas, llevando sus manos a la cabeza.

—A ver cómo te las apañas para enmendar el error… Yo que tú saco pluma y papel y empiezo a escribir la carta más amorosa de mi vida.

—Eso jamás, no voy a insultar la inteligencia de Pedro.

—Pero ¡de qué inteligencia ni inteligencia me hablas! —la retó a los gritos—, si eres tan buena para las relaciones como lo has demostrado hasta ahora, te las apañarás para que te acepte. ¡Qué digo! —se corrigió—, si te está esperando, estará contando los días para volver de Cabo Verde a Madeira.

—No exageres, María… Este hombre, seguramente, tendrá muchas mujeres que estarán más que contentas de poder darle hijos, aunque él esté lejos y vuelva una vez por año.

—El capitán Almeida no tiene un pelo de tonto: si se casa contigo, te llevará con él o cambiará de profesión. Pero eso de dejarte sola…, no lo creo. No se arriesgará a que alguien tome su lugar mientras él se encuentra en altamar.

—¡Ay, María! ¡Qué cosas dices! —exclamó—. Mejor dejamos esta conversación de alguien ausente, que, a propósito, es mala educación.

—¡Qué mala educación ni buena educación! ¡Este hombre vuelve por ti, como que me llamo María!

—No seas exagerada… No tengo fortuna ni nada que sea atractivo para alguien de su posición social.

—Mira, si este hombre se te ha declarado y tú lo tienes en ascuas, pues para cuando vuelva, lo tendrás en la palma de tu mano…

—Para cuando vuelva, seguramente, yo estaré en Lisboa, sin dinero y sin ninguna protección…

—No seas ingenua, habla con el gobernador y ofrece tus servicios.

—¿De qué servicios me hablas?

—De institutriz, profesora o de lo que quieras… Aquí no hay otra cosa para hacer, así que tú, con seguridad, serás la novedad por un largo tiempo.

—Dos o tres meses, como máximo.

—Bueno, bueno, que aquí, en Porto Santo, los vientos soplan fuerte y cambian con mucha rapidez, así que, en ese tiempo, tu suerte puede cambiar en un santiamén… No te desanimes.

9 Porto Santo

Durante todo el mes que siguió, Elizabeth comenzó con largas caminatas por los 9 km de arena que la isla tenía en su parte sur, frente a la casa de los England. Luego de varios días, no supo qué hacer con su tiempo, así que se dedicó a visitar a algunas personas y, sin querer, terminó ayudando en diferentes tareas sanitarias a un médico inglés, el doctor Collins, con los enfermos de la isla. También pudo compartir impresiones con los cosechadores y huerteros del lugar y le hizo recordar los tiempos cuando hablaba con los jardineros de su casa en Londres. María hacía las veces de traductora, pero ella pronto aprendió palabras básicas.

Elizabeth amaba contemplar los árboles típicos del lugar: el drago y la palmera. Era completamente diferente a Madeira, no crecían tantos árboles porque el terreno era un poco más seco, a merced de los fuertes vientos y de las escasas lluvias del verano. Sin embargo, tenían en común lo rocoso y lo volcánico.

Como toda muchacha inglesa, Elizabeth amaba los paseos y varias veces subía al monte Castelo o al Pico do Facho, desde donde podía observar gran parte de la isla y los islotes que rodeaban Porto Santo. Sin embargo, estaba muy mal visto que una señorita caminara sola por la isla. Además, las mujeres solían salir solo hasta ciertas horas, siempre en grupos. Por eso, María estaba siempre con Elizabeth para evitar enfadar a los habitantes y sus costumbres.

Empero, llegado el segundo mes, un día María entró súbitamente a la habitación que Elizabeth estaba ocupando, la del capitán England y su esposa. Eso no lo sabía Elizabeth, pero María le había ofrecido esa habitación pensando compensar un poco las penurias de la muchacha y contando con la aprobación de toda la servidumbre, a quienes Elizabeth, con sus buenos modales y su dulzura, había conquistado.

—Levántate, muchacha, levántate —gritó como loca.

Elizabeth escuchó el cimbronazo de la puerta y el grito de María. Sin embargo, estaba muy cansada, pues el día anterior había hecho largas caminatas con el médico Collins visitando enfermos.

—María, María, hoy no, por favor, no quiero despertarme temprano, despiértame con tus locuras un poco más tarde —rogó la muchacha.

—Despiértate, insensata —clamó más fuerte interrumpiendo su sueño—, que el capitán England y su esposa están por llegar.

Elizabeth pegó un salto y gritó:

—¿Se puede saber a qué vienen ahora?

—Pues, niña, vienen porque esta es su casa y porque seguramente alguien les habrá contado lo bien que la estás pasando aquí —contestó desconfiada, pensando lo peor.

—¿Será posible? ¿Pero de qué hablas? Si no la estoy pasando bien, me han quitado todo en Londres y ahora me han quitado todo en Madeira. Estoy aquí esperando mi sentencia de muerte —dijo entre lágrimas.

—Niña, no me lo expliques a mí, que soy una sirvienta. Más bien, explícaselo a esos que vienen y, en pocos momentos, estarán aquí.

En ese instante, entraron dos sirvientas y comenzaron a ordenar la habitación de Elizabeth: la cama, las sábanas, los muebles. Limpiaron todo, por orden expresa de María. Elizabeth se sorprendió de la rapidez con que aseaban su cuarto.

—Supongo que no querrán dormir en mi habitación —preguntó ingenua.

—Lamento decirte, querida, que esta es su habitación, no la tuya —confesó María.

Elizabeth lanzó una carcajada nerviosa y dijo:

—Espero que nadie les cuente que estuve compartiendo su lecho, porque esto me traería más problemas cuando viaje en el barco, tal vez me castigarían y enviarían a dormir a la bodega.

—No te preocupes, muchacha, aquí nadie va decir nada, todos te quieren bien y te van a querer más en cuanto conozcan a la señora…

—Bueno, ¿y ahora adónde se supone que tengo que ir? —preguntó nerviosa.

—Lo primero que harás es lavarte la cara y luego tomarás unos bordados que tengo en mi cuarto. No salgas de allí hasta que no te manden a buscar. Que cuando el capitán y su esposa lleguen no se encuentren contigo.

Elizabeth obedeció todas las instrucciones de María. Así pues, no pasó ni media hora luego de que los dueños de casa llegaron y la señora mandó a buscar a Elizabeth. Ni bien los tuvo frente a frente, lo primero que se le vino a la mente fue arrojarles el primer jarrón que vieron sus ojos. Sin embargo, sabía que debía manejar sus emociones y dejar sus verdaderos sentimientos para otro momento. Ya tendría el viaje en barco para pensar, gritar y sacudir sus cosas frente a alguna pared del camarote.

—Querida Elizabeth —saludó Mary-Jane ni bien la tuvo frente a frente.

Elizabeth la miró con rostro contrariado, empero, los gritos de unos niños le devolvieron la alegría: eran Thomas y James… Y unos metros más atrás, estaba João.

Si bien el impulso natural de Elizabeth fue abrazar a los muchachos agachándose y enseguida se escaparon algunas lágrimas, el recuerdo vivo de las maldades de su todavía patrona y la confirmación de su presencia hicieron que, rápidamente, se limpiara la cara y se pusiera de pie, por respeto.

—No te preocupes por mí —dijo afectuosamente Mary-Jane, mientras acortaba la distancia que las separaba. Elizabeth, sin embargo, dio un paso atrás—. Entiendo perfectamente que te encuentres un poco aprehensiva a mi presencia; no hemos terminado bien.

María escuchaba y ponía sus ojos en blanco, en señal de desaprobación.

—Estas semanas en las que tú no estuviste los muchachos han sufrido terriblemente tu ausencia. Es por eso que hemos convenido con John que me quedaré con Thomas y James durante los dos meses restantes hasta que venga tu reemplazo. Hemos traído también tu paga y una carta de referencia para que puedas encontrar trabajo cuando llegues a Portugal o a Londres, pues hemos dado instrucciones de que viajes adonde quieras.

Elizabeth permanecía en silencio, atónita.

—Ahora, si te parece bien —continuó la mujer—, me gustaría caminar por la playa, pues me han contado las mujeres de Madeira que Porto Santo, aunque es una isla más pequeña, tiene muchas cualidades. Salud y bienestar van de la mano en esta magnífica playa, ya que además de sus aguas transparentes, su arena posee propiedades terapéuticas raras. Así que, tal vez, debería haber venido aquí de primera mano en lugar de estar en Madeira…

—Es verdad todo lo que dice mi esposa —interrumpió, en ese momento, el capitán England—. La arena de Porto Santo es muy

suave, fina y poco abrasiva, y dicen los médicos que se compone de una sustancia llamada carbonato de calcio, en forma de calcita, lo que le confiere propiedades térmicas muy especiales. Hemos venido principalmente por eso a voluntad y deseo de Mary-Jane y esperando que toda mi familia encuentre la paz y la tranquilidad que necesita en esta isla.

—¿No dices nada, Elizabeth? —le preguntó Mary-Jane, un poco confundida por su silencio.

—¿Qué puedo decir, señora? Esta es su casa y usted dispone como quiere de ella… Y yo sigo siendo la institutriz de sus niños hasta que el barco venga a buscarme.

—Por favor, por favor, no me haga sentir una malvada. Todo lo contrario: hemos venido aquí para conferirte una nueva oportunidad, pues si mejoras tu conducta, tal vez no necesitemos otra institutriz.

—¿Y qué harán con la pobre dama que ha venido desde tan lejos? —preguntó solidaria.

—Madeira siempre necesitará de nuestra raza para mejorar la isla. Si no es como institutriz, será como dama de compañía de alguna de nuestras familias que residen en la isla —aseguró—. No la despacharemos ni la dejaremos tirada, si es lo que te preocupa —le dijo, en forma irónica, Mary-Jane.

María seguía moviendo la cabeza en señal de descreimiento y desaprobación.

—Me quedaré con ustedes solo un par de días porque mis negocios no me permiten disfrutar de esta maravillosa isla por más tiempo. Sin embargo, con seguridad, comeremos con el gobernador. Así que prepárate, pues vendrás con nosotros y dejaremos a María al cuidado de los niños —ordenó el capitán.

Mary-Jane lo miró contrariada y emitió una contraorden:

—Ahora, Elizabeth, ocúpate de los niños, lo de comer con el gobernador podrá ser algún otro día… No necesariamente debes acompañarnos cada vez que vamos, ¿verdad?

Elizabeth llamó a los niños y contestó sin mirarla:

—Claro, por supuesto.

Mary-Jane no se dio por aludida y continuó:

—Y agradécenos que hemos traído también a João, para que te eche una mano. Ahora puedes retirarte, a la tarde me gustaría dar ese paseo por la playa.

Así ocurrió, tal y como los England tenían planeado: debido a la novedad de todo, los días siguientes hubo paz y tranquilidad. Uno de esos días, Mary-Jane se levantó temprano y, luego del desayuno,

sugirió una caminata con los niños, João y Elizabeth.

Luego de caminar un poco por las arenas doradas, para romper el silencio, Mary-Jane dijo:

—¿Sabías que, además de la playa, la ciudad de Vila Baleira revela historias y leyendas de un pasado más o menos lejano?

—No, no lo sabía —le contestó sorprendida Elizabeth, pensando qué leyenda se había perdido de escuchar. «Hubiera sido muy especial descubrirla sola, sin compañías indeseables», se dijo.

—Bueno, un ejemplo es que aquí residió el famoso navegante y conquistador Cristóbal Colón, el descubridor de América… Tenía una casa, si quieres, podemos ir a visitarla…

—Nada me gustaría más —replicó, ahora un poco más entusiasmada por la noticia.

—¿Conoces la historia de por qué residió en esta isla?

—No, no la conozco.

—Enrique el Navegante nombró gobernador a Bartolomeu Perestrelo, lo que supuso una cierta fama histórica para la isla, ya que la hija de Perestrelo se casó con Cristóbal Colón, el cual residió aquí un breve período de tiempo.

—Qué historia más interesante… —expresó conteniendo su ser para seguir mostrando interés y conversación. Simplemente, Mary-Jane no le inspiraba confianza.

—Te preguntarás cómo sé tantas cosas… —dijo y, sin esperar respuesta, continuó—: es que John me las contó mientras veníamos hacia aquí, pensó que sería interesante que hiciéramos algo juntas…

—¿Qué estamos esperando entonces? —preguntó Elizabeth mientras bajaba su guardia.

Hizo una pausa en su marcha para mirar con más detenimiento a Mary-Jane y acotó, con sinceridad:

—Estoy feliz de que las cosas entre nosotras vuelvan a estar bien. Amo a los niños como a los hermanos que no tuve y creo que ellos sienten lo mismo por mí.

Mary-Jane ignoró el comentario y dijo:

—Lo que más me gusta de este lugar es la belleza primitiva de los paisajes… Quiero recorrer todos los caminos y senderos de la isla.

—A mí me gustan su hermosa playa de arena fina y su mar de aguas tranquilas… —contestó siguiéndole el juego. «Mary-Jane no ha cambiado nada», pensó. Su sexto sentido localizado cerca de sus tripas no le mentía.

Hasta que llegó el día en que el capitán England nuevamente debió partir hacia la isla de Madeira, con la promesa de volver a

buscar a su familia ni bien el barco con la nueva institutriz llegara, pues ahora habían cambiado los planes y Elizabeth se quedaría con la familia del capitán, ya no partiría a Lisboa.

—Muchacha —le dijo María—, no sé si este cambio de plan es una bendición o una maldición. Mejor no te hagas a la idea de que te quedas con esta familia, sino ve pensando y guardando tu dinero para cuando vuelvas al continente. Y, sobre todo, guarda bajo siete llaves la carta de recomendación.

—Detesto darte la razón, pero presiento que, de aquí a un tiempo, las cosas podrían cambiar nuevamente, según el humor y los nervios de esta mujer.

—¿Y qué harás entonces?

—Rogaré al cielo para que mi destino cambie…

—¿Eso incluye al capitán Almeida?

—Mejor no incluyamos a nadie, solamente a mí, quiero viajar libre de peso.

—Yo que tú incluyo al capitán Almeida…

La tercera semana sin el capitán comenzó tranquila y sin sobresaltos, el barco para buscar a todos estaba próximo a llegar, así que Elizabeth no se encontraba muy tranquila. No sabía con seguridad si la nueva institutriz sería alguien confiable o si, por el contrario, querría quedarse con su puesto. Si así fuera, con seguridad, se echaría a una nueva enemiga que competiría con ella desde la mañana hasta la noche. Debería hablar con Georgiana o tratar de escribirle rogando que hubiera ya vuelto de su viaje al continente: o se iría la nueva institutriz o se iría ella… a donde fuera.

A mitad de esa semana, Mary-Jane seguía en su cama durmiendo hasta más tarde de lo que habitualmente se estaba levantando desde que había llegado a Porto Santo. Esto alertó a Elizabeth y a María, pues conocían al dedillo los cambios de humor de su patrona.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a la institutriz.

—¿Qué remedio? —contestó—, deberemos seguir como si nada y, si se queda en la cama, que se quede —confesó—, mi trabajo aquí es cuidar de los niños, no de un adulto.

João estaba con ellas escuchando, pues ahora entendía perfectamente lo que hablaban las mujeres.

—Mejor vete a jugar a la playa con los niños, tal vez hoy no tengamos nuestra clase habitual.

—Como usté' mande, señorita Elizabeth —contestó servicial, como de costumbre.

Mas, de forma súbita, una campana comenzó a sonar alocadamente y sin razón, según el pensamiento de Elizabeth, porque la campanada del cuarto para la hora había sonado no hacía mucho tiempo. Su lógica fue cambiada por los movimientos bruscos que se escucharon en la casa. Los sirvientes corrían de un lado al otro a los gritos, tomando sábanas y mantas; cargando en ellas provisiones de todo tipo. María entró a la casa agitada y, mirando a Elizabeth, le dijo:

—¡No te quedes ahí como una boba!

—¿Qué sucede? ¿Por qué tanto alboroto?

—¡Piratas, niña estúpida! ¡Piratas berberiscos!

El pulso de Elizabeth se aceleró en menos de lo que canta un gallo. Las manos le comenzaron a temblar y sintió un escalofrío que le recorría desde la coronilla hasta la cola. Al instante, recordó que los niños estaban en la playa con João, así que corrió y los llamó tan fuerte como sus pulmones se lo permitieron y, levantando los brazos, los movió para llamar su atención. João, al principio, no entendió, pero al mover su cabeza vio cómo el barco corsario se estaba acercando, así que inmediatamente fue al encuentro de Elizabeth.

—¡Piratas! ¡Corramos y escondámonos!

María, en ese momento, salió el encuentro de ellos en la puerta de la casa y dijo:

—Debemos correr al refugio, el que está cerca del fuerte San José.

Elizabeth comenzó a correr con ellos, hasta que se detuvo y dio dos pasos atrás, gritando:

—¡Falta Mary-Jane!

María se tomó la cabeza y dijo:

—Me llevo a los niños, tú ve a buscar a esa loca.

—Me quedo con la señorita —se ofreció solícito João.

—¡De ninguna manera! —gritó Elizabeth—, tú te vas con los niños y yo enseguida salgo con Mary-Jane.

Ya en la casa, Elizabeth abrió la puerta del cuarto de su patrona, quien se encontraba durmiendo, ignorante de toda fatalidad.

—¡Despierta, Mary-Jane, despierta! —gritó Elizabeth sacudiendo sus sábanas.

—¡Déjame dormir, niña tonta! —Fue todo lo que contestó, volviendo a arroparse.

Elizabeth abrió todas las cortinas y luego gritó:

—¡Piratas! ¡Vienen piratas!

Mary-Jane abrió los ojos y espetó:

—¡Estás inventando! —Mientras, se sentaba en la cama.

Elizabeth la tomó por un brazo y la arrastró tirándola al piso.

Cuando Mary-Jane se puso de pie, le dijo:

—Eres una insolente, estás despedida.

Elizabeth le contestó asestándole con una bofetada y le replicó:

—Si salimos de esta, te prometo que no verás nunca más mi rostro; ahora vístete, porque los piratas están casi en la playa.

Ambas mujeres corrieron cuesta arriba sintiéndose como las últimas habitantes que no se encontraban en el refugio.

—Corre hasta más no poder porque ya veo el refugio —mintió Elizabeth para poder darle más ánimos, sabiendo que faltaban, al menos, dos kilómetros.

Al encuentro le salieron varios malnacidos, quienes las tomaron por la cintura con tal facilidad, como si no pesaran más que una pluma.

—Mira la mamacita que me encontré —le dijo un pirata a otro, mientras cargaba a Elizabeth en su hombro.

—No se te ocurra meterte con cristianas, eso sería una afrenta —le recriminó un colega.

—Pero ¿quién te dice que me la quiero quedar? Estoy pensando en la cantidad de monedas de oro que obtendré por su venta —se sinceró.

«Por lo que sea», pensó su compañero, quien cargaba a Mary-Jane.

—Con esta cabellos de oro, supongo que podré comprarme el título de duque —concluyó a las risotadas.

—Llévalas a la pinaza y que nadie toque ni un solo cabello de estas dos. El que se atreva perderá la mano con la que la tocó. —Se escuchó una voz—. Avisa asimismo a toda la tripulación.

El que hablaba era el capitán; esta vez, solo habían podido raptar a algunas mujeres que terminarían como esclavas, sin embargo, el ojo avizor le decía que esas dos cristianas le reportarían ganancias infinitas.

Viajaron durante mucho tiempo, según los cálculos de Elizabeth, quien trataba por todos los medios de calcular dónde estarían, según la claridad que dejaba ver el techo de lo que era su calabozo. Mary-Jane, por su parte, solo se dedicaba a llorar o a sollozar cuando se olvidaba de hacer lo primero.

—Esto es todo por tu culpa, debiste haberme despertado con anticipación para poder huir.

Elizabeth optó por no contestar. Tenía demasiado en qué pensar… Seguramente, alguien trataría de aprovecharse de ellas.

El tercer día —o, al menos, el tercero según los cálculos de Elizabeth—, el barco aminoró su velocidad y, finalmente, llegó a su destino.

Las primeras en bajar de la embarcación fueron Elizabeth y Mary-Jane, para su sorpresa. Acto seguido, fueron conducidas a una carreta, que más bien parecía una jaula, que las condujo nuevamente hasta un lugar, una prisión, en donde también se encontraban más personas. Así, un carcelero las guió mediante empujones por un pasillo con calabozos a sendos lados; ambas mujeres se detenían a observar con horror a las personas que sacaban las manos para pedir auxilio. Cuando llegaron a la celda que tenían asignada, el carcelero las volvió a empujar con más fuerza hacia el fondo de su mazmorra, asegurando la puerta con un cerrojo.

Cuando Elizabeth se pudo poner de pie, miró el lugar donde estaban y, a pesar de la poca luz, reconoció que solo eran mujeres las prisioneras. Seguramente ya estaban desde hacía mucho tiempo allí, dados sus aspectos, y eran todas blancas, como ellas. Luego de varias horas, pudo observar que las vestimentas de las mujeres habrían sido, en algún momento anterior a su rapto, vestidos de mujeres decentes. Notó que nadie se inmutó por su llegada, sino más bien cada una estaba ocupada en un mundo interior y no reaccionaba realmente a lo que pasaba a su alrededor. El cansancio pudo más y Elizabeth no recordó cuántas horas llevaba sin dormir. Mary-Jane, en cambio, se la pasaba sollozando.

Luego de una larga espera, se escuchó una llave en el cerrojo de su prisión y, a continuación, un hombre tremendamente rudo, distinto al carcelero, las tomó a ambas por el brazo con tal fuerza que casi las hizo caer. Mediante empujones, fueron conducidas a un patio cubierto: ambas se dieron cuenta de que se trataba de un mercado destinado a comercializar esclavos. Mary-Jane temblaba por los nervios, mientras se agarraba del brazo de Elizabeth, quien, por su parte, le decía palabras dulces para tratar de calmarla y que guardara silencio, porque sabía que, si hacían enojar a alguien, tal vez su destino fuera peor.

Un hombre bien vestido con un turbante blanco y una túnica de seda se acercó, de forma impertinente, para oler a las damas, rompiendo la proxemia necesaria según el decoro y las buenas costumbres de Occidente. Respirando aires de poder, sin ningún tapujo, comenzó a observarlas de arriba abajo mientras caminaba, rodeándolas. Se animó a tocarle un seno a Elizabeth quien, de forma instintiva, le quitó la mano. El hombre se rio. Murmuró algo

inentendible para las mujeres e, inmediatamente, el carcelero separó las manos de las muchachas que se encontraban entrelazadas para que sus criados se llevasen a Mary-Jane por la fuerza, dando un espectáculo de lo más penoso, pues los gritos de esta se escucharon hasta bien lejos, fuera del mercado.

Elizabeth apenas si pudo reaccionar ante semejante barbarie. Su carcelero la tomó violentamente por el brazo y la arrastró a la celda.

10 Roxana, Diosa del mar

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1803, septiembre 21

Querido diario:

Esta es la primera página que escribo desde hace ya mucho tiempo, así que me toca presentarme: mi nombre es Roxana, no porto apellido, es Roxana a secas. Tal vez te parezca raro y si tal vez te molestara este detalle, pequeño para mí, entonces, si quieres, puedes llamarme Roxana, Diosa del Mar.

Jonás fue enviado por el Señor Todopoderoso a predicar a un pueblo pagano llamado Nínive y, como este se rehusó a ir a hablar del Señor, se embarcó en dirección contraria, escapando a Tarsis. Entonces, Jehová desató una gran tormenta contra el navío… Por eso, los marineros lo echaron al mar; este se calmó y un pez gigante tragó a Jonás, quien estuvo tres días y tres noches en su vientre. Así me encuentro yo en este momento: en el vientre de un gran pez que se niega a vomitarme en la playa… ¿Y qué haré para escapar de mi destino? ¿Gritar? ¡De ninguna manera! Eso no serviría de nada. Verás, querido diario, no me quejo, simplemente que en el vientre del pez ocurren cosas que es mejor no mencionar y que se guarden en el arcón de los recuerdos es lo más apropiado.

Siento tus ojos observándome como si me conocieras de algún lugar. Está bien, está bien, lo confieso; alguna vez, alguien me conoció como Elizabeth Chamberlain, hija del malogrado Edward Chamberlain y nieta del duque de Beaufort.

Ahí tienes, te has salido con la tuya…

¿Por qué he cambiado mi nombre, te preguntarás? La razón es muy simple: Elizabeth no conocía el mundo tal cual es, como lo conoce Roxana. Elizabeth fue una niña tonta que merece ser enterrada y nunca más recordada.

Verás, el mundo real se reduce a intercambios comerciales. Y nosotras, las mujeres, desde que nacemos estamos en desventaja; la que nace pobre y poco agraciada tiene grandes probabilidades de que ningún candidato quiera casarse con ella. Entonces, otra nace bonita y para sobrevivir su familia la venderá como una vil mercancía, sin ningún tipo de diferencia al cerdo que se compra en la carnicería. Habrá otra que será acaudalada, pero menos dotada por la naturaleza en inteligencia, en interés por el arte, por la poesía, por la piedad; esta seguramente también será vendida como mercancía al mejor postor, aunque podría vivir sola el resto de su vida, gastando su fortuna, sin necesitar de una compañía masculina que guíe sus pasos.

Me cuestionarás por qué me desquito contigo si tú eres solo un diario. Tienes toda la razón, me siento un poco ridícula escribiendo como lo hacen las niñas ricas y tontas, pero verás, aquí, en mi camarote, puedo ser verdaderamente quien quiera ser sin que nadie me juzgue… Arriba, en cambio, tengo que ser quien los demás esperan que yo sea.

Creo que hasta ahora no entiendes nada, no te preocupes; sé que es un poco engorroso desenmarañar esta historia, pero si algo tenemos tú y yo, es tiempo, así que comenzaré por el principio.

Te diré, para comenzar con mi historia, que para conservar mi vida fue necesario aplastar toda ápice de moral y de dignidad…

Cuatro años antes…

—A ver, a ver —dijo un carcelero gritando mientras abría la puerta de la cárcel—. ¿Dónde está la inglesa?

Ninguna de las mujeres se movió, todas conocían de memoria el procedimiento: si el carcelero las mandaba a buscar, seguramente había una razón de peso, un posible comprador. Este podría hacer con la mujer, ahora su esclava, lo que él y cualquiera de la casa que detentara poder quisiera. Así que, a pesar de lo mugroso de la prisión, de los olores nauseabundos del pis diario, mezclados con el olor del periodo que cada una de ellas tenía todos los meses, aún así, era mejor para cualquiera permanecer allí que entrar en la casa de cualquier pervertido.

—¡Será mejor que me contesten si quieren recibir su ración de agua! De otra manera, se quedarán sin beber por tres días.

Dos o tres prisioneras se pusieron de pie y tomaron por el brazo a una muchacha que parecía casi sin vida, más bien, ida.

El carcelero no se animó a entrar a la celda, no solo por temor a las represalias que alguna reclusa pudiera asestarle, sino más bien por el olor nauseabundo que provenía de allí dentro. Así que esperó que la muchacha caminara hasta él y, una vez que la susodicha llegó hasta la puerta, él giró su cabeza y preguntó a alguien que estaba esperando a unos pocos metros:

—¿Es esta la mujer?

Elizabeth levantó lentamente su mirada y solo vio la cabeza de alguien que llevaba un turbante y tenía protegida su boca y su nariz con una larga tela. Parecía una mujer.

Sus hombres condujeron a Elizabeth hasta un carruaje que viajó sin detenerse hasta llegar a una casona. Una vez allí, abrieron la puerta y debieron ayudar a Elizabeth a bajar, pues estaba al límite de sus fuerzas.

Ni bien entró, fue conducida por varias mujeres, quienes la ayudaron a desvestirse, la bañaron, le lavaron el cabello y, por fin, le pusieron ropas a la usanza del lugar. Elizabeth se caía, rendida por el sueño y por la falta de comida. Sin embargo, le insistieron para que comiera, pero ella se negó… No por falta de hambre, sino porque ya no estaba acostumbrada a comer como solía hacerlo. Sus fuerzas ya no podían resistir el tener los ojos abiertos, así que, sin preámbulo alguno, se durmió.

A las dos semanas, muy de mañana, Elizabeth fue despertada y,

muy en contra de su voluntad, conducida al puerto. Antes de obligarla a subirse a un barco, la mujer que llevaba un turbante el día que la sacaron de la cárcel se montó en el carruaje y, mientras se quitaba el velo, dijo:

—Dile a John que me entregue a mis hijos o volveré por ellos a tomarlos por la fuerza.

Elizabeth no daba crédito a lo que oía, sino que se creía presa de una alucinación y la miraba extasiada.

—¿Has entendido lo que he dicho, Elizabeth?

Al escuchar su nombre, se dio cuenta de que no era una alucinación, sino más bien una pesadilla.

—¿Mary-Jane? —exclamó incrédula.

—Sí, soy yo, baja la voz —ordenó—. En este lugar, las mujeres no hablan, a menos que un hombre les otorgue permiso.

—¿Qué haces vestida así? —preguntó mientras tocaba sus atuendos.

—Este es mi hogar y me visto como lo hacen las mujeres aquí —contestó con naturalidad.

—¿Tu hogar? —preguntó confundida—, tu hogar está en Madeira…

—Sí, Madeira nunca fue mi hogar… Mi antiguo hogar fue Inglaterra, así que mi nuevo hogar es Alger y de aquí nadie me mueve. Jamás he sido tan feliz en mi vida.

—¿De qué estás hablando? ¡Te he tomado por desaparecida! ¡He pensado lo peor, que te habían raptado para llevarte a una cárcel tan horrenda como la mía!

—Eso mismo pensé yo cuando el eunuco Mohamed me eligió a mí entre las dos.

—¿Y qué te pasó entonces? —preguntó Elizabeth preocupada—. ¿Alguien ha abusado de ti?

—No, no te preocupes, más bien fue una bendición.

—¿Una bendición? —preguntó confundida y, al mismo instante, Elizabeth tuvo recuerdos horrendos de los maltratos que durante años había sufrido en esa cárcel, que no estaba muy lejos de donde estaban hablando.

—Resulta que fui a parar a la casa de las concubinas del hermano del príncipe heredero —confesó como si fuese algo muy normal.

—¿Formas parte del harem de un sultán? ¿Han abusado de ti? —inquirió preocupada, recordando que los abusos eran algo muy común en la cárcel.

—No, no —aclaró Mary-Jane y, de pronto, hizo un silencio y le

preguntó con preocupación—: Espero que nadie se haya propasado contigo… Si fue así, solo dímelo y ordenaré que le corten las manos.

Elizabeth no entendió lo que esa frase implicaba, pues, a pesar de las dos semanas de reposo y alimentación nutritiva, su cuerpo todavía no se podía acostumbrar al cambio y estaba un poco débil para ordenar sus ideas.

—En la cárcel ocurrieron muchas cosas, pero yo fui de las pocas prisioneras que, a pesar de estar en una prisión, parecía como si fuera invisible… Porque nadie se aprovechó de mí, aunque hubo otras mujeres que…

—Bueno, bueno —interrumpió Mary-Jane—, mejor hablemos de cosas un poco más alegres, por ejemplo, cómo conocí a mi esposo, porque, al principio, lo odiaba con todas mis fuerzas y me negaba a ser suya. Pero luego el tiempo pasó y él supo conquistarme y nos enamoramos. Tengo dos hijos suyos…

—¿Dos hijos? —exclamó—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos raptaron?

—Verás, Elizabeth, nosotros tenemos otro calendario y si te digo el mes y el año no entenderías…

—¡Dime de una vez en qué año estamos, no seas ridícula! —le ordenó, mientras sacudía sus hombros.

—En 1799… —Fue todo lo que Mary-Jane pudo decir antes de que Elizabeth le borrara la cara de una cachetada.

Elizabeth gritaba a más no poder:

—Eres una loca, has estado todo este tiempo viviendo entre lujos y yo estuve confinada en una cárcel.

En ese momento, sus guardaespaldas separaron a Elizabeth de Mary-Jane. El eunuco Mohamed exclamó, mirando la cara colorada, producto de la bofetada:

—¡Debe pagar por lo que le ha hecho!

—La quiero intacta, tiene que vivir para entregar mis mensajes… Por lo demás, tuvimos que esperar dos semanas para que se recuperara y no quiero perder un minuto más. Podemos atacar el archipiélago de Madeira cuando queramos y allí tomaré mi venganza, cuando tenga a mis hijos conmigo.

—Sabe que podríamos haber buscado a sus hijos antes, sin necesidad de esta cristiana altiva.

—Lo sé, pero antes no ostentaba el poder que ejerzo ahora.

El eunuco Mohamed la miraba con admiración. Su ama llevaba en un puño a su marido.

Elizabeth seguía gritando mientras los sirvientes de Mary-Jane la subían al barco que la llevaría de vuelta adonde la habían raptado.

Ya en su celda, con los demás prisioneros, se calmó: sabía que volvería a la civilización.

La travesía hasta la isla de Porto Santo se le hizo eterna, más que el viaje de ida hasta Alger con Mary-Jane. Así que tuvo tiempo suficiente para tratar de entender lo que le estaba sucediendo y recordar, una y otra vez, el mensaje de Mary-Jane para su marido: «Dile a John que me entregue a mis dos hijos».

El barco, sin embargo, no llegó propiamente hasta el puerto de la isla, sino que, una vez que divisaron la costa, los marineros buscaron a Elizabeth y a otros prisioneros en su celda común, abrieron sus grilletes, los montaron en dos pinazas y comenzaron a remar hasta llegar a la costa. Pronto pudo divisar caras conocidas: el capitán England estaba un poco más viejo y más relleno, junto a otros señores a los que no pudo reconocer. También se encontraba María… Sin embargo, nadie sabía de su presencia, pues se hallaba escondida detrás de unos arbustos, mirando desde lejos.

Una vez que el bote tocó tierra, los primeros que salieron fueron los negociadores. Los prisioneros descendieron, uno a uno, con mucha dificultad debido a que estaban todos amarrados con cuerdas.

Lo primero que trataron de negociar fue su mercadería más importante: Elizabeth. Y para eso llevaron a alguien que hablaba inglés.

—¿Quién es el capitán England? —preguntó uno de ellos sin ningún tipo de preámbulo ni saludo.

—Soy yo —dijo él en forma abrupta.

—Bueno, pues aquí tenemos lo que usted espera —dijo mostrándole a Elizabeth mientras la desataban.

—Esto no es lo que negocié —exclamó—; yo pedí a mi mujer Mary-Jane England y a mi institutriz Elizabeth Chamberlain, ella es solo Elizabeth Chamberlain —aclaró enfadado. Mirando en dirección al barco lejano, preguntó—: ¿Dónde está mi esposa?

—Pues esto es lo que tenemos —dijo el otro muy fresco señalando a Elizabeth—, entonces, será mejor que pague, que venimos de muy lejos.

—¡Esto es un timo! —exclamó fuera de sí—. Quieren que yo pague el monto acordado por dos personas, cuando solo traen a una. Son verdaderamente unos bárbaros, piratas del demonio.

—Mira, si no te gusta, esto es lo que hay. Y la devolvemos con nosotros y te quedas sin nada —dijo sin pensar el malhechor, tuteándolo para enfadarlo y contando con amedrentar al capitán con su dicho.

—Pues bien, si no me traes a las dos, entonces no quiero a ninguna.

Elizabeth escuchó con horror cómo se estaba negociando su vida. Y comenzó a gritar:

—Mary-Jane no va a volver, no quiere volver.

El capitán, horrorizado, se acercó a Elizabeth a expensas de empujar a los piratas y comenzar, sin querer, un forcejeo inoportuno que echó por tierra toda negociación posible.

Cuando los hombres que acompañaban al capitán England calmaron la situación, solicitaron, en nombre de este, que pudiera hablar con Elizabeth, por lo bizarro del momento.

—¿Qué estás diciendo, Elizabeth? ¿Cómo que Mary-Jane no quiere volver? —preguntó incrédulo—. ¿No quiere volver a ver a sus hijos?

—Las últimas palabras que Mary-Jane me dijo fue que le entregaras a sus hijos por las buenas o que, si no obedecías, iba a venir a buscarlos por las malas.

El capitán England se apartó de Elizabeth y se dirigió a hablar con quienes lo acompañaban.

Luego de una larga discusión con los compañeros del capitán England y con los piratas, terminaron pagando el rescate de las personas que tenían menor valor, pero a Elizabeth la devolvieron.

—No me devuelvas con ellos, te lo ruego —comenzó a gritar Elizabeth—, ¡mi padre te ha salvado de la ruina! —Prosiguió viendo que sus ruegos eran ignorados—: ¡Mi padre te dio trabajo cuando nadie confiaba en ti!

El capitán se justificó una vez más frente a sus compañeros, que lo miraban con horror:

—Es que, si te acepto, jamás volveré a ver a Mary-Jane, y eso es algo que no puedo soportar. —Mirando a sus captores, les ordenó —: Díganle a quien la tenga cautiva que la traigan rápido y de una puñetera vez.

Elizabeth seguía gritando horrorizada por tener que volver con sus raptores en el bote al barco pirata. Mientras trataba infructuosamente de tirarse al mar, uno de los piratas, harto de las piruetas de Elizabeth, le asestó un golpe en la mejilla que la desvaneció y a continuación la ató con unos grilletes. Los hombres, compañeros del capitán, hablaban al oído unos con otros. Mientras en otro costado de la playa, el cuadro era totalmente distinto, pues las familias de los prisioneros rescatados se abrazaban y lloraban de alegría.

María pudo escuchar todo desde su lugar con horror, aunque

estaba lejos por el efecto reflector del sonido que el agua naturalmente producía. Lo que no sabía era que João estaba también allí, a unos pocos pasos a su derecha.

Una vez que llegaron al barco, el capitán escuchó las malas nuevas y lanzó un insulto mientras abofeteaba a sus negociadores. Mientras, depositaban a Elizabeth en el piso, pues seguía semiinconsciente.

—¿Saben lo que he pagado por esta? —preguntó sin esperar respuesta—. ¡Tendría que haber ganado el doble de mi inversión! ¿Y quieren a la otra también? ¿De qué están hablando? ¡Si la otra es la mujer del hermano del príncipe heredero! ¿No se lo han dicho? —preguntó, ignorante del embrollo con que había sido engañado en Alger.

—Nosotros no, pero sabemos que la mujer sí se lo dijo. Y eso enfureció más a ese capitán England.

—¿Por qué esta inversión me ha salido mal? La mujer del hermano del príncipe heredero me ha engañado prometiendo buen dinero por esta ¡y resulta que no podré reclamar ni quejarme! ¿Para qué queremos otra boca que alimentar si ni siquiera puede desenvainar una espada?

—Bueno —gritó el vigía desde arriba, colgado de una soga—, no puede manejar una espada, pero… puede entretenernos mientras nos dirigimos a nuestra próxima aventura y atraco.

—¡¡¡Ay!!! —dijeron todos afirmando y festejando el comentario.

—Joven y bonita es —acotó uno.

—¡Que nunca he estado con una cristiana! —confesó otro.

Y, en ese momento, algunos se abalanzaron para tocarla y manosearla.

Elizabeth se despertó y defendió como pudo, golpeando con sus codos y mordiendo a quien la acosara.

El capitán, viendo que la tripulación se estaba descontrolando, optó por enviar a Elizabeth a su camarote y encerrarla allí hasta que pudiera pensar algo mejor con la cabeza fría.

—El que la toca me toca a mí y al que me toca mí lo voy a colgar junto al vigía y viajará colgado del mástil, mientras su cuerpo frío y tieso es comida para las aves. Esta mujer significa dinero para nosotros y la tenemos que entregar en una sola pieza. No mezclemos negocios con placer.

En ese momento, los marineros levantaron sus manos en señal de rendición y, poco a poco, cada uno volvió a su quehacer en el barco.

Elizabeth se quedó sola, parada, sin decir una palabra, mirando

desafiante al capitán, pensando que la invitación a su camarote significaba otra cosa.

—Ven conmigo —le ordenó sin mirarla.

Elizabeth dudaba; sin embargo, no tenía otra opción mejor. Era ser violada por el capitán del barco o ser violada por 20 tripulantes. Eligió la opción menos mala. En la cárcel, había sido testigo de que sus compañeras se vendían al mejor postor para conseguir un poco de agua, un poco de pan… y esta vez le tocaría a ella.

Como pudo, comenzó a caminar torpemente con los grilletes en sus pies. El capitán se dio vuelta sorprendido por el ruido de los metales. Y lanzó un grito a su tripulación:

—¿Cómo que nadie la liberó?

En ese momento, alguien le lanzó el manojo de llaves y así la liberó de sus cadenas.

De repente, tuvo una idea para dejar en claro la relación que él quería que su tripulación pensara que él pretendía con Elizabeth: la levantó con ambas manos fácilmente, pues Elizabeth estaba muy delgada y era más ligera que una pluma. Y así como si fuera una noche nupcial, entró con ella a su camarote. Lo que en realidad el capitán quería era venderla al llegar a Alger, al mejor postor, y guardarse el dinero para él solo.

En cambio, Elizabeth pensaba que quería vengarse del capitán England y hundir el Lady Jane sería una venganza que no colmaría su sed por completo, pero que, por lo menos, surtiría el efecto deseado. Tendría que hablar con el capitán de eso…

María seguía en la playa, consternada y afligida por lo que acababa de ver, y se disponía a volver a casa del capitán England, para que nadie sospechase de lo que había sido testigo, cuando escuchó unos pasos correr en dirección al bote donde estaba Elizabeth, el capitán England, sus compañeros y los piratas.

—Muchacho, ¿qué haces aquí? —preguntó María a tiempo para sujetarlo e impedir que ocurriera otra tragedia.

—Señorita Elizabeth, señorita Elizabeth —gritó presa de un ataque de nervios.

—Lo sé, lo sé, yo también ardo de furia… Sin embargo, ¿qué pretendes hacer? Esos piratas están entrenados para luchar y tú, tú eres un simple sirviente, como yo.

Pero María no pudo convencer a João de que enfrentar a todos en la playa no era una buena idea. Parecía que se había calmado y, ganando en el forcejeo con las manos de María, y siendo más ágil,

el muchacho corrió con todas sus fuerzas a la playa. Sin pensarlo dos veces, se zambulló en el agua nadando con todas sus fuerzas hasta no hacer pie, para comprobar que el bote y su querida Elizabeth se encontraban fuera de su alcance.

Cuando volvió a hacer pie, lo primero que buscó fue la cara del capitán England y, una vez que lo vio, corrió con todas sus fuerzas y lo tiró en la arena, pues este no lo vio venir. Sin embargo, pudo atajar sus golpes, pues su cuerpo era más pesado. En lugar de tratar de calmar la situación, el capitán comenzó a pegar con una vara al muchacho, quien sin querer fue el blanco perfecto para descargar todas sus frustraciones. Los compañeros del capitán lo separaron a tiempo para evitar un mal mayor. Sin embargo, por ser João un sirviente, no se molestaron en averiguar si estaba vivo o muerto.

María corrió a socorrer a João tan pronto como el grupo se subió al carruaje y se perdió de vista.

—João, João —gritó tratando de despertarlo. Mas el muchacho no respondió. María entonces corrió a buscar auxilio, varios pescadores llegaron en su ayuda y juntos lo llevaron al médico del pueblo.

El muchacho permaneció inconsciente todo el camino. El médico, cuando lo recibió, lo primero que hizo fue preguntar la causa de semejante atrocidad, pues estaba marcado en toda su cara y con moretones en sus brazos y su cuerpo. Se sorprendió de la historia que le contó María y simplemente dijo:

—No quiero problemas con el capitán; diré que alguien lo encontró en la playa y me lo trajo.

—Mejor hagamos así: usted no le dice nada al capitán y yo le pago por su silencio, por cuidarlo y mantenerlo oculto hasta que se recupere en su… casa.

—Lamento decirte que no puedo hacer excepciones, puesto que, si las hago, los enfermos vendrían a mi casa y querrían el mismo cuidado que tuve con este muchacho.

—No es así, pues tengo con qué pagarle… Si alguien del pueblo puede pagar por su atención como yo lo voy a hacer, cosa que dudo que los habitantes puedan, entonces su casa se habrá convertido en un centro de negocios floreciente —contestó tajante.

—Mira, todo esto no me cierra… Además, no quiero echarme un enemigo, el capitán England es muy poderoso —contestó, contento de haber inventado una excusa creíble.

—Más poderoso es el capitán Almeida, hijo ilegítimo del marqués de Pombal, quien se está enterando de este episodio en este mismísimo momento —exageró María.

—Me estás metiendo en un problema que no es mío; además, no tienes dinero… De eso estoy seguro… Y si es verdad que lo tienes, mejor me dices de dónde lo has sacado —preguntó el médico sospechando lo peor.

—Este dinero le pertenece a Elizabeth, quien, cuando los piratas la raptaron, lo dejó a mi cuidado.

—Eso lo dices tú, pero ese dinero no te corresponde.

—Créame, doctor, que Elizabeth estaría de acuerdo con ceder este dinero que jamás va a poder usar en la salud de João. —Y sin dejar que el médico dijera una palabra más, lo increpó—: Si las monedas no le bastan, entonces le puedo hacer una visita esta noche y así cerramos el trato de una vez y atiende al enfermo.

—¿Por quién me toma? —preguntó ofendido.

—No lo tomo por nadie en especial —y, sacando algo de bolsillo, agregó—: aquí le dejo una corona, la podrá usar cuando vuelva a Inglaterra; o ahora mismo para pagar a algún compatriota suyo y, cuando el dinero se le acabe, me avisa.

Se despidió con un guiño de ojo.

«De esto se tiene que enterar el capitán Almeida de una buena vez», se dijo mientras entraba a la casa del capitán England.

11 João

Porto Santo, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1799, noviembre 3

Recordado capitán Almeida:

Mi nombre es María, mi apellido no es importante. Trabajé junto a la señorita Elizabeth Chamberlain cuidando a los hijos del capitán England en la isla de Madeira. Es menester que usted sepa los últimos acontecimientos ocurridos a la señorita Elizabeth, quien, luego de dos largos años de negociaciones y pedidos de rescate, fue devuelta a los piratas frente a varios testigos, quienes no osarán mentir si usted decidiera ahondar en el asunto.

El listado de testigos es el siguiente:

John Smith, de profesión carpintero en Madeira.

Albert William, de profesión administrador de la quinta del gobernador de Madeira.

Anthony Brown, de profesión armador de carpas y velas.

Lo dejo a su conciencia y confío en que usted tomará cartas en el asunto si es que alguna vez tuvo sentimientos por la señorita Elizabeth Chamberlain, quien, en este momento, se encuentra con paradero desconocido.

El portador de esta carta tiene por nombre João y todo lo que sabe lo ha aprendido de primera mano por la buena voluntad de la señorita Elizabeth. Si usted quisiera conocer más detalles, el muchacho fue testigo también, pues se encontraba junto a mí, observando la barbarie que he descrito anteriormente.

Ruego a Santa María, a Jesucristo y a todos los santos que lo iluminen para que usted pueda ser el salvador de la muchacha, a quien, me temo, tal vez no volvamos a ver.

Lo bendigo y le agradezco su tiempo por haber leído esta carta.

María.

P. D.: Dejo a su cuidado al muchacho, pues el capitán England lo odia desde el día del incidente, cuando lo golpeó delante de todos.

El capitán dejó la carta sobre su escritorio y miró a su interlocutor, quien se encontraba de pie sosteniendo su sombrero. Luego se puso de pie y comenzó a mirar por la ventana. Se preguntaba cómo una sirvienta habría tenido la desfachatez de contactarlo, mencionar a Elizabeth… y encima endilgarle un muchacho.

Hasta que, por fin, se animó a preguntar:

—Lo que más me sorprende es lo fácil que ha sido llegar hasta

mí, muchacho.

—Digamos que algunos comerciantes madeirenses y de Porto Santo han ayudado junto con el doctor Collins… La señorita Elizabeth era muy querida en Porto Santo y el mencionar al marqués de Pombal ha tenido efecto, aunque él ya no se encuentre entre nosotros.

—Tienes mucha cara, muchacho —contestó incrédulo.

—No le entiendo bien.

—Lo que dice María es lo contrario a lo que me ha contado el capitán England cuando regresé de Cabo Verde: que Elizabeth se había ido por propia voluntad a Porto Santo y luego me enteré de esa terrible tragedia, que había sido raptada…

—Eso es una mentira. La señorita Elizabeth fue maltratada por los patrones.

Pedro hizo silencio. Ya no sabía qué cosa o a quién creer, por eso volvió a preguntar, empecinado en saber la verdad:

—¿Es cierto lo que dice la carta?

—La carta no…, no la he leído, señor, perdón, digo capitán. Pero he venido aquí para tratar de salvar a la señorita Elizabeth, ella es todo corazón, en Porto Santo estuvo ayudando al doctor Collins con todos los enfermos de la isla.

El capitán Almeida sintió un golpe en el medio de su pecho: había pensado mal de ella todos estos años, por un reporte de alguien de quien se había fiado, un camarada…, el capitán England. Y ahora un muchacho le estaba diciendo lo que siempre había sabido. El pensar nuevamente en ella le ensanchó el pecho y se llenó de emoción. Verdaderamente, no se había equivocado al enamorarse de ella… Elizabeth era elegante, refinada, caritativa, digna esposa del hijo de un marqués. Tuvo que hacer una pausa y tragar saliva para poder continuar:

—¿Y por qué querría salvar a la señorita Elizabeth? —preguntó mientras afloraban de nuevo sentimientos contradictorios en su corazón. Es que, para su moral, un capitán debía hablar siempre con la verdad.

—La señorita es muy buena, muy amable, me enseñó a leer y escribir…

El capitán se sorprendió por la noticia y dijo:

—Supongo que si alguien hubiera sido amable conmigo así como ella lo ha sido contigo, lo defendería a muerte.

João bajó su vista avergonzado y, entre lágrimas, dijo:

—Yo no pude llegar hasta el bote para salvarla, pues llegué tarde y nadie de la playa me ayudó.

El capitán se dio media vuelta, sorprendido por la maldad que encerraba la historia. El muchacho era, a simple vista, demasiado inocente para mentir de esa forma.

—¿Nadie? —preguntó incrédulo—, no lo creo…

—Nadie —aseguró—, y cuando volví para golpear al capitán no pude con él… Es que yo soy un sirviente solamente y él, un hombre de armas. Más bien, él pudo conmigo. Y me ha dejado marcas que me recuerdan lo cobarde que es ese capitán del demonio.

Al escuchar esta historia, el corazón del capitán hirvió de rabia. Ahora entendía todo. Por eso fue que no encontró a Elizabeth cuando volvió a Madeira; le habían dado la excusa de que había partido a Porto Santo.

«He actuado como un cobarde y un orgulloso. Debí haberla buscado y preguntarle todo cara a cara», pensó.

Y luego volvió a recordar cuando le informaron que habían raptado a Elizabeth junto a la esposa del capitán. Lo que nunca le dijeron fue que estaban negociando su rescate. Si así hubiese sido, él hubiera movido cielo y tierra para no esperar tanto tiempo. Lo que no sabía era por qué había ocultado semejante historia el capitán England…

«Debí haber supervisado yo mismo cualquier rescate», volvió a hablar para sí.

Regresó a tomar asiento nuevamente en su escritorio, pues necesitaba beber algo fuerte, así que sacó de un cajón una botella de oporto y dos vasos.

—¿Has bebido ya oporto, muchacho?

—No, señor, yo no bebo.

—Bueno, pues esta ocasión lo amerita, porque vamos a encontrar a Elizabeth —prometió mientras le alcanzaba el vaso lleno—. Por Elizabeth —brindó levantando su copa.

—Por la señorita —dijo el muchacho mientras chocaba su copa en forma torpe.

João bebía lentamente, porque estaba un poco fuerte para él, ya que no estaba acostumbrado; sin embargo, lo relajó y eso lo animó a preguntar de una vez lo que lo carcomía por dentro:

—¿Y cómo la vamos a buscar y encontrar?

—En primer lugar, tú vas a ir a la escuela… —dijo el capitán casi sin pensar demasiado.

—¿A la escuela? —preguntó João confundido.

—No —se corrigió—, tú vas a estar en mi casa y te pondré un instructor para que te enseñe todo lo que necesitas para ser un hombre de bien. Y, además, educado.

—Pero no entiendo, ¿y la señorita? Yo estoy aquí para defender su honor.

—De la señorita me encargo yo. Por suerte, estamos en Lisboa y aquí es donde mi padre era rey y señor, aunque las cosas han cambiado un poco desde hace ya tiempo…

—No le entiendo…

—No necesitas entender —le aseguró. «No entenderías que Su Majestad no desea ver a nadie de la familia cerca, bastardos o legítimos», se dijo—. Por suerte, yo todavía conservo la amistad y el respeto de los que fueron los fieles amigos de mi padre. Tú concéntrate en lo que te estoy diciendo y, cuando sea el tiempo, vengaremos el honor de Elizabeth y, por sobre todas las cosas, la encontraremos. Y ahora vete a la cocina a comer algo, que yo daré instrucciones para que sepan qué hacer contigo. Mientras tanto, déjame hacer lo que mejor sé hacer.

—Gracias, capitán, no se arrepentirá.

Una vez que João salió, Pedro mandó a llamar a su perro fiel, Fradique.

—¿Qué se le ofrece hoy, don Pedro?

—Tenemos que encontrar a una señorita, llamada Elizabeth Chamberlain.

—¿Vive aquí? Porque con ese nombre será muy fácil…

—No, en absoluto… Este es un caso difícil, por eso te llamé. Se encuentra con paradero desconocido, raptada por piratas de Berbería.

—¿Ya han pedido rescate?

—Sí, pero a las personas equivocadas…

—No comprendo.

—Lee esta carta y luego vuelve con alguna idea de cómo interceptar a esos piratas para traerla sana y salva.

—¿Y a dónde quiere que lleve a la señorita una vez que la encuentre?

—La verdad es que no lo había pensado… Pero, si te soy sincero, quisiera irme con ella para siempre.

—¿Se da cuenta de que es imposible?

—Lo sé, estaba soñando despierto… —dijo casi disculpándose—, ahora ve y encuéntrala.

—¿Sabe que esta aventura le saldrá una fortuna?

—Lo sé muy bien… y planeo cobrármelas una a una.

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1803, septiembre 28

Querido diario:

Te decía, la última vez que escribí, que una mujer como yo ha tenido que elegir, a lo largo de su corta vida, cómo vivirá frente a cada desafío o, más bien, en mi caso, frente a cada calamidad que me toque vivir. Algunas mujeres no tienen esa oportunidad y solo pueden elegir de qué color serán sus nuevos bordados, lo tengo muy claro, pero pocas mujeres como yo han tenido que sufrir vejaciones de tal magnitud y estando en el medio de los padecimientos ansiar la muerte. Por eso, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que todas esas situaciones horrorosas me estaban preparando para un destino mayor. Así que, en cada circunstancia que me ha tocado enfrentar, he aprendido a sacar el lado bueno de cada situación y puedo afirmar, como ha escrito el apóstol Pablo: he aprendido a vivir en abundancia y en escasez.

Debo decir que, aunque estuve prisionera casi dos años en una cárcel de Alger, a pesar de eso, nunca nadie abusó de mí. Y eso ya puede considerarse como una bendición, pues tuve suficiente tiempo para conversar con muchas de mis compañeras, quienes eran de procedencia occidental como yo, de la península ibérica, de Marbella, de Génova, del reino de Nápoles, para resumir, muchísimas mujeres, cuya identidad se les hubo quitado, su voluntad anulada, para servir al amo, al mejor postor que quisiera comprarlas. Jamás me imaginé que existiera una actividad tan lucrativa como esta, con mujeres blancas, de mi clase. Debo reconocer que fui de lo más cínica, pues el comercio de esclavos existe y creo, firmemente, que seguirá existiendo por muchos siglos más.

Pero será mejor que deje un poco las historias tristes y te cuente cómo es que he devenido en Roxana. El comienzo es muy, pero muy fácil de contar. El primer hombre de mi vida fue el capitán —a quien no nombraré, pues le debo el mayor de mis respetos, ya que es un hombre casado—. Este fue el valiente a quien le debo mi vida, sin él seguramente hubiera sido la marioneta sexual de unos marineros insolentes para terminar siendo carne para los tiburones…

Elizabeth se quedó parada al lado del lecho del capitán y lo único que atinó a hacer fue cerrar sus ojos.

El capitán tomó la manija de la puerta para salir nuevamente, pero cuando estaba por cerrar, dio un último vistazo. Y casi se murió de la risa al ver a una estatua viviente al lado de su cama. Sin embargo, el problema de su navío era grave. La muchacha era hermosa y su tripulación estaba hambrienta y enojada por haber vuelto con las manos vacías.

«¿Qué haré contigo?», pensó mientras volvía a entrar a su camarote.

—Abre los ojos, muchacha —le dijo.

Elizabeth obedeció sin decir palabra.

—Por favor, quédate aquí, porque arriba la situación está caldeada y debo pensar. Debo tener la mente despejada.

—Capitán, quiero pedirle, rogarle, por mi vida —exclamó mientras lo tomaba del antebrazo—. Sé que usted se encuentra ahora con las manos vacías, pero haré todo lo posible para serle útil

en este barco.

—Muchacha, tú no entiendes… Era mucho el dinero que esperábamos por tu rescate y ambos sabemos que nadie te va a comprar a ti sola. No importa cuánto tiempo quieras trabajar en este barco, tu servicio jamás recompensará el dinero del rescate que teníamos pensado obtener.

—Le ruego, por favor, que no me envíe de vuelta a Alger. No podría resistirlo. Usted me puede entender porque no es como los demás, usted es como nosotros…

—No sé a qué te refieres.

—Usted habla de una manera como solo los occidentales lo hacemos… Dígame: ¿de dónde es usted realmente?

El capitán se sorprendió y le dijo:

—Admiro tu sagacidad, siendo tan joven…

—No me contestó mi pregunta…

—Nací en España, en Valencia, pero fuimos desterrados yo y mi familia.

—Lamento escuchar eso, lo puedo entender, a mí también me desterraron, de alguna forma, de Inglaterra.

—Bueno, no quiero ser descortés, pero tengo otras cosas más importantes que hacer que hablar contigo, así que, si no tienes otra pregunta, podemos dejar esta charla para cuando la situación esté más distendida.

Elizabeth se abalanzó a la puerta, para evitar que el capitán se fuera, y, casi rogándole, le dijo:

—Le ruego que me conozca en el sentido bíblico, pues sé con seguridad, que si soy suya, nadie se atreverá a tocarme un pelo.

El capitán se sorprendió, por lo arrebatado de la muchacha y, a la vez, por lo ridículo de la situación: una muchacha rogándole por sexo como si fuera la moza de una fonda… Sin embargo, tenía algo de razón y se volvió a sorprender por la verdad que escondían sus palabras.

—No sabes lo que dices… Y discúlpame, pero tengo que subir —se excusó. No tenía tiempo para perder.

—Sí, lo sé muy bien.

—Aquí en mi navío las cosas no son ni blanco ni negro… Hay muchos matices, muchos grises. —Y agregó—: El dueño del barco soy yo, sin embargo, si alguna vez hay un motín, al primero que matarían sería al capitán y, obviamente, luego vendrías tú…

—Si esa desafortunada situación llegara a ocurrir, entonces, en ese momento, pensaré en una solución para los dos. Mientras tanto, le ruego que reconsidere mi oferta.

—Jamás he engañado a mi esposa y no veo por qué tendría que hacerlo.

—No sería un engaño, más bien sería un acto de caridad.

—Un acto carnal es un acto carnal… —contestó él dando un paso atrás.

—No en este caso, no cuando pesa sobre mi cabeza una sentencia de muerte.

El capitán dudaba, pues la muchacha llevaba la razón y fue en ese momento cuando Elizabeth aprovechó su silencio, se acercó y lo besó en forma tonta, producto de su ingenuidad y falta de práctica en las artes amatorias. Lentamente, se liberó de su vestido y de su enagua. Eso fue la chispa que encendió una catarata de pasiones escondidas que ni el propio capitán sabía que existían dentro de su ser. Elizabeth era hermosa, joven y le estaba pidiendo que la salvara. Ella tenía un arma mortal en sus manos y no era consciente del poder que ostentaba.

Luego de darse cuenta de lo que había hecho con la virginidad de Elizabeth, sintió culpa y responsabilidad por protegerla de sus marineros. Así que determinó que, por el momento, le ordenaría que rara vez Elizabeth saliera a la superficie y, si era necesario, solo de noche y con él.

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1803, octubre 20

Querido diario:

Te preguntarás por qué no escribo más a menudo, como solía hacerlo en las hojas de tus compañeros, los de Londres. Radica una gran diferencia: vivir en altamar es totalmente diferente, podrías pensar que a veces no pasa mucho y las tareas son completamente repetitivas. Pero eso no es así, siempre sucede algo inesperado, aunque me encuentre rodeada por masas de agua. Además, ahora tengo una gran responsabilidad, un barco, una tripulación y, sobre todo, una venganza que llevar a cabo. Este último tópico me tiene un poco preocupada, porque no logro dar con el capitán. Mis fuentes me dicen que se volvió a Inglaterra luego del escándalo que ocurrió en mi fallido rescate. En realidad, un poco después de eso, pero eso sería adelantarme en la historia, solo te puedo contar en este día que no solo tengo que limpiar mi honor, sino también el de otros…

Pero te preguntarás nuevamente cómo fue que terminé siendo una corsaria, bueno, déjame explicarte de una buena vez, pues no ha sido de golpe. Todo tiene un comienzo, por más tímido que sea…

Pronto la tripulación se fue haciendo a la idea de que había una

mujer con ellos, pero que no se la podía tocar. Sin embargo, Elizabeth se estaba relajando y acostumbrando a su nueva libertad, mas ignoraba que el capitán debía obtener dinero, un botín para dejar contenta a su tripulación, ya que se habían ido de Porto Santo con las manos vacías.

Hasta que lo escuchó casi al pasar y entonces decidió que la idea de cazar el Lady Jane no sería tan mala después de todo. Tal vez hasta pagaría su libertad… y así podría ser una mujer libre. Pero lo mejor sería esperar el momento apropiado para hablar. Así que los nervios de lo por venir y los malos recuerdos la atormentaban por las noches y, por esa razón, pronto pidió que el capitán le enseñara un poco de esgrima, porque, según sus propias palabras, estaba cansada de no poder defenderse. Así que, a la caída de la tarde, varios marineros se turnaban para oficiar de maestros y así poder liberarse de actividades menos interesantes que la de enseñar a una bella joven a defenderse.

En busca de una nueva víctima o un nuevo negocio de mala fama, llegaron al continente que tantos malos recuerdos traía a la memoria a Elizabeth, a un puerto africano en Orán. La excusa era negociar con representantes de alta alcurnia del continente europeo, quienes solicitaban comprar ciertos servicios. Así pues, envió el capitán a dos de sus mejores hombres para reconocer el terreno. En este caso, entender si se trataba de una emboscada o si, efectivamente, estos señores buscaban representantes en altamar. Estos eran muy efectivos como cazadores, pero poco dotados para el arte de la conversación. Estaban por bajar a Tierra cuando Elizabeth, quien estaba enterada de que se venía un atraco, tuvo una gran idea y se la hizo saber al capitán: ella podría ser de gran ayuda, pero necesitaría vestirse de hombre, le dijo.

—¿De gran ayuda tú? ¡No lo creo! —Sonrió el capitán—. Pero, de cualquier manera, te lo agradezco.

—Dudo que tus tripulantes hablen francés, al menos no entendían nada el día que trataron de cobrar el dinero de mi secuestro.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó, confundido, el capitán.

—Estoy diciendo que, mientras el capitán England y sus compinches parloteaban en francés, tu tripulación no entendía lo que estaban diciendo.

—¿Y tú hablas francés? —preguntó sorprendido.

—No solamente francés, hablo latín y entiendo un poco de portugués.

—Entonces, ¿qué sugieres? —le preguntó en broma, pero ahora dedicándole toda su atención.

—Sugiero que me envíes con ellos para que puedas saber las intenciones de tus interlocutores… Sin embargo, sé que, si es una emboscada, todos correríamos peligro, así que lo que propongo es que demos una señal, algo con lo que podamos alertar al barco y, por lo menos, ustedes se salven.

—Me parece que has permanecido mucho tiempo en este camarote, que necesitas un poco de aire fresco. —Sonrió casi sin tenerla en cuenta.

—No he permanecido en este camarote todo el tiempo…

—Bueno, eso lo sé, pero me parece que respirar aire puro por las noches no es suficiente para ti.

—Como te decía —continuó ella—, estuve en tu escritorio, donde guardas tus cuadernos de bitácoras, y pude leer todas tus aventuras. Impresionante —aseguró, poniéndose de pie.

—¡Padre celestial! —exclamó—. Lo que he planeado es algo que tiene sentido, porque está basado en las bitácoras. Sin embargo, dudo que la tripulación acepte tu ayuda, por tres razones: en primer lugar, porque eres mujer. En segundo lugar, porque te tienen entre ceja y ceja y solo necesitarían una excusa, por ejemplo, mi deceso, para que te ocurriera lo peor, lo cual no quiero ni siquiera pensar.

—¿No hay tercer motivo? —preguntó curiosa entre risas.

—¿No crees que con esos dos es suficiente?

—Entonces, para sacarnos de dudas, pregunta a tu tripulación si entienden francés, porque los negocios con gente perteneciente a mi alcurnia se realizan en ese idioma y, si no lo entienden, entonces deberán llevar a alguien que sí. No menciones mi nombre, sino deja que el llevarme sea la opción de tu gente.

El capitán se rio y dijo:

—¿Cómo es que no me he dado cuenta de que me has manipulado todo este tiempo?

—No te has dado cuenta porque eres hombre Y la única oportunidad que tenemos las mujeres es la de hacer entrar en razón a ustedes, los hombres, haciéndoles creer que ha sido su idea —dijo ella entre risas.

El asunto transcurrió y se resolvió de la manera que Elizabeth había predicho. Sin embargo, el que estaba a cargo de la misión le dijo, apuntando con su dedo índice:

—Si hablas sin mi permiso, te juro que te doy una tumba y no habrá capita' ni Dio' que te salve de mi mano.

—Creo que será mejor que yo no hable en absoluto, así usted me

diera el permiso, el tono de mi voz delataría que soy mujer… Y lo mejor será que siga una señal, como podría ser un guiño, para decir que las cosas están mal. Eso sí, tendríamos que saber qué hacer para escapar.

—No te pases de lista, niña. Si hay que hace' algo, escapa', saca' una pistola o deshuesa' a alguno con mi cuchillo, lo haremo' a la vo' de mi mando y nada máh'.

Así pues, llegaron al lugar donde debían reunirse con las altas autoridades. Era un burdel y fueron llevados por un pasillo hasta que los dejaron frente a una puerta que se abrió y se encontraron en una habitación grande. Allí estaban varios soldados apostados para proteger a los estirados personajes, pero nobles al fin.

—Venimo' a escucha' lo que tengan que decirno' —comenzó a hablar torpemente el marinero.

Elizabeth ya sentía un malestar en su boca y en su estómago. Se preguntaba por qué el capitán había elegido a ese hombre para negociar.

—Bonne finition rapidement avec ces chiffons, la somme de 1000 pistoles devrait être suffisante pour tuer ceux que nous avons commandés —dijo el que evidentemente era el mandamás del grupo.[16]

—Les podemos ofrecer 500 pistoles[17] por el trabajo que necesitamos —tradujo el hombre que se encontraba a la derecha de los marineros.

Los marineros se sonrieron y se miraron contentos, soñando e imaginando la suma de sus cabezas, hasta que vieron la cara de susto de Elizabeth. Sin embargo, como era una cantidad exorbitante, decidieron pasar por alto ese detalle importante mientras la muchacha levantaba su ceja.

—¿Trato hecho? —pregunto el mandamás.

—Trato hecho —dijo el marinero extendiendo su mano. Mas, viendo que nadie se la estrechaba, volvió a guardársela a su bolsillo.

En lugar de eso, el copetudo le entregó un papel y, sin más, ordenó:

—Entrega este mensaje a tu capitán. Él entenderá las instrucciones.

A la salida, estaban todos muy contentos y Elizabeth caminaba unos pasos más atrás, indignada.

Subieron al barco gritando eufóricos por las buenas noticias; había vuelto su racha de buena suerte.

La tripulación los escuchó con atención; sin embargo, el capitán tenía curiosidad por saber la opinión de Elizabeth, quien llevaba

cara de pocos amigos.

—¿Y tú qué dices, Elizabeth? —preguntó el capitán—. ¿Tienes algo para contar?

—Lo único que puedo decir, señores —comenzó a hablar la muchacha poniéndose en el medio del círculo que habían formado en la cubierta del barco—, es que esa gente disponía de la suma de 1000 pistoles, es decir, del doble de lo que, en realidad, tradujeron.

La tripulación comenzó a gritar y a insultar a los tres que habían ido a negociar por ellos. El capitán trató de calmarlos a todos, antes de que se desatara una masacre.

Lo primero que hicieron los tres embajadores fue empujar a Elizabeth al piso de un golpe en la mejilla, acusándola de mentirosa. Lo segundo que hicieron los otros marineros leales al capitán fue tomar por la fuerza a los tres desequilibrados y tratar de separarlos del resto de la tripulación, que quería lincharlos. Por suerte para Elizabeth y para el capitán, los que estaban de su lado eran mayoría.

Una vez que estuvo Elizabeth en el camarote, trató de dormir, pero el golpe en su cara no la dejaba y ella sentía que su mejilla se estaba hinchando cada vez más.

Cuando el capitán llegó, Elizabeth esperaba palabras cariñosas de su amante.

—¿Se puede saber qué diablos pretendías hacer allí arriba? —preguntó mientras cerraba la puerta con brusquedad.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy? —cuestionó indignada.

—¡Tengo a media tripulación al borde del motín y tú me preguntas si quiero saber cómo estás!

—¡Pensé que esperabas de mí la verdad! ¡Has enviado a los más ignorantes marineros a negociar con duques y marqueses!

—¿Y a ti qué te importa? —espetó, sorprendiendo a Elizabeth.

—¡Pensé que te interesaba hacer un gran negocio y sacar la mejor tajada!

—¿Y tú qué sabes de cosas de piratas?

—Pues, que deberías tener gente mejor preparada… ¡Si hasta tendrías que haber ido tú mismo!

El capitán estaba a punto de perder los estribos. Era mucho para explicar y ya se estaba arrepintiendo de tenerla junto a él.

—Te he salvado el pellejo. Y eso hace que no te tenga que explicar cosa alguna… —Dicho esto, abrió su puerta y la dejó hablando sola.

A las pocas horas, el capitán volvió para descansar. Los ánimos se habían apaciguado en cubierta y ya no podía decapitar a nadie

más, porque necesitaba personal a bordo… Al menos, por el momento.

Ni bien escuchó los pasos de su amante, Elizabeth se dio media vuelta para dar la espalda a la pared y que el capitán no viera su cara.

—¿Estás dormida?

—¿Tú qué crees?

—Vamos, vamos… Ha sido un golpecito nada más…

Elizabeth se dio vuelta y el capitán pudo observar a la luz de la vela que su cara estaba morada y manchada por sangre seca.

—Lamento haber sido tan rudo contigo.

—Lamento que todo se haya salido de control.

—No te preocupes, hemos podido aclarar todo entre mi tripulación y yo… —aclaró—, y ahora necesito aclarar contigo también algunas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó mientras tragaba saliva.

—Sé que eres más inteligente que muchas mujeres, que muchos hombres…, pero demostrar tu superioridad en un barco pirata no te ayudará y puede que yo no esté siempre para sacarte del peligro.

—Lo lamento. —Fue todo lo que se animó a confesar.

—Yo también, por eso quiero contarte algo…, parte del plan que tengo para este botín.

—Te prometo no subir a cubierta por un largo tiempo…

—No me prometas nada que no puedas cumplir —dijo, conociéndola.

—Bueno, te prometo no subir sola entonces, solo contigo.

—Déjame explicarte algo —dijo haciendo una pausa—: Yo sé quiénes son los que negociaron, por eso envié a los menos favorecidos del barco, para despistarlos… Además, no podía arriesgarme a que me atraparan.

—Pero ¿cómo harás para que te paguen todo el dinero entonces?

—Porque los perseguiremos y los tomaremos por asalto…

Elizabeth abrió la boca con horror, pero enseguida la cerró, producto del dolor que sentía en su mejilla.

—¿No sería más fácil negociar y no padecer ninguna baja en tu tripulación?

—Sí, eso lo haría cualquier capitán en su sano juicio. —Rio—. Pero nosotros…, nosotros somos piratas y, además, quiero hacerme de otro barco y de toda su mercancía.

Elizabeth, a esta altura, tomaba la palabra pirata con naturalidad.

—¿Pero no necesitarías contar con otro capitán de confianza

para ello?

—Es verdad, y confío en poder encontrarlo pronto —confesó—, bueno, ahora vamos a dormir. Y no te preocupes: ya saldaré ese golpe que te han asestado, a su tiempo —dijo tocando su cara para besarla suave y tiernamente.

12 Capitán Pedro Almeida

Debemos atacar el Paridera por sorpresa, pues ese barco tiene cañones muy potentes. Las instrucciones que nos dieron son muy precisas: debemos acabar con el capitán. Lo que le suceda a su tripulación es secundario, así que, si no se rinden, entonces ya sabemos de sobra lo que debemos hacer.

Elizabeth escuchaba escondida detrás de la puerta, con horror: querían acabar con la vida de alguien y eso pasaba su límite de moral. Además, ¿qué pasaría si esta tripulación perdía la batalla? ¿Cómo justificaría su presencia e inocencia en todo este entuerto? Y sobre todo, le llamaba la atención otra palabra: había escuchado en algún lado el nombre Paridera, solo que no se acordaba con exactitud dónde…

Durante todo el día estuvo pensando y pensando con respecto a la palabra Paridera, ya que lo que le sobraba era tiempo, pues no contaba ya con más libros para leer, dado que la improvisada biblioteca del capitán contaba con solo dos o tres libros en latín. Y como no pudo sacar nada en limpio, entonces, resolvió que iría a buscar información en la sala de reuniones o comedor del capitán. Allí también, casualmente, estaba su biblioteca.

«Nadie tendría que sospechar, pues vengo aquí todo el tiempo», se dijo.

Elizabeth sabía que contaba con poco tiempo, así que lo primero que vio fueron mapas. Sin embargo, geografía no era su materia favorita pero aunque contaba con memoria fotográfica, solo le apasionaba la jardinería. Luego de ver los diferentes mapas y no sacar ninguna conclusión, «todo fue infructuoso», pensó. Sabía que, si tal vez preguntara, el capitán podría sospechar algo o, al menos, eso suponía. Entonces, decidió buscar la bitácora de la nave para sacar conclusiones, si fuera posible: solo encontró que se dirigían a Portugal, a Lisboa. Enseguida se le vino a la mente el capitán

Almeida.

—¡Eso es! ¡Ya sé! —gritó triunfante sin darse cuenta.

—¿Qué sabes? —preguntó el capitán.

Elizabeth no sabía qué responder, así que le dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Ya sé lo que voy a hacer cuando desembarquemos en Lisboa.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso para ver a dónde vamos? —preguntó enojado el capitán.

—Ehh, bueno, yo… pensaba que… —contestó confundida.

—Tú no debes pensar nada —le espetó—, y ahora mejor vete al camarote y no salgas.

Elizabeth no quiso desafiar al capitán y hacer que este se enojara más. Así que obedeció sin chistar. En su camino, se cruzó con algunos marineros que la miraron despectivamente y que entraron en la sala del capitán para deliberar otra vez.

«Qué buena suerte la mía», se dijo. Y siguió pensando más relajada: «Tal vez, si me hubiera encontrado con estos, me hubieran golpeado».

Elizabeth entró al camarote y, una vez cerrada la puerta, comenzó a planear su escapatoria.

—¿Ya partes, mi amor? —preguntó una mujer elegante de cabellos castaños a su marido—. Tenía entendido que te irías recién mañana.

Se puso de pie para alcanzar el paso de quien partía y trató de abrazar desde atrás al hombre de sus desvelos, de sus sueños. Sin embargo, él aprovechó que estaba de espaldas para ocultar su incomodidad por la cercanía y el cariño. Cuando se dio vuelta para mirarla, le regaló una leve sonrisa, solo producto de la simpatía y el respeto.

—Querida, a veces se producen cambios de última hora y mi responsabilidad como capitán es estar allí, con mi tripulación —le informó mientras se deshacía del abrazo.

—Querido, tu responsabilidad es para con tu esposa, que ahora lleva tu hijo en su vientre.

—Lo sé, lo sé —le contestó mientras se reía—. Eso significa también que, cuanto antes parta, antes volveré a ti.

—Espero que sea así y que estés presente cuando nazca tu hijo.

—Te dije también que no me importaría, si fuera una niña; es más, si es una niña, me encantaría bautizarla con el nombre de Elizabeth.

—Sí, recuerdo…, pero me sorprende, porque todavía tenemos malos recuerdos de la reina inglesa Elizabeth.

—¡Por eso mismo! Mi hija será una reina admirada y será Elizabeth con z…, ¡para que no queden dudas!

—¡Querido! Elisabeth con s es bonito también…

—Bueno, bueno…, se me está haciendo tarde. Dejemos el nombre para otro momento —dijo y enseguida besó su frente.

Camino al puerto, Pedro no dejaba de pensar en el amor de sus sueños. Sabía todo lo que estaba arriesgando, partiendo al lugar donde sus espías le habían dicho que se encontraba. Podría ser una trampa, pero el volver a verla, aunque más no fuera un momento, tornaba el riesgo en algo que valiera la pena.

Subió a cubierta y enseguida dijo:

—Tengan todos muy buenos días.

—Buenos días —contestó un coro.

—Los he reunido aquí, en cubierta, para decirles solo unas breves palabras: otorgarles el derecho de que sepan que este cargo que tenemos que llevar no es tal, sino una misión para rescatar a una muchacha de buena familia a quien los moros han raptado y por quien un inglés del demonio no ha querido pagar rescate.

Sus hombres hacían silencio, sin saber bien qué decir.

—No me ofenderé, sin embargo, si alguno de ustedes desiste de emprender viaje, todo lo contrario: le pediré que nos desee buena fortuna y que su familia ruegue por nosotros y, sobre todo, por un buen regreso, para que sigamos trabajando juntos en un futuro, pues marineros como ustedes escasean…

Su segundo al mando, llamado Alonso, dio un paso adelante y gritó:

—¡Yo voy con el capitán Almeida a rescatar a una muchacha, que podría ser mi hermana o mi madre!

En ese momento, todos gritaron a una voz:

—¡Ay! ¡Sí! ¡Con Almeida hasta la muerte!

—Muy bien todos, ahora vuelvan a sus posiciones, que partiremos lo más pronto posible.

Mirando todo desde atrás, como testigo silencioso, se encontraba su hombre de confianza, Fradique. Pedro ni siquiera necesitó mirarlo para que este supiera que lo tenía que seguir hasta su camarote.

Una vez que cerraron la puerta de su aposento privado, Pedro, sin ningún tipo de preámbulo, le dijo:

—Esta vez tú te quedas…

—La verdad que sí, esta vez me lo imaginaba. No me sorprende que quieras quedarte a solas con ella, pero ¿qué vas a hacer con la tripulación? —le preguntó y, automáticamente, se arrepentió de hacerlo.

Pedro se tomó el comentario de tono tan privado con calma y suspiró:

—¡Ojalá pudiera! Pero no sé lo que ocurrirá en altamar, entonces, necesito que cuides mis cosas… En primer lugar, a mi futuro hijo y a mi esposa, en segundo lugar. He dado instrucciones precisas para que João siga estudiando como ahijado del hijo ilegítimo del marqués de Pombal. Si algo pasa, tendrás que comunicarte con María, la doncella, porque deseo que trabaje en mi casa cuidando a los míos.

Fradique lo escuchaba con respeto, hasta que no pudo con su genio y le espetó:

—¿Tan importante es esta muchacha que vas a dejar a tu esposa y a tu hijo?

El capitán, con la mirada perdida y el rostro avergonzado, le dijo:

—Elizabeth tendría que haber sido mi esposa y la madre de mi hijo, pero he querido creer el cuento más fácil, lo menos arriesgado para mi orgullo, mi nombre y para mi carrera y la he dejado a merced de tantos inescrupulosos. Todos los días, cuando me despierto y veo que otra persona está durmiendo en su lugar, me arrepiento. Por eso, aunque sea lo último que haga, la rescataré. —Y continuó su discurso—: Mi hijo tiene a su madre, quien tiene una buena dote, y será heredero de su fortuna. Y si la mujer se quiere volver a casar, lo bien que hace.

—Me sorprende la cabeza fría que llevas… Espero que, cuando te encuentres frente a frente con sus captores, conserves la misma objetividad y tranquilidad, porque no estaré allí para ejercer de tu conciencia.

—No te preocupes, que para ejercer de conciencia lo tengo a Alonso conmigo, a veces pienso que es tu hermano gemelo.

—Sí, por eso, en parte, estoy tranquilo… Sin embargo, son piratas y no van a jugar. Piensa que te podrían pedir la rendición de tu barco y de tu tripulación a cambio de su vida. Y al fin y al cabo, terminarías sin nada…

—Lo sé muy bien, espero no tener que llegar esos extremos.

—Veo que tienes todo calculado, menos el nombre del capitán del barco pirata, porque no he podido averiguar de quién se trata.

—Lo que te puedo decir es que, gracias a este entuerto de Elizabeth, que tú consideras algo malo, he averiguado, casi al pasar y por pura casualidad, que alguien quiere mi cabeza en Lisboa y que han enviado piratas a buscarme, así que no hay mal que por bien no venga, ¿verdad? De otra manera, tal vez lo hubiera sabido cuando fuera ya muy tarde…

—Pero aun así no sabes cómo puede terminar esta historia.

—Lo que sí sé muy bien es que a esos que me vendieron por 500 pistoles los quiero vivos, pero repudiados, que sepan que del bastardo del marqués de Pombal, como ellos me llaman, nadie se burla.

—Eso dalo por hecho. Se me ocurren muchas historias para empezar a echar a correr… —contestó risueño, dando rienda suelta a su imaginación.

—Con que cuentes esta, que es cierta, me basta… —interrumpió Pedro—. Nadie negocia con piratas y sale ileso.

—Es verdad lo que dices, Su Majestad no querrá contar entre sus consejeros a quienes negocian con piratas que asesinan a sus súbditos.

—Piensas muy bien de Su Majestad…

—María es una soberana piadosa, así lo demostró: no haciendo nada que pudiera lastimar a tu padre.

—Una orden de restricción fue suficiente para humillarlo en vida.

—A eso me refiero: tú has demostrado ser un hombre de honor. No tienes por qué temer que la orden provenga de María.

—¿Entonces de quién?

—¿Hay algún enemigo que todavía busque venganza?

—No tengo enemigos conocidos o, al menos, he estado toda mi vida queriendo agradar a todo el mundo… El ser bastardo hace que no quieras echarte ninguno.

—Bueno, entonces, la pregunta sería diferente: ¿has hecho algo últimamente para arruinar el negocio de alguien?

—La verdad es que no… Vamos a ver, lo único grande que he hecho ha sido desposar a Mafalda…

—Bueno, evidentemente, le has arruinado el negocio del matrimonio a alguien.

—Te dejo, entonces, ese mandato, que sé de antemano que estás encantado de cumplir, porque a ti las intrigas te encantan…

—Prometo seguir este entuerto hasta las últimas consecuencias.

—Bueno, bueno, no te pongas en pose actoral, así será mejor que parta —se despidió estrechándole la mano para terminar en un

abrazo—, ya sabes qué hacer, entonces.

Cuando Fradique salió a la cubierta del barco, se cruzó con Alonso y, sin ningún tipo de preámbulo, le dijo:

—Si la cosa se pone fea, no dudes en sacrificar a la muchacha, pues más vale una mártir que decenas de ellos, más la pérdida del barco.

—Y ni hablar de la pérdida del capitán —interrumpió—, la cual sería irreparable.

—Exactamente —le dijo despidiéndose con una señal de su cabeza.

—No tenga temor, que la tripulación del Paridera sabe cómo cuidar de su capitán.

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1803, noviembre 30

Querido diario:

Lo bueno de navegar las costas del archipiélago de Madeira es que siempre la temperatura es muy agradable, así como placenteros son los recuerdos que tengo de los niños Thomas y James y también del amoroso João, quien siempre trataba de cuidarme, y de la buena de María, quienes viven todavía en Porto Santo.

Lo único que lamentaré es que, con seguridad, terminaré en sus corazones y en su recuerdo como alguien malvado y tal vez sea el recipiente del odio por todo lo que ellos también, siendo inocentes criaturas, han sufrido.

Siendo ajenos a las mentiras de los adultos, no me justificaré al tener que acabar con la vida de su padre, el capitán John England. Todo lo contrario, el mundo se librará de un cobarde. Si alguna vez ellos quisieran vengar la muerte de su progenitor, estaré lista.

Mientras tanto, espero ansiosa poder encontrar a ese malnacido en mi camino.

Tuya,

Roxana, Diosa del Mar.

—María, María —gritaron Thomas y James—, mira cuán rápido corremos.

—Tengan cuidado de no correr cerca de la orilla, que si alguno se hace daño, ¿luego qué le diré al capitán?

—A mi padre no le interesamos, para nada, así que, si nos hacemos daño, serán tú y el médico de la isla. Él no va a venir porque no nos quiere… —afirmó el mayor con mucha ira.

—No digas cosas sin sentido.

—Es verdad, desde que se fue de Porto Santo, nunca más nos ha venido a visitar ni nos ha escrito.

María no supo qué decir para refutar semejante verdad, los niños, aunque habían crecido un poco, todavía seguían siendo niños

y ella suponía que, por su corta edad, todavía no podían entender. Sin embargo, el tiempo empezaba a poner a cada uno en su lugar… Ya María le había advertido al capitán hacía varios años, justo antes de que partiera de Porto Santo y dejara a los niños a su cuidado, como pudo recordar la conversación que mantuvo, en cierta oportunidad, con él luego de que se llevaran a Elizabeth y a su patrona: los niños necesitaban ahora más que nunca de su padre…

—Capitán England —llamó a la puerta una voz femenina en inglés.

—Pasa, María, pasa, justo estaba pensando que tú y yo tenemos que hablar. Es menester que te hagas cargo, durante todo el día, de los niños.

—No entiendo, señor, pensé que usted emplearía a una gobernanta.

—La gobernanta, el reemplazo de Elizabeth, lamentablemente nunca llegó, porque se quedó en Faro… Parece que se enamoró de alguien que viajaba con ella y juntos se escaparon bajándose en el puerto de Faro.

—Eso lo puedo entender, los imprevistos existen. Sin embargo, los niños necesitan de alguien que les enseñe a algo más que leer y escribir.

—Tienes razón; empero, ahora lo más importante es que yo encuentre a Mary-Jane y a Elizabeth, porque cada día que pasa será más difícil dar con su paradero.

—Disculpe, señor, pero ¿cuánto tiempo estará ausente de Porto Santo? Los niños padecen de tristeza por su madre desaparecida y por su institutriz, dos bastiones importantes en sus vidas. ¿Y ahora lo perderán a usted también?

—No me perderán, pero lamento estar ausente, pues debo hablar con el gobernador de Madeira para que él comience las negociaciones con esos malnacidos. Necesito, María, de tu mayor esfuerzo, que los niños no sientan demasiado la falta de su madre.

—Escribanos, entonces, y yo le prometo que leeré la carta a los muchachos.

—La verdad es que solo estoy hecho para la navegación, no para la comunicación, ya ves que, queriendo a Mary-Jane como la quiero, casi no intercambiábamos epístolas.

—Sí, es verdad… Entonces, será mejor que sea usted mismo quien hable con sus hijos y se despida de ellos. Los niños no entienden razón, pero por lo menos, que escuchen y recuerden lo que usted les diga.

—Creo que tienes razón…

—Sí que la tengo. Si usted no vuelve, si usted no escribe, los muchachos son muy pequeños y se pueden olvidar de usted.

—No seas exagerada. Los muchachos son mis hijos y me recordarán.

María no quiso discutir ni profundizar en el tema. Al fin y al cabo, le estaban dando un voto de confianza para quedarse con los niños. Lo principal era ahora encontrar a Mary-Jane y a Elizabeth.

Sin embargo, las tratativas concernientes a la negociación para liberar a los rehenes tampoco saldrían como el capitán England las había planeado.

Cuando llegó a Madeira, se encontró en el despacho del gobernador con el capitán Almeida. Esto lo sorprendió sobremanera y se dio cuenta, en ese momento, del poder que este capitán tenía en Portugal. Este, enseguida, inquirió por el paradero de Elizabeth, pues se había enterado de las diferencias entre los England y la muchacha. Quería saber de boca del propio capitán el porqué de enviarla a Porto Santo con destino a Lisboa.

—La señorita Elizabeth Chamberlain ha sido una verdadera decepción para mi familia. Las razones verdaderas prefiero mantenerlas en reserva, para preservar el honor de mi familia —mintió para salvar su pellejo.

—Creo que esta es una conversación entre caballeros y cualquier cosa que usted me diga quedará en este recinto y no saldrá de aquí, así que no se preocupe.

—Entiendo su interés por la señorita Chamberlain, pero he venido hasta aquí con un propósito más importante: como usted, a estas alturas, estará bien informado, unos corsarios han atacado la isla de Porto Santo y se han llevado a unos pocos campesinos y también a mi amada esposa Mary-Jane, quien detuvo su carrera hacia el refugio para salvar a su… Elizabeth, según me han dicho testigos en la isla.

—No le entiendo bien, expláyese.

—Pues que la señorita Elizabeth tomó venganza por hallarse despedida y, de manera despechada, los últimos tiempos antes de su partida hacia Lisboa desde Porto Santo, no cumplía con sus obligaciones de institutriz, sino que se dedicaba a holgazanear y a dormir hasta tarde.

El capitán Almeida no supo qué decir; quería defenderla, pero, en realidad, no la conocía tan bien, así que no podía defenderla al fin de cuentas. Visto y considerando que su colega estaba buscando

desesperadamente a su mujer y también, de manera indirecta, a su institutriz, es decir, a Elizabeth, ya no interferiría más con preguntas.

—Le deseo, con sinceridad, la mejor suerte del mundo, porque la necesitará —se despidió estrechándole la mano.

—En realidad, si usted me pudiera ayudar en la búsqueda, se lo agradecería. Después de todo, también estaría encontrando a su… Elizabeth —remató en forma sarcástica.

El capitán Almeida se encendió de ira; sin embargo, el ser hijo bastardo del marqués de Pombal le había enseñado a no mostrar sus sentimientos.

—Pídale al gobernador todo lo que necesite en mi nombre. Pero luego de todo lo que usted me ha dicho acerca del carácter dudoso de la señorita Elizabeth, me ha hecho recapacitar y se lo agradezco, porque nadie querría casarse con alguien así, le ruego que no me contacte para nada.

El capitán England insultaba por lo bajo: el tiro le había salido por la culata, había mentido, sin embargo, ahora no podía tapar una mentira con otra. Ya no podría usar las influencias de su camarada para encontrar a su mujer. Debería hacerlo solo. Más mentiras delatarían su carácter. El capitán Almeida era una persona muy inteligente como para insultarlo de esa manera.

Así que lo único que atinó a decir fue:

—Tampoco he dicho que la señorita Elizabeth fuera una ladrona, tal vez, los nervios de la situación por la que estoy pasando me han jugado una mala pasada, más bien le he descrito la desfachatez de una señorita joven, quien ha cometido errores producto de su juventud. Pero nada que un capitán de su alcurnia no sea capaz de corregir en una muchacha como Elizabeth.

El capitán Almeida pudo percibir que había gato encerrado en el asunto, pero su machismo pudo más. Estaba muy dolido porque Elizabeth no había cumplido su promesa de esperarlo en la isla de Madeira, todavía recordaba que sus últimas palabras habían sido: «De aquí no me moveré».

«Una mujer de doble ánimo y sin palabra. Debió haber solicitado hospedaje en la casa del gobernador o en casa de Georgiana», se dijo.

—Lamento no poder quedarme a acompañarlo en este asunto, pero mis negocios en el continente me esperan —se despidió—, le recuerdo que Madeira hará todo lo posible por encontrar a las dos damas.

—Me tranquiliza escuchar eso.

Cuando el capitán Almeida salió de la gobernación, estaba furioso consigo y con Elizabeth. Sabía de sobra que los raptos y los pedidos de rescate podían tardar hasta un lustro en resolverse y, muchas veces, los prisioneros no resistían y las familias, en ocasiones, tampoco contaban con los recursos suficientes para pagar el rescate.

«No puedo esperar más», decidió. «Necesito un heredero y mujeres de buen carácter, poseedoras de una buena fortuna y que deseen casarse por amor se encuentran por todos lados». Enseguida se le vino a la cabeza el rostro de una mujer, llamada Mafalda, que pertenecía a la nobleza. Además, estaba perdidamente enamorada de Pedro.

«Necesito una mujer cuya reputación no esté en entredicho, soy, aunque bastardo, el hijo del marqués de Pombal, después de todo», se dijo.

Con este pensamiento, se subió a su barco, el Paridera, y ordenó inmediatamente a su segundo en mando, Alonso:

—Cambio de planes: nos volvemos a Lisboa.

—No entiendo nada… —dijo este brevemente—, pensé que nos quedábamos por una temporada.

—Lo que vine a buscar se me ha escurrido de las manos como agua. Y ya no tengo nada más que hacer aquí.

—Donde manda capitán, no manda marinero. —Rio—.

Luego de 48 horas en las que el Paridera se dotó de víveres y de un nuevo cargamento de azúcar, aceite y vino de Madeira para el continente, se oyó la voz de mando:

—¡Leven anclas! ¡Icen velas!

Las elecciones que Pedro tomaría tampoco serían favorables para su futuro.

Ni bien puso un pie en Lisboa, concurrió inmediatamente a hablar con el padre de Mafalda. La boda de Pedro Almeida ocurrió como él quiso que fuera: sencilla y rápida. La dote de la novia fue abultada, casi como si el padre de la prometida considerara que, a más dinero, más rápido se desharía de ella.

Pedro sonreía sin sonreír, hablaba sin entender lo que hablaba. Parecía como si quisiera castigar a alguien, estaba ausente e ignorante de lo que estaba ocurriendo en Lisboa. Sin embargo, a las pocas semanas, se dio cuenta del error que había cometido. Comenzó a pensar en las palabras del capitán England y a poner en duda sus afirmaciones. «Soy un idiota, he escuchado solamente una

parte de la historia», se reprochó. La cara de Georgiana se le vino a la mente y pensó: «¿Dónde estaba Georgiana, que no la encontré en Madeira? Ella podría despejarme alguna duda…». Sin embargo, hacía tiempo que sus caminos no se cruzaban.

Enseguida organizó un viaje de negocios que lo mantuviera alejado del continente por un buen tiempo.

«Si hubiera tenido un padre, uno presente, esto jamás me habría ocurrido, pues hubiera tenido alguien a quién consultar», pensó con tristeza

—¿Interrumpo tus pensamientos? —preguntó dulcemente Mafalda.

—Para nada, querida… —se excusó—. Más bien, dime para qué soy bueno.

—Qué palabras tan amables. Cualquiera diría que eres portador de una mala noticia.

—Bueno, ahora que lo dices…, tengo que viajar pronto.

—¿Viajar? ¡Pero si acabamos de casarnos! Además, no necesitas ir y apersonarte en tus negocios, ¿por qué mejor no envías a otra persona? ¿Por qué no contratas a un capitán?

—En primer lugar, Mafalda, yo amo el mar, tanto como otras personas aman cultivar la tierra. Así que no es cuestión de disponer o no de dinero, yo soy un capitán y me lo he ganado a fuerza de empeño, mis negocios son muchos y algunos requieren de mi supervisión directa… Pero no te preocupes, mujer, volveré en menos de lo que canta un gallo.

—Perdona, esposo mío. Será que no quiero que te vayas tan pronto, pero contéstame una pregunta: ¿te marchas para estar alejado de mí o porque, sinceramente, tus negocios te llaman? Porque, si tú me lo pides, hasta podría hacer el esfuerzo de acompañarte en una de tus travesías.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Imagínate si estás encinta, no te pondría en peligro. Lo primero es tu salud. Quién sabe si ya estarás encinta.

—Está bien, está bien —claudicó ella, por fin—. Me quedaré aquí esperándote. Quizás a tu vuelta haya nacido tu heredero —concluyó tratando de extorsionarlo con una posibilidad remota.

Pedro se levantó a abrazar a su mujer, instintivamente, producto de la culpa que sentía por no poder quererla de la manera que ella se merecía.

—Te voy a extrañar —mintió en forma piadosa.

—Yo ya te estoy extrañando —confesó sinceramente, mirándola a los ojos.

Pedro viajó sin cesar por dos años con pocas paradas en Lisboa para ver a su familia, hasta que la Providencia hizo que Joaõ lo ubicara en Lisboa, en uno de sus pocos momentos en tierra. El motivo era que su heredero finalmente nacería y él quería pasar tiempo con su mujer, hasta que conoció la verdad del paradero de Elizabeth.

13 Plan maléfico

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1803, diciembre 20

Querido diario:

Sé con seguridad que me estás juzgando por no haberte contado más detalles de mis desventuras en altamar con el capitán X, aquel a quien por respeto por su situación marital nunca quiero nombrar, sobre todo en vísperas del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Pero ¿qué quisieras que te contara? ¿Cómo pude entregarme en cuerpo y alma a ese desconocido? En primer lugar, debo reconocer que el capitán X terminó siendo un hombre de lo más afectuoso, alguien a quien, a fin de cuentas, le debo mi vida. Era alguien tierno y, en el fondo, puedo asegurar que éramos dos almas en pena: él, por estar solo y desterrado como vagabundo navegando por el océano, esperando algún día volver a ver a su esposa y, mientras tanto, cargando la esperanza de poder juntar el dinero suficiente para que ella lo acepte de nuevo y, tal vez, quiera huir con él a América (según me había confesado, ese sería su sueño). Y yo, por mi parte, una mujer desvalida a la que a nadie en este mundo le importa. Tal vez le trajera a la memoria a su esposa, por eso el afán en ayudarme y concederme su protección.

Puedo sentir cómo me juzgas otra vez y tengo que reconocer que sé muy bien que he pecado, y aún peco, entregando mi cuerpo a pasiones carnales, pero confío en nuestro Señor que Él sabrá perdonarme, porque siendo Omnipresente, Omnisciente y Amor, Él sabrá echar mis pecados en el fondo de la mar, pues sé que, de haberme negado a tales pasiones, solo hubiera conducido mi suerte a un abismo seguro como el suicidio o la muerte y eso sí sería algo irreparable. Me encuentro en este mundo sin ninguna protección, salvo la que yo pueda proveerme, querido diario.

Y existen algunos ejemplos de mujeres de mala moral, otras tantas Roxanas, llamadas de otra manera, pero, sin embargo, tan parecidas a mí, como por ejemplo: María Magdalena o, por qué no, Rahab, que era ramera… A todas ellas perdonó el Señor. Asimismo, el Señor mismo desciende de ella, de Rahab, la ramera.

Confío en su perdón y redención.

Roxana, Diosa del Mar.

Elizabeth sabía que la única oportunidad que tenía para obtener información sobre el plan para asesinar al capital Almeida era si usaba su cuerpo como medio de extorsión.

Así fue que, durante varias noches, se negó a entregarse al capitán X. Este se encontraba confundido y ofuscado, pues se había

acostumbrado, gratamente, al regalo nocturno que Elizabeth le ofrecía. Así su cuerpo comenzó a resentir su falta: Durante las discusiones junto a su tripulación para llevar a cabo el plan y asaltar el Paridera, en los momentos cuando menos se lo esperara, imaginaba sus cabellos, su piel, todo le recordaba a Elizabeth. Así, la última noche antes de que todo se desencadenara, el hombre llegó hasta su camarote, con un plan para tratar de convencer Elizabeth de que se entregará otra vez a él, de que fuera suya. Después de todo, el mañana no era suyo, no sabría lo que el destino le tendría preparado… y bien valía la pena despedirse de este mundo con una joven hermosa.

Tenía preparado un pequeño discurso para convencer a su amante, mas, para su sorpresa, se encontró con una Elizabeth completamente desnuda bajo unas sábanas blancas, dispuestas y enrolladas de una manera que apenas cubrían su desnudez.

Se sintió torpe, feo, sucio… y a Elizabeth la sintió hermosa, pura, suave: una diosa del mar.

Luego de hacer el amor, comenzó a expulsar una catarata de confesiones, que iban desde su niñez más lejana hasta su adolescencia y juventud, con detalles inimaginables. Hasta que llegó el secreto más esperado por ella: sus planes actuales.

—Creo que, si salimos bien de esta, no buscaré más a la que fue mi esposa, porque creo que no tiene sentido.

—No estás en tus cabales: es tu esposa.

—No, no lo es… Porque ahora tú lo eres —aseguró—. Y por eso, te prometo que, una vez terminado este asunto, te compraré una casa, con sirvientes, con todo lo que te mereces de acuerdo con tu rango, porque sé que, de alguna manera, eres o desciendes de la realeza y eso es un regalo del cielo, mucho más de lo que cualquier hombre común como yo en sus más locos sueños hubiera imaginado.

—¿Y tú volverías al mar y me dejarías sola, en esa casa con sirvientes?

—Tendría que estar loco para dejarte sola… Además, con el botín de hoy, seremos ricos hasta que nos muramos, hasta les dejaríamos una pequeña fortuna a nuestros hijos también.

—Todo eso si este asunto sale bien, ¿verdad?

—Exactamente… —dijo con aire seguro.

—Bueno, pero ¿qué sería de mí si algo no sale bien?

El capitán contestó con un silencio largo… Entonces, Elizabeth, para presionarlo aún más, dijo:

—Si estos piratas a quienes van a atacar me apresan, no me

imagino un buen final para mí.

Entonces, el capitán, por fin, cayó en la trampa y contestó:

—No son piratas… Es un barco mercante en el que siempre transportan mercaderías y aristócratas, pero lo más importante, esta vez, no es la carga, sino su capitán.

—No te entiendo —le preguntó, fingiendo.

—¡Claro! El capitán del Paridera es el hijo bastardo del marqués de Pombal, quien tiene una recompensa sobre su cabeza.

—¿Es un forajido también?

—No, para nada… Ha salido bien aristócrata y refinado —contestó no sin hacer notar sus celos por los logros ajenos—. Pero resulta que los de su clase y algunos jesuitas se lo quieren cargar, por algunas cosillas que hizo su padre. Y como no pudieron hacérselo a este, que está bien muerto bajo tierra, entonces…

—No quisiera estar en su pellejo —admitió Elizabeth—. Ahora bien, ¿dónde se supone que me voy a esconder en el medio de la batalla?

—Pues tú te quedarás aquí, en mi camarote, que es lo más seguro.

—¿Y cómo sabré si han ganado o no?

—Eso es algo que no se puede predecir, sino desear, pero nosotros tenemos el elemento sorpresa y somos rápidos para atacar, así que contamos con esa ventaja. Prometo que te vendré a buscar, pero tú debes prometerme que echarás el cerrojo en la puerta.

—Sí, lo prometo.

—Pase lo que pase —le advirtió.

—Entonces, mejor ahora vamos a dormir un poco —sugirió Elizabeth.

—Mejor duerme tú, nosotros, los piratas, esperamos el amanecer despiertos.

Una vez dicho eso, se vistió y subió a cubierta, donde aguardaría la batalla junto a su tripulación.

Elizabeth permaneció callada, sin saber qué hacer, mirando un punto fijo. Estaba demasiado nerviosa como para leer un libro, aunque trató varias veces sin éxito. Hasta que un estruendo tremendo, el cual ella jamás había presenciado, sacudió el barco. Y luego otro. Y otro más. Pronto escuchó un griterío inusual, que le produjo mucho miedo. Entonces, corrió a la puerta para ponerle cerrojo. Y acto seguido, se escondió como pudo en un rincón. El griterío se hacía cada vez más fuerte. Luego, las voces fueron haciéndose más tenues. Al rato, de nuevo escuchó unos pasos y alguien que forzaba la puerta para entrar.

Hasta que escuchó una voz que le decía:

—¡Elizabeth, Elizabeth, soy yo! ¡Déjame entrar!

Entonces, giró la manija y abrió la puerta.

—¡Virgen del amor hermoso! —gritó horrorizada, era el capitán, apoyado en el marco de su puerta, porque tenía algunas heridas superficiales.

—¡Debemos partir ahora mismo! —ordenó.

—¿Partir? —preguntó extrañada—, ¿a dónde?

—¡Tú sígueme y deja de preguntar!

—¡No! —respondió—, ¿cómo vamos a dejar el barco?

—¡El barco se hunde! —exclamó—, así que cuanto más pronto podamos partir, mejor será…

Elizabeth hizo fuerza para no caminar y así evitar que él la siguiera arrastrando por el pasillo.

—¡Estamos en el medio del océano! ¡Esa también será una muerte segura!

—¡Pues prefiero morir en el medio del océano y no en un calabozo en el continente!

Elizabeth iba a decir algo, como, por ejemplo, que ella era inocente de culpa y cargo de este plan, pero prefirió callar. Después de todo, si el capitán Almeida había ganado, entonces, lo vería. Cuando salió a cubierta, lo primero que buscó Elizabeth fue el Paridera y a Pedro. En el barco seguían luchando y eso hacía que distrajera su búsqueda, pues había algunos cuerpos sin vida tendidos. Como pudo, buscó ver al capitán Almeida, pero no le fue posible en medio de la lucha. Sin embargo, su sed por escapar hizo que ignorara la catastrófica visión de muerte por doquier y buscó nuevamente un barco, sin éxito, a ambos costados. Empero, ella ignoraba que, muy pronto, el Paridera —que venía detrás— se encontraría frente a ella.

Hasta que por fin lo vio; era un poco más pequeño que como lo recordaba. De forma inesperada, su barco hizo un ruido raro y la proa comenzó a hundirse lentamente, hasta que fue absorbida por el mar.

Elizabeth se asustó porque los tripulantes trastabillaron y cayeron al mar, mientras que ella logró sostenerse de una de las cuerdas que sostenían la barquilla donde se escaparían y, justo antes de que la tripulación del Paridera pudiera rescatarla, un brazo tomó a Elizabeth por la cintura y la arrojó en un bote auxiliar, sin que pudiera ofrecer resistencia. Cuando ella buscó ver de quién se trataba, en ese momento, alguien le asestó una estocada a su amante, al capitán X, mientras le decía antes de morir:

—¡Debo cerciorarme de que tú mueras, capitán del demonio! Pues tu decisión nos ha traído mala suerte… Has cambiado a tu tripulación, ¡por un par de piernas! —exclamó riendo—, ¡y a esta me la llevo yo!

Todo lo que Elizabeth pudo hacer fue gritar a todo pulmón, producto del horror del que era testigo. El capitán X yacía muerto y casi todo el barco se estaba hundiendo. Eso facilitó la tarea del malviviente para escapar en el bote con Elizabeth: solo tuvo que cortar las sogas con un cuchillo.

Como si nada hubiera ocurrido, el marinero que había asesinado al capitán X comenzó a remar en el bote, con Elizabeth como única tripulante. Mientras tanto, el barco seguía hundiéndose muy rápido. Mientras se alejaban, ella podía ver, sin remedio, cómo su única esperanza se esfumaba. Entonces, tomó una decisión drástica; se puso de pie y comenzó a gritar. El marinero apagó sus gritos con una cachetada y Elizabeth cayó de bruces al bote sin desmayarse. Pero una bala inesperada traspasó la cabeza del malnacido y este cayó hacia atrás, mientras que por sus vestidos corría un poco de sangre, producto de la salpicadura debido al golpe al caer el cuerpo muerto sobre el borde del bote.

Al ser testigo de todo, Elizabeth volvió a gritar una vez más, horrorizada.

Mientras tanto, el Paridera había enviado un bote en su auxilio. Cuando la subieron al barco, lo primero que Elizabeth dijo fue:

—Quiero ver al capitán Almeida.

—No va a ser posible, me temo.

—¿Y eso por qué?

Alonso dudaba en decir más, pero al final recordó que habían venido por ella, así que finalmente dijo:

—El capitán Almeida se encuentra herido.

—Pues quiero verlo de todos modos.

—Me temo que necesita tranquilidad y la asistencia de un galeno, cosa que no sucederá hasta que lleguemos a un puerto.

—Pues déjeme decirle que fui asistente del doctor Collins de Porto Santo por varios meses, así que no gritaré como una cría malcriada al ver un poco de sangre, si es lo que trata de insinuar —contestó indignada, mientras se limpiaba con su manga la sangre ajena, perteneciente al marinero.

Alonso iba a decir que no insinuaba nada, pero Elizabeth lo interrumpió:

—Ahora, lléveme con el capitán.

Al ver la determinación de la muchacha, Alonso pensó que, tal

vez, sería un último favor de moribundo el que su capitán pasase los últimos momentos con el objeto de sus desvelos.

—Sígame y tenga cuidado con su cabeza —sermoneó, como si Elizabeth nunca hubiera estado en un barco.

Elizabeth entró a un camarote mucho más grande y lujoso, comparado con aquel donde había pasado los últimos meses de su vida. Había detalles de nácar en la cabecera y en los pies de la cama, junto con una madera oscura finísima, que debía ser cedro.

Allí estaba Pedro, su capitán. Elizabeth sintió un deseo irrefrenable de llorar; sin embargo, se contuvo, pues el capitán merecía sus respetos. Pedro mantenía sus ojos cerrados, pensando que tal vez alguno de su tripulación volviera otra vez a tratar de ayudarlo en algo. Deseaba, sin embargo, morir en paz y que alguien le dijera que Elizabeth se hallaba fuera de peligro.

—Capitán, le traigo buenas noticias —le dijo Alonso sin más preámbulos—, hemos vencido a esos condenados y, además…

Pedro quiso hablar, pero tuvo un ataque de tos.

—Pedro, no hables, por favor —Elizabeth lo llamó por su nombre de pila, sin más preámbulos—, me alegro de que hayan vencido… Querían matarte y yo no sabía muy bien cómo impedirlo.

Pedro abrió sus ojos pardos con sorpresa y se encontró con los ojos claros de Elizabeth, que lo miraba con amor.

—He venido… a rescatarte. —Fue todo lo que pudo decir.

Elizabeth lloró de alegría y, sin pensarlo dos veces, lo besó tiernamente en los labios.

—Aquí estoy y de aquí nadie me moverá.

Dicho esto, comenzó a revisar sus heridas y a desinfectarlas. Buscando la oreja de Alonso, dijo:

—Estamos de suerte, la herida no es profunda. ¿Cuál es el puerto más cercano para que paremos?

—Según nuestros cálculos, estamos cerca del archipiélago de Madeira —contestó el piloto.

—¿Cuánto tiempo nos llevará tocar tierra?

Alonso no contestó, sino que fue a buscar información fidedigna a cubierta.

—Medio día, como mucho.

—Entonces, cuando termine de curar al capitán, puedo echar una mano a los heridos de arriba.

Alonso accedió a su pedido y enseguida se oyó su orden:

—Busquemos a todos los que están heridos, que los pongan en fila, pues tenemos a alguien que quizá pueda aliviar el dolor mientras llegamos a tierra.

Una vez que todos los sobrevivientes y algunos cadáveres pertenecientes a los suyos fueron subidos a bordo para darles sepultura cristiana, el barco retomó camino al puerto más cercano: Porto Santo.

—Señorita —llamó Alonso entrando sin golpear al camarote del capitán Almeida. Con un movimiento de su cabeza, la invitó a salir al pasillo.

Elizabeth lo miró confundida, esperando saber qué cosa podría ser más importante que estar con Pedro.

—Tenemos algunos heridos de diferente gravedad que no podemos mover a cubierta —informó—. Sería bueno que usted los atendiera… Después de todo, hemos venido por usted.

Elizabeth no daba crédito a sus oídos.

En cambio, su cuerpo sí, pues sintió cómo su corazón se ensanchaba en su pecho por la emoción. «Pedro ha venido por mí», volvió a decirse.

Sin mediar palabra, se dirigió hasta donde estaban los malheridos y trabajó de forma incansable tratando de curar a todos y cada uno de los tripulantes que restaban atender. Improvisó gasas con sábanas limpias que estaban guardadas en la recámara del capitán Almeida. Como desinfectante, usó bebidas alcohólicas y, para evitar el nerviosismo de los marineros con heridas más graves, aconsejó que bebieran algo más fuerte, pues hasta contaba con el cargamento de vino de Madeira y oporto.

Hasta que el marinero encargado, luego de varias horas, viendo la valentía de la muchacha, haciendo de tripas corazón frente a cada herida, le dijo:

—Será mejor que se tome un descanso, pues están todos atendidos.

—Iré, entonces, a ver al capitán.

Elizabeth trató de desinfectar sus manos con un poco de *ginjinha*. «Debería volver a revisar la herida de Pedro», pensó, pero se percató de que sus manos ahora habían quedado con un olor agradable a cereza y un poco pegajosas… Era un licor.

—Pedro, Pedro…, aquí estoy, abre los ojos —rogó Elizabeth.

Él sonrío tímidamente y, sin abrir los ojos, dijo:

—No los abriré, porque, si estoy soñando contigo, mejor que continúe en este sueño maravilloso.

—Está bien si no quieres verme, entonces, déjame revisar tu herida —contestó ella sonriendo.

En ese momento, Pedro abrió sus ojos y tomó la mano de Elizabeth para llevársela a su boca y besarla, no sin antes decir:

—Si estar herido es el precio que tengo que pagar para, por fin, poder verte, entonces bien vale la pena.

Elizabeth lo miró y volvió a besarlo dulcemente; el decoro y las buenas costumbres ya no formaban parte de su ser.

Pedro aguantó el dolor que le producían algunas esquirlas que todavía se alojaban dentro de su cuerpo y no se quejó, aunque eran solo un par los pequeños trozos de madera del barco y había que sacarlas para evitar infección. Sin embargo, Elizabeth no se animaba a hacerlo y rezaba por llegar rápido a tierra.

Por fin, divisaron tierra. Elizabeth se emocionó al reconocer las arenas doradas por las que había caminado tantas veces, sola y también con los muchachos Thomas y James. Se emocionó de tal manera que lágrimas brotaron de sus ojos, pero el viento pronto las limpió de su cara.

—Hubiera jurado que jamás volvería a esta isla hermosa —dijo en voz alta.

—Considérese una afortunada —acotó Alonso.

—Es verdad, lo soy… Y le doy mi palabra de honor que haré todo lo posible para honrar el sacrificio que han hecho por mí.

—Celebro que piense que se haya en deuda con nosotros, porque es exactamente donde se encuentra… —pronunció tajante el vigía del barco, que ahora se había unido a la conversación.

—Debemos preparar, entonces, una camilla para transportar al capitán de inmediato hasta la casa del médico —contestó Elizabeth, desviando la conversación.

—¿Y dónde estará la casa de ese doctor, si se puede saber? —preguntó incrédulo Alonso.

—Lo primero que haremos es enviar un bote conmigo y dos o tres marineros más para alertar a los habitantes y preparar una carreta que lo transporte a la casa del médico.

—¿Y cómo sabremos que nos recibirán con los brazos abiertos?

—Pues, sinceramente, no lo sé a ciencia cierta y ruego a Jesucristo que en esta isla se acuerden de mí…

Así pues, Elizabeth tocó tierra y lo primero que hizo, instintivamente, fue tratar de buscar a María, por si tal vez todavía vivía en Porto Santo. Sin embargo, en la casa el capitán England no salió a recibirla María, sino un muchacho de alrededor de unos 11 años. Este, cuando la vio, se quedó quieto, casi petrificado, hasta que su memoria le jugó una buena pasada y, de forma instintiva, se tiró a los brazos Elizabeth, mientras lloraba desconsoladamente.

—¿Mi madre está aquí contigo? —preguntó.

—Lamentablemente, Thomas, vengo sola…

El muchacho siguió llorando sin consuelo.

—Thomas, Thomas —le dijo mientras se deshacía de sus brazos —, necesito urgente que busques al médico y, además, una carreta para transportar a un enfermo.

El muchacho reaccionó y entró a la casa. En ese instante, se escuchó la voz de María, quien le decía:

—¿Se puede saber por qué dejas la puerta abierta? ¿Y por qué no contestas lo que te estoy preguntando?

En ese momento, otro muchacho más pequeño salió, porque sabía a quién iba a encontrar: a Elizabeth. También se echó en sus brazos y, como era más pequeño y pesaba menos, ella se animó a alzarlo mientras entraba en la casa con tres marineros.

Al ver a María, ambas se quedaron heladas por la sorpresa, sobre todo, María. No pasó ni un momento y ambas se estrecharon en un abrazo muy fuerte. Uno de los marineros interrumpió el momento, diciendo:

—El bote del capitán acaba de tocar tierra.

María se asomó a la puerta y quiso dar instrucciones, pero vio que Thomas se había hecho cargo de todo y una carreta ya estaba lista para transportar al capitán.

14 Capitán John England

Quisiera saber si es posible, si existe la mínima chance de volverme a casar, de volver a ser feliz con otra mujer —le preguntó el capitán England a su párroco.

—Ese tema debería ser tratado en Inglaterra, después de todo, usted ha celebrado su boda allí, en Londres, ¿verdad?

—Así es… En realidad, me encuentro tan cómodo viviendo en Madeira, que creo que no volveré a pisar la otra isla, a menos que el asunto sea muy importante y que requiera verdaderamente mi presencia.

—Entiendo, entiendo. Y dígame —le preguntó—, ¿dónde están sus hijos ahora?

La isla era grande en comparación a otras; sin embargo, los chismes corrían rápidamente, como si se tratara de un pequeño vecindario.

—Mis hijos se encuentran en Porto Santo. Y no tengo ningún interés en volver a verlos, al menos, hasta que tenga que poner en orden mis papeles para mi testamento.

—¿Y eso a qué se debe?

—En realidad, tendría que modificar mi testamento, porque el que está hecho no tiene validez ya, pues mi heredero ha fallecido hace mucho tiempo.

—¿Y ya ha pensado a quién dejaría la administración de su fortuna hasta que su hijo Thomas cumpla la mayoría de edad?

El capitán hizo una pausa para pensar y luego, con gesto desdeñoso, dijo:

—No estoy tan apurado para hacer mi testamento… En realidad, no me interesa.

—Bueno, comprendo que así sea, porque redactar un testamento pone en evidencia el carácter finito del ser humano. Nadie en su sano juicio desea morir. Aunque desde que nacemos contamos con

una sentencia de muerte: a unos les llega más temprano… y a otros, más tarde.

El capitán se molestó por no ser bien entendido y no poder poner sus sentimientos en palabras y, finalmente, dijo:

—Debo decirle, debo confesarle —se corrigió— que pongo en duda que esos hijos sean, en realidad, míos.

El pastor estaba sosteniendo su biblia con su mano, la dejó a un costado y exclamó:

—¡Capitán England! ¿Por qué dice semejante barbaridad? ¿Tiene usted alguna prueba?

John England no se molestó por la reprimenda, más bien siguió apostando fuerte:

—Esta reunión entre usted y yo la he anhelado durante mucho tiempo, porque debía confesarle a alguien mis más profundos temores…

—Entonces, ¿tiene una prueba? ¿Conoce al padre de los niños?

—Pruebas lo que se dice pruebas no tengo ninguna. He trabajado toda mi vida como capitán y, como usted sabe, el trabajo se caracteriza por pasar muchos meses fuera del hogar y de la tierra de uno.

—Entonces, usted duda si su esposa se embarazó estando usted fuera…

—Es difícil saberlo, pues las matemáticas cierran y mi mujer siempre estuvo encinta nueve meses.

—Entonces, no lo entiendo.

—Cuando me disponía a pagar el rescate de mi esposa, me enteré de que está amancillándose con un moro y que no quiere volver, ni siquiera por sus hijos.

El pastor poseía un tacto muy pulido y preguntó:

—¿Está seguro de que no quiere volver por sus hijos?

—¡Segurísimo! —afirmó John, casi interrumpiendo al pastor—. ¡No quiere verlos!

—Sin embargo, cuentan las malas lenguas que su esposa quiere que usted le entregue a sus hijos.

El capitán England se puso de pie, con mezcla de sorpresa y de ira.

—Entonces, usted sabía toda la historia ¿y me ha dejado contarle todo? ¿Qué clase de clérigo es?

—Lo que sabía es lo mismo que sabe toda la isla. Pero yo no me dejo llevar por los chismes de comadre, quería escucharlo de usted mismo. —Y agregó—: Lo que le acabo de decir, a la ventura, era más bien para probarlo, pero resulta que también es cierto.

—Jamás le entregaría a esa mujer sus hijos que, según la ley, son míos también y, además, es esta misma ley la que condena a las adúlteras.

—Intuyo, por todo lo que me ha contado, que usted no me viene a preguntar o a pedir consejo, en realidad. Usted está buscando un aliado en este asunto. Pero, como bien dice, la ley está de su parte y si su señora Mary-Jane alguna vez vuelve, le aconsejaría que viviera con una doncella apartada en alguna finca de esta isla, pero no le recomendaría que sus hijos perdieran el contacto. Una madre mala es mil veces mejor que no tener madre.

—¿Me está diciendo que me olvide de la afrenta recibida?

—He crecido sin madre y no me hubiera importado saber que ella era una mujer mala, solo me hubiera importado tener la oportunidad de visitarla una o dos veces por año, aunque sea para hablar.

—Pues lo lamento, mis hijos vivirán donde yo crea mejor y más conveniente para ellos y yo veré que Mary-Jane reciba el castigo en esta vida, porque en la próxima estoy seguro de que arderá en el infierno de las adúlteras.

—Entonces, supongo que usted hará lo que tenga que hacer…

—Exactamente.

—Pues, no le hago perder más su valioso tiempo —se despidió en forma sarcástica, para dejarle ver que no era su tiempo el perdido, sino el del clérigo.

Mientras tanto, en Porto Santo, Elizabeth se ocupaba de que la tripulación estuviera bien atendida, a expensas del capitán John England. «Después de todo lo que me ha ocurrido, este malvado tiene que pagarme de alguna manera lo que me debe», pensó.

Todos los días, bien temprano, Elizabeth se dirigía a la casa del doctor Collins para curar las heridas del capitán Almeida, pues era ella quien quería hacerlo y, ahora que contaba con más práctica, no dejaba que otra persona, ni siquiera el mismo médico, lo hiciera.

Al cabo de dos semanas, Pedro mandó a llamar a Alonso, para mantener una conversación privada.

—Veo que estás igual que cuando te dejamos aquí: más blanco que una teta. —Fue todo el saludo que Alonso le ofreció a su capitán cuando lo vio.

—Qué bueno que no has perdido tu sentido del humor, ahora que tienes que pasar el invierno en esta isla y no en el lecho de tu mujer…

—Ah, esa…, será mejor que no la vea por un largo tiempo… Si la comparo con la tuya, me doy cuenta de que me he casado con la equivocada.

—No entiendo qué me quieres decir…

—Que Elizabeth se ha ocupado de que los habitantes de la isla traten a toda la tripulación con benevolencia y hasta simpatía. Sin embargo, tenemos que volver, aunque me quisiera quedar aquí, si pudiera.

—Nunca te han gustado las playas, así que aquí hay gato encerrado… Dime, pues, a qué se debe tu decisión.

—Porque hay que pagar a la tripulación y, además, debemos usar el barco para otros menesteres y otros negocios que irán saliendo apenas todo el mundo sepa lo que has hecho con esos piratas…

—Eso de pagar a la tripulación y esa montaña de barrabasadas que me dices no son más que una excusa para ir a buscar a esos tres mequetrefes y vengarme por lo que nos han hecho.

—Si me conoces tan bien, entonces, no me preguntes.

—Yo, en cambio, no me quisiera ir a ningún lugar en donde no esté Elizabeth.

—Eso, Pedro, te lo entiendo. Pero, en algún momento, querrás ver a tu hijo y a la que es tu mujer… No te olvides de que es rica y tiene contactos y no hay cosa peor que una mujer despechada. Así que yo que tú me andaría con cuidado.

—Gracias por el consejo, pero, como verás —dijo mientras señalaba su costado—, me encuentro inmovilizado y no es recomendable para mi salud que me muevan.

—Te has echado una excelente excusa, pero me imagino que no me has hecho venir hasta acá para contarme eso.

—No, tienes razón. Necesito que me des tu palabra de honor de que, si algo me ocurriera, tú te ocuparás de Elizabeth. Como te imaginarás, no tengo al notario conmigo, pero debes comunicarle mis deseos de que comparta la pequeña fortuna que le iba a dejar a João.

—Espero que me crea y que no haya otros actores que impidan que João cobre también esa cantidad que tú dices.

—Mira, si tienes que tomar el botín y escapar en el Paridera con João y Elizabeth, hazlo.

—¿Eso significa, entonces, que les estás dejando a ambos una pequeña fortuna y el barco?

—La verdad es que lo del barco no lo había pensado. Pero, ahora que lo dices, dejémoslo así: las monedas se las entregas a

João y el barco, a Elizabeth.

—Te estás dando por vencido y eso no me gusta…

—Todo lo contrario: de esta saldré, para abrazar a Elizabeth. Sin embargo, me doy cuenta del carácter finito de la vida… ¿Y crees que podría dejar a Elizabeth nuevamente sin ninguna protección?

—Está bien, lo entiendo, Pedro, pero mejor medita las cosas con cuidado, ahora que te sobra tiempo para pensar. Y piensa con la cabeza, no con tu miembro, te lo ruego.

—¿Temes que la tripulación no acepte a una mujer? —preguntó preocupado—. Podría también quedarse en tierra y viajar con ustedes en períodos cortos.

—Todo lo contrario: la muchacha se ha ganado el corazón de todos a fuerza de empeño y valentía. Ha salvado la vida a más de uno, porque ha evitado infecciones que hubieran sido irreparables. Y hablando de eso: debemos reparar el barco, así que pronto debemos partir a Madeira.

—¿Entonces?

—Me niego a pensar que ya no estarás al mando del Paridera.

—Como te dije antes, de aquí no me muevo, al menos por varias semanas o meses…

Cuando Alonso volvió a la casa del capitán England, porque era allí donde toda la tripulación vivía (mientras que, por la mañana, se juntaban en el muelle para controlar las reparaciones que el barco necesitaba), fue directamente a la cocina a buscar un tentempié, una fruta o un pedazo de queso, porque recién a la noche todos se juntaban para comer. Allí encontró a María, como siempre, servicial con todos. De alguna manera, esta mujer le inspiraba mucha confianza y algo más también.

—Pronto nos iremos a Madeira para continuar con la reparación del barco que aquí no podemos hacer.

—Se puede quedar tranquilo, su merced estará en buenas manos.

—Muchas gracias, sabía que podía contar con usted. Sin embargo, debo decirle que el capitán Almeida está casado ahora…

—Ese casamiento no debió ocurrir. Yo se lo había dicho a Elizabeth: primero huye y cásate con este capitán antes de que viaje a Cabo Verde —recordó con tristeza.

—Lamentablemente, no podemos llorar por la leche derramada. Lo hecho, hecho está.

—Tiene usted razón, ahora ¿qué es lo que me quiere decir?

—Que aunque simpatizo con la causa de la señorita Elizabeth, será mejor que Pedro no se eche encima más enemigos de los que

ya tiene. Es decir, su esposa despechada, si este la abandonara para irse con Elizabeth.

—Entiendo ahora… —murmuró un poco enojada por la lección de moral que le estaba impartiendo él—, no se preocupe. Si tengo que hacer entrar en razón a Elizabeth, lo haré.

—Muchas gracias, ahora si usted me disculpa, mañana partimos y tengo muchas cosas que finiquitar.

—Todo suyo.

Al día siguiente, Elizabeth se levantó bien temprano para despedir a todos los tripulantes del Paridera. Y fijó la vista en el mar hasta que el barco se perdió en el horizonte.

—Dime en qué estás pensando —le preguntó María, quien se acercó sabiendo que Elizabeth hacía rato estaba parada en la arena.

—En que me siento desprotegida sin la tripulación de Pedro. ¿Te imaginas qué sería de nosotros si mañana apareciera otro barco pirata? ¿Cómo cargaríamos a Pedro hasta el refugio?

—Entiendo tu aprensión, pero sería demasiada casualidad si justo mañana una visita inesperada llegara a la isla…

—Por el bien de todos, espero que tu sentido positivo sea verdad.

—Tengo fe, eso es todo.

—Qué bueno, porque yo casi la había perdido y la que me queda es muy pequeña, casi invisible.

—El Señor nos pide que tengamos fe del tamaño de una semilla de un grano de mostaza, que, como tú bien sabes, es la más pequeña de todas las semillas.

—Está bien, me has contagiado la fe: a partir de este día, mi destino mejorará más y más.

—Me encanta escuchar eso de ti y ver tu hermosa sonrisa.

—Elizabeth, Elizabeth —gritaron los niños—, ven a caminar con nosotros.

Elizabeth accedió, pensando que también sería una excelente excusa para pasar a visitar a Pedro en compañía de los muchachos y así evitar cualquier comentario malintencionado.

Mientras iban de camino, Thomas le preguntó:

—Ahora que has vuelto, Elizabeth, imagino que no te irás a ningún lado, ¿verdad?

Elizabeth permaneció en silencio, sin saber exactamente la respuesta. No tenía casa propia, no tenía país o lugar de pertenencia al que volver, solo contaba con Pedro y María. Y el amor

incondicional de esos dos niños, Thomas y James.

—Si tu padre lo permite, me quedaré. Pero si no es posible, tendré que dejar la casa… —dijo con tristeza.

—De ninguna manera —intervino, esta vez, James—. Esta es nuestra casa también y yo quiero que te quedes. Además, hace mucho tiempo que mi padre no nos visita, no veo por qué tenga que hacerlo ahora que tú estás aquí.

—Pues, entonces, que no se diga más —anunció Elizabeth para cambiar de tema—: aquí me quedo.

—¡Hurra, hurra! —gritaron los niños, llenos de alegría.

15 Circunvalación

Altamar, en el año de nuestro Señor Jesucristo 1802, febrero 18

Excelentísimo señor gobernador de Porto Santo:

He dado instrucciones precisas para que mis hijos Thomas y James England abandonen la isla de Porto Santo, bajo mi entera responsabilidad, y se dispongan a partir hacia Londres en el primer navío comercial, que llegará en alrededor de tres meses. Confío en que usted me asegurará de forma epistolar la buena partida de mis hijos a Inglaterra. Le agradezco por adelantado cualquier contratiempo que usted pudiera acarrear con este asunto. Sabré recompensarle cuando llegue el momento.

Reciba mis más cordiales y sinceros respetos para usted y para su distinguida esposa.

Capitán John England.

El gobernador le entregó la carta al capitán Almeida y, poniéndose de pie, abandonó su despacho para darle la oportunidad de que pudiera leerla con tranquilidad y sin testigos.

Al poco rato, volvió a su escritorio y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Ahora que te encuentras mejor, ¿qué piensas hacer, Pedro?

—En primer lugar, compadezco a esos muchachos por tener el padre que tienen.

—Sí, yo también; pero eso no es lo que nos preocupa… ¿Qué vas a hacer con el capitán England? Sabes muy bien que, para nosotros, los ingleses son meros intermediarios para obtener el vino de Madeira y el oporto: podemos prescindir de estos socios y buscar a otros que transporten nuestras mercaderías. Además, por suerte, conozco a otros compatriotas suyos, cuyo honor es intachable, con esos tal vez deberíamos hacer negocios y dejar a un lado a este mequetrefe.

—Ese mequetrefe parece que se ha echado muy buenos amigos en Madeira, así que no nos conviene un ataque frontal. Lo haremos de la manera que a él mejor le sale:

—La sacaremos por la espalda y por sorpresa.

—¿Te vas a poner a la misma altura que ese rufián?

—Para nada: le voy a pagar con su misma moneda. Me ha

mentido descaradamente y así mismo haré yo: le diré una verdad a medias. Mientras tanto, buscaremos socios de buena moral y conducta y haremos de esta isla algo memorable.

—De eso me encargo yo —interrumpió el gobernador.

—Por supuesto —hizo una pausa para continuar—, te pido que me hagas un último favor: necesito que le compres su casa, pues si no tiene interés en volver a Porto Santo, entonces, no le veo el sentido a que mantenga algo que no va a cuidar. —Y agregó—: Nos conviene.

—Estás en lo cierto, como casi siempre —bromeó—. No quiero más problemas con gente de mala reputación aquí. Esa casa la compraré como tu testaferro, dalo por hecho.

—Y cuando la compres —hizo una pausa para decir lo que en verdad le importaba—, quiero que lo hagas a nombre de Elizabeth Chamberlain.

—Por supuesto, le debes tu vida… Yo también habría hecho lo mismo con mi salvador —concluyó el gobernador, sin saber que había sido exactamente lo contrario.

Pero Pedro prefirió no acotar nada más.

—Debo volver pronto al continente para ver a mi mujer y a mi hijo.

—Te extrañaremos. No todos los días tenemos de visita al hijo del marqués de Pombal.

—Espero volver muy pronto.

El capitán Almeida debía despedirse de Elizabeth; sin embargo, deseaba dilatar la despedida, porque no quería irse de Porto Santo, no por la isla, que era hermosa en sí, sino porque allí estaba ella.

Pedro entró anunciando su presencia con un saludo, fingiendo no sentir tristeza, como distraído, al comedor de la casa y dijo, sin ningún tipo de preámbulos a las damas que se encontraban a punto de comer:

—Voy a dejar una bandera, para que la icen en el mástil del refugio en el caso de que tengan alguna invasión. Pero antes ambas deben prometer —dijo mirando a María, que se encontraba allí también— que correrán a esconderse cueste lo que cueste.

—¿Y cómo se supone que haremos para izar la bandera y correr a escondernos al mismo tiempo?

—Eso lo hará el vigía, no se deben preocupar.

—¿La isla tendrá un vigía entonces?

—La isla tiene vigía y, además, mi promesa de que la protegeré, si hace falta, con mi vida.

María se emocionó al escuchar las palabras del capitán Almeida

y tuvo que levantarse para que nadie la viera secarse sus lágrimas. Fuera, más calmada, caminando en la playa dorada, respirando el aire puro, dijo:

—Me estoy volviendo una vieja sensible.

Ya solos, Pedro trató de decirle a Elizabeth el discurso que había estado meditando y practicando:

—Mi amada Elizabeth, tengo que partir, aunque mi corazón se quedará aquí contigo en Porto Santo.

—Lo sé, lo sé —replicó ella con voz tranquila y pausada, tratando de no romper en llanto.

—Sabes que volveré por ti, ¿verdad?

—Lo que sé, mi queridísimo Pedro, es que tienes una familia —dijo con tono triste— y a ellos debes volver.

—Mi mundo ha cambiado sabiendo la verdad y que te encuentras con vida.

—Pedro… —comenzó a hablar Elizabeth, tratando de hacerlo entrar en razón—, he hecho muchas cosas en mi corta vida, cosas de las cuales jamás me imaginé que sería capaz.

En ese momento, Pedro corrió a su lado para impedir que siguiera hablando: la amaba demasiado como para permitir que se rebajara contando cosas ocurridas durante su cautiverio.

Elizabeth movió su cara, porque quería seguir hablando, y Pedro la besó de forma apasionada. De esta manera, el impedimento sería más efectivo. Ella se quebró, pues lo amaba profundamente, sus años de cautiverio no habían podido borrar ese sentimiento, todo lo contrario, había idealizado ese amor y ahora por fin lo tenía entre sus brazos, pero su capitán le pertenecía otra mujer. Cuando, por fin, sus bocas se separaron unos centímetros, Pedro pudo ver que Elizabeth había llorado, así que, instintivamente, le besó ambos ojos para que no llorara. Momentos más tarde, Elizabeth por fin tomó coraje para hablar nuevamente:

—No puedo ni debo separar a tu hijo y a la madre de tu hijo, tu esposa, de ti.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Me doy cuenta de que sería muy feliz si tu hijo se pareciera ti en todos los sentidos, deberías dejar tu legado a alguien, no solo dinero y título.

—¿Y cómo sabes que tengo título?

—Sé que te casaste con alguien de la aristocracia portuguesa, y eso está muy bien…

—¿Cómo puedes decirme eso sabiendo que he cometido el peor error de mi vida?

—No has cometido un error, pensabas que estaba muerta y, de hecho, lo estaba en vida… hasta que llegaste tú y me rescataste.

—¿Te das cuenta de que esta es una de las pocas veces que hemos podido hablar solos y con el corazón en la mano?

—Sí, lo sé. Por eso mismo te estoy diciendo que no dejes a tu hijo como estás pensando… Porque las mujeres sabemos que los amores van y vienen, sin embargo, un hijo, puedo imaginar, es lo más preciado que puedes tener, es tu vida, tu heredero.

Pedro lloraba porque sabía que tenía razón; sin embargo, su vida había transcurrido entre sombras, porque no estaba junto a Elizabeth. Pero ¿cómo explicar lo que sentía? ¿Cómo describir el sacrilegio que se le cruzaba por su mente sin ningún tipo de remordimiento?

—Amo a mi hijo, pero mi vida sin tu amor tampoco tiene sentido…

—Si no lo haces por ti, por tu familia, entonces hazlo por mí. Te lo ruego, no podría vivir sabiendo que todos me señalan como la amante del capitán Almeida. Esta isla es un lugar paradisíaco, pero muy pequeño y no soportaría tener que partir. Además, ¿a dónde iría? ¿Dónde me escondería? Estoy harta de estar presa, quiero vivir mi vida sin que nadie me señale.

Pedro aún no quería dar el brazo a torcer, lucharía contra el destino para que pudieran estar juntos al final. Así que decidió cambiar el tema por algo que ya había pensado desde hacía tiempo.

—Elizabeth, tengo que partir. Sin embargo, no puedo dejarte a tu suerte. Si cayeras presa, no me lo perdonaría otra vez. Así que dejaré a alguien para que te cuide y vele por tu vida.

—¿Estás diciendo que ahora tengo un guardián? —preguntó entre risas, incrédula.

—Sí, porque es la única manera de que parta tranquilo.

—La verdad es que más bien querría aprender esgrima o perfeccionar mi técnica —dijo entre risas— para defenderme por mi cuenta… No soportaría estar indefensa otra vez.

—Si es lo que deseas, eso también puede arreglarse —contestó con orgullo. Se había enamorado de alguien que no cesaba de sorprenderlo.

—María, María —se escuchaban voces de niños llamándola mientras irrumpían hacia ellos.

—María está fuera —informó—, vengan que los acompañaré también —dijo aprovechando la interrupción para terminar con una discusión que no llegaría a buen puerto.

Elizabeth pasó por el costado de Pedro y este aprovechó para

tomarle el brazo y decirle al oído suavemente:

—Esta conversación aún no ha terminado y la continuaremos cuando vuelva por ti.

Elizabeth continuó su camino feliz, riendo para sí: lo amaba con toda su alma.

Cuando encontraron a María, esta le dijo:

—Sabes que vas a tener que decidirte, ¿no es así?

—Sí, lo sé, pero no puedo ser feliz saliendo que hay alguien más que sufre por mi culpa…

—La señora Almeida sabe perfectamente que su esposo no la ama.

—He vivido en carne propia lo que significa enterarte de que alguien pasa de ti y se olvida de todo para ser feliz.

—¿Qué quieres decir?

—Que Mary-Jane vivió todo ese tiempo de mi cautiverio rodeada de lujos, mientras yo me pudría en una prisión con treinta mujeres más.

María se quedó de una sola pieza. Y enseguida reaccionó:

—No compares, muchacha, la señora Almeida tiene más dinero de lo que podamos imaginar y puede comprar cualquier tipo de compañía —sentenció—. Además, puedo calcular que no vive en una prisión como tú lo has hecho.

—No importa lo que tú me digas: sé que la prisión ha abierto mis ojos para la compasión que antes no tenía porque no sabía, no conocía las miserias de este mundo y a quienes la padecen.

—Entonces, muchacha, deberías ser la esposa de un pastor y no de un capitán.

—Bueno, tal vez, esa sea la solución para que Pedro no caiga en la tentación de dejar a su familia.

—¿Pedro sabe lo que te ha hecho la esposa del capitán?

—Sí, he creído conveniente que lo supiera.

—Has hecho muy bien. Tienen mucho que pagar esos dos.

Las mujeres volvieron a la casa y pusieron un puesto más en la mesa para que Pedro pudiera compartir el último almuerzo antes de partir.

Súbitamente, él les comunicó la mala noticia que tenía entre manos:

—Los muchachos tendrán que partir a Londres en un barco que vendrá en aproximadamente tres meses.

Al oír la mala nueva, los jóvenes soltaron los cubiertos y Thomas dijo:

—Nosotros no queremos irnos de aquí para vivir con un extraño

que se hace llamar nuestro padre.

James agregó:

—Además, María es la única madre que nos queda.

—Eso podría arreglarse fácilmente —sentenció Pedro—, empero, su padre no se unirá con ustedes en Londres. Seguramente, vivirán en un internado hasta que cumplan la mayoría de edad.

Los muchachos estaban pálidos por la mala noticia, seguida de una peor y porque, a pesar de la queja, ellos esperaban, en el fondo, que su padre alguna vez demostrara un poco de cariño por ellos.

—Entonces, si nadie nos espera en Londres, de ninguna manera nos iremos.

Elizabeth miraba fijamente a Pedro, rogando por una solución para los muchachos, sentía conmiseración y entendía como nadie sus sentimientos: los tres habían terminado siendo parias.

Los jóvenes se levantaron de la mesa y abandonaron la casa a modo de protesta, corriendo en dirección a la playa.

Cuando los tres adultos se quedaron solos, Elizabeth se atrevió a preguntar lo que María no se animaba, pues ya había pedido el favor al capitán Almeida de cuidar a João.

—¿Hay alguna manera de que los muchachos se queden en la isla? ¿O, al menos, de retrasar la partida?

—Como bien saben, el capitán England es su padre y puede disponer de sus hijos como lo crea conveniente.

En ese momento, María finalmente habló:

—Se puede retrasar, el gobernador de Porto Santo puede inventar cualquier excusa…

—No podemos involucrar en esto al gobernador —opinó el capitán, sabiendo que este ya estaba involucrado.

—Creo que tienes razón —dijo con tristeza Elizabeth—, entonces, no tenemos más remedio que dejar ir a los muchachos.

—Aunque nadie dijo que tienen prohibido recibir correspondencia o, si se animan, visitas… —acotó él con ansias de consolar a las damas.

16 El toro se toma por las astas

El viento helado del océano golpeaba la cara del capitán Almeida. En otro momento, hubiera tiritado por el frío de la madrugada, sin embargo, al ver la costa de la isla de Madeira, se llenó de ira y sus mejillas ardían, pues sabía que su enemigo se encontraba allí. El momento de la verdad había llegado.

Lo primero que Pedro hizo fue comprar una casa, una quinta, como le dicen los madeirenses, y dar órdenes para comenzar su remodelación. Esperaba vivir allí algún día con Elizabeth. Lo segundo fue contactar al gobernador para tratar de descifrar quién era quién en Madeira, pues, luego de tanto tiempo, sabía, por experiencia, que los actores siempre cambiaban.

Enseguida recibió invitaciones de las personalidades más importantes de la isla para toda clase de tertulias, las cuales, haciendo una excepción y siguiendo con su plan, aceptó con asistencia perfecta. Era el primero que llegaba y el último que se retiraba. Siempre se rodeaba de la compañía ideal para estar al tanto de todas las novedades y chismes y trataba de sonsacar de mentira verdad a cada uno de los asistentes la información que él requería. Hasta ahora, no se había encontrado con el capitán England porque este estaba de viaje; sin embargo, sabía que su encuentro se haría realidad tarde o temprano.

—Capitán Almeida, me alegra verlo gozando de buena salud.

El escuchar su voz a sus espaldas hizo que Pedro rechinara sus dientes para calmar su nerviosismo. Sin embargo, al darse vuelta, la cara de Pedro estaba dibujada con una sonrisa amable.

—No hay pirata que pueda conmigo todavía.

—Me alegra oír eso —dijo sincero—, ¿qué ha sucedido con su tripulación?

—He tenido varios heridos, pero los hemos atendido a todos en Porto Santo.

—Un alivio… —agregó—. Y dígame: ¿qué fue del barco pirata y su tripulación?

—Todos yacen en el fondo del mar.

—¡Gracias al cielo! Muchas gracias por servir a la causa de destruir a los rufianes del mar.

—Oh, no he terminado todavía —interrumpió risueño—, de hecho, me falta acabar con un rufián del mar, como usted los llama.

—Tengo mucha curiosidad… ¿Cuál es su nombre?

—Su nombre es João para los portugueses. Y para los ingleses, sería John…

—¿Y su apellido?

—El apellido no es importante, después de todo, es rufián…

—Tiene razón, tiene razón… Gracias a la Providencia, contamos con usted y su poderoso barco, con sus potentes cañones.

—De eso no tengo duda, ahora si me disculpa… —rogó Pedro—. Estaba a punto de vomitar, pues no soportaba la presencia de su colega.

Alonso estaba en la fiesta y, al ver que Pedro conversaba con John, se quedó detrás de una columna, esperando el momento justo para interrumpir y llevárselo antes de que pudiera cometer una indiscreción. Sin embargo, no hizo falta, pues este pasó por su lado sin verlo y Alonso tuvo que tomarlo del brazo para detener su paso.

—Mejor vamos al jardín —le ordenó sin ningún preámbulo a su piloto.

Una vez que se quedaron solos, Pedro le dijo:

—Estuve a punto de tomarlo por la solapa y golpearlo en la cara tantas veces como mis nudillos me lo hubieran permitido.

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo… —le sugirió—, la venganza es un plato que se come frío.

—¡Caballeros, caballeros, pero si aquí están! —saludó el gobernador en persona buscando a Pedro.

—¿Para qué soy bueno, señor gobernador? —inquirió Pedro.

—Temía que se fueran de aquí sin haber hablado con ustedes, por eso he venido en persona. No todos los días tenemos a un héroe que ha reivindicado tanta sangre derramada, por todos esos corsarios que atacan nuestro archipiélago.

—Qué bueno es escuchar que está tan agradecido…

—Por supuesto, ¿cómo no estarlo?

—Le tomo la palabra, para pedirle audiencia.

—Todas las audiencias que el capitán Almeida quiera. —Y, mirando al piloto, dijo—: O cualquiera de su tripulación.

—Muy bien, entonces, ¿qué le parece una audiencia mañana mismo?

El gobernador se extrañó un poco por lo súbito del pedido, pero como estaba de buen humor, dijo:

—No solamente la audiencia, sino que lo invito a usted a que me acompañe en un almuerzo.

—Será un verdadero placer.

—Espero que no nos prive de su presencia tan temprano y abandone la fiesta.

—Me quedaré unos momentos más para complacer a Su Excelencia —dijo en tono zalamero, mientras guardaba el as que tenía en su manga.

—Es usted todo un caballero.

Al día siguiente, Pedro concurrió con la esperanza de poder hablar luego del almuerzo con el gobernador a solas, porque él había invitado a varios ilustres para agasajarlo. Una vez que todos los invitados partieron, Pedro se dirigió a la biblioteca del gobernador con la esperanza de, por fin, poder cruzar palabra a solas; sin embargo, se llevó una sorpresa al encontrar al capitán England junto con el gobernador en su despacho.

—¡Ah! ¡Capitán Almeida! —exclamó contento—, fíjese qué casualidad que el capitán England también me ha visitado hoy.

Allí estaba John, esperando como cuervo los despojos.

—No creo en las casualidades —contestó en forma seca y tajante—, más bien creo que el capitán paga muy bien por información y tiene oídos en todas las fiestas.

—Por favor, no se ofenda, pensé que se alegraría de estar con su colega.

—Hágame el favor de no pensar por mí… —pidió con una sonrisa falsa—. El capitán sabe entender.

El gobernador no sabía qué hacer ante el disgusto del capitán Almeida. Enseguida, se dio cuenta de que el capitán England lo había tratado como una marioneta. Entonces, dijo:

—Estimado capitán England, le ruego que pida otra audiencia en otro momento, pues nuestro valeroso capitán Almeida me ha solicitado una con anticipación y debo honrar mis promesas, así que si me permite… —se despidió tocando su campanilla. La puerta se abrió y el gobernador levantó su mano para que uno de los sirvientes le indicara la salida.

—Espero que no se ofenda, capitán —se disculpó John England.

Una vez que estuvieron solos, Pedro fue quien inició la conversación:

—Qué bueno que es haberme encontrado con el verdadero gobernador de la isla de Madeira, el capitán England, un extranjero.

El gobernador se puso rojo de la rabia y, de pie, le espetó:

—El hecho de que esté agradecido por lo que ha hecho en Porto

Santo no le da derecho a faltarme el respeto a mí, que soy el gobernador y quien ostenta poder para echar a cualquiera de la isla.

—Visto y considerando que los ataques corsarios no cesarán —interrumpió Almeida—, hace usted muy mal en amenazar a un compatriota, al único que es capaz de hundir cualquier amenaza en el fondo del océano. No me tome por imbécil, usted verá dónde residen sus intereses.

—Todavía no entiendo a qué ha venido, capitán Almeida, ¿a insultarme?

—He venido a hablar con el gobernador de Madeira, pero, como le he dicho anteriormente, veo que el puesto lo ostentan dos personas y una es extranjera. Siendo así, no tengo nada más que hablar. Maneje usted los líos de la isla y a sus piratas como mejor pueda… —dijo despidiéndose.

—Es usted un digno hijo del marqués de Pombal —espetó el gobernador sin poder contener lo que pretendía ser un insulto.

El capitán hizo una pausa y respiró. «Así que las lealtades han cambiado», pensó.

El gobernador observó su reacción y temió lo peor, pues batirse a duelo por el honor del marqués de Pombal no era algo muy inteligente, sobre todo porque su padre ya estaba muerto y enterrado y de los muertos jamás se hablan pestes. Y menos a un eximio espadachín como era el capitán Almeida.

Pedro estaba con la mano en la manija de la puerta entreabierta… Al escuchar la frase, volvió a cerrarla, para decir:

—No sé qué quiere decir y realmente no me interesa. Mi padre ha sido el patriota que ha llevado a Portugal a lo más alto. Siga su ejemplo y hará de esta isla un lugar donde todos quieran venir a vivir.

El gobernador respiró aliviado al escuchar el golpeteo de la puerta con su marco. El capitán Almeida había pasado por alto el insulto. Eso significaba, por ahora, algo bueno…

Ya en la calle, Pedro se encontró con su piloto Alonso y lo primero que este le preguntó fue:

—¿Buenas noticias? Me parece que la comida no fue tal… Además, vi salir al capitán England, ¿se puede saber qué hacía aquí?

—Yo me pregunto lo mismo, aunque ya tengo las respuestas… O el capitán se ha hecho de mucho poder o lo tiene entre la espada y la pared al gobernador por un secreto, y me puedo imaginar muchas cosas, pero mejor nos vamos a otro lugar donde podamos hablar y tomar algo.

Los años habían pasado desde su última vez en la isla. A Pedro le traía demasiados recuerdos amargos, por eso había evitado venir y prefería que cualquier negocio lo llevara otra persona en su nombre.

«Así que los actores siguen siendo los mismos, pero las lealtades han cambiado», pensó. Entonces, todo su plan también debería cambiar.

—Sé lo que estás pensando, Pedro, y creo que no te conviene. Tienes mucho que perder… —le advirtió Alonso.

—Si tanto me conoces, entonces supondrás que, dadas las circunstancias, todo lo que tenía en mente no lo podré llevar a cabo.

—Espera a ver qué sucede en estos días. Tal vez alguien de aquí cambie de parecer…

—Si medimos fuerzas, sabes que saldré ganando, sobre todo por la fortuna de mi esposa Mafalda… Pero eso no me conforma. Quiero redimir el buen nombre de Elizabeth.

—Estás pensando con el corazón, no con la cabeza.

—Ya la he dejado sola a merced de esos piratas. No la decepcionaré esta vez.

—Ya has arriesgado tu vida por rescatarla apenas supiste que estaba viva y, que yo recuerde, la muchacha no te ha pedido nada más.

—¿Y qué más va a pedir? Está sola en este mundo.

Alonso ya no sabía cómo convencer a Pedro de que se calmase. Cuando alguien estaba enamorado como él lo estaba de Elizabeth, era difícil contener a la fiera que moraba dentro de él. «Lo mejor será estar atento a cualquier enemigo que apareciera en forma imprevista», se dijo, ya que Pedro solo tenía ojos para el capitán England.

17 Alonso

Me doy cuenta de que usted tiene algunos asuntos pendientes con el capitán England, pero aquí nosotros estamos muy contentos con sus servicios, así que le recomiendo, capitán Almeida, que dirima sus diferencias lo más rápido posible y, si usted quiere competir con los servicios de los ingleses en la isla, no hay problema. Hasta estaría mejor: así aumentamos la fortuna y damos trabajo a compatriotas. Sin embargo —el hombre hizo una pausa—, le daré un consejo de hombre mayor y con más experiencia: no desate un huracán por una muchacha. Después de todo, usted se encuentra casado con Mafalda, a la cual todos apreciamos…

Pedro tuvo que hacer de tripas corazón y tragarse su orgullo:

—El capitán England ha golpeado sin piedad a mi ahijado, cuando este le recriminó su moral en las negociaciones. Eso y el dejar a una muchacha a merced de unos mercenarios no es solo falta de ética en la vida. —Agregó—: Me ha mentido vilmente y yo no le confiaría ni un cadete de mi tripulación…

—Caramba —dijo el aristócrata, de apellido Ainsworth—, eso no lo sabía. Siendo así la historia completa, tengo que pensar. Ya lo buscaré, entonces, para darle una respuesta.

—Muchas gracias por su reconsideración —agregó Pedro mientras se retiraba.

Alonso lo encontró por la noche en una fonda y le dijo:

—Tengo noticias… Pero mejor me cuentas cómo te fue con el aristócrata.

—Divide ut regnes…[18] —dijo mientras se llevaba el vaso a la boca.

—Me alegro.

—Cuéntame ahora qué tienes.

Alonso miró a sus costados y, por fin, soltó el secreto:

—Parece que el sultán o el príncipe con el que la esposita del capitán England se lio desde que se quedó en Algeres estuvo enviando cartas y embajadores a Madeira para que entreguen a sus dos hijos.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo y riendo a medias.

—Sí, pero el gobernador se ha mantenido neutral en este entuerto… hasta ahora.

—¿Por qué lo dices?

—Porque el capitán England está resuelto a enviar a sus hijos de vuelta a Inglaterra. Allí será casi imposible que los secuestren.

—¿Te das cuenta de que el archipiélago entero, no solo Porto Santo, podría estar en peligro?

—Me doy cuenta de que si el principito o quien sea con quien está compartiendo su lecho está tan liado como tú, podría ser un desastre… Así que mejor dejemos las cosas como están. Tal vez, si tú volvieras a Portugal e informaras de este entuerto de comadres a la Corona, entonces podrían enviar algunas naves para proteger el archipiélago de un ataque seguro.

Pedro lo miró y dijo:

—¿Cómo podría el bastardo del marqués de Pombal acercarse a Su Majestad María?

—Pues no me estaba refiriendo a ti, hombre, sino a tu mujer, Mafalda.

—No voy a exponerla a semejante intriga… Que ella se ocupe de cuidar a mi hijo —contestó enojado por lo descabellado de la idea.

—Bueno, era solo una posibilidad… Sabes, entonces, que podrías hablar con el enemigo de tu enemigo y negociar.

—¡Y entregar a unos muchachos a los moros!

—No sé si tanto, pero debes analizar todas tus cartas para ganar la partida.

—No caeré tan bajo… —contestó perplejo—. Me asombra que me creas capaz de semejante canallada.

—Es la madre, sin embargo, quien está reclamando a sus hijos y, después de todo, si está tan a gusto como se ve con los moros, que allí se quede.

—Puedo imaginar que Mary-Jane estaría mejor en cualquier lado y con cualquier extraño, menos con su marido… Sin embargo, no sé si sus hijos estarían contentos viviendo en un lugar tan disímil como Alger.

—Pues, a ver si piensas, querido iluminado, algo mejor que yo… —dijo ya cansado de que sus ideas sean todas rechazadas.

—Tú no te preocupes, que algo se me ocurrirá en tiempo y forma.

Al salir de la fonda, ya estaba oscureciendo; sin embargo, la noche todavía no había caído como para no poder reconocer las caras de sus enemigos.

—Capitán Almeida —llamó una voz con acento extranjero desde las sombras.

Pedro cerró sus ojos y apretó sus puños. Dio media vuelta para

ver la cara de su enemigo.

—Capitán England —repitió el título con cortesía forzada.

—Me acaban de informar que usted está esparciendo mala fama sobre mi persona. No tenía conocimiento de que ese sirviente mío, ¿cómo se llamaba…?, bueno, tampoco importa, fuera su ahijado. No me hubiera ensañado con él de haberlo sabido o, tal vez, un poco menos… Tampoco hubiera devuelto a Londres a la señorita Chamberlain si usted me hubiera informado de que era su… —hizo una pausa—, su querida.

Alonso no llegó a reaccionar, solo fue testigo de cómo Pedro Almeida sacaba su guante para abofetear ambas mejillas de John England.

—Es usted un insolente y un perjuro, faltando el respeto a la moral de personas que no se pueden defender.

—¿Han visto, caballeros? Parece que nos batiremos a duelo por el honor de una dama…, su dama —dijo a los que lo acompañaban.

—Elige el lugar —ordenó Pedro.

—Los arrecifes de la Cãmara de Lobos me parecen un lugar excelente para que usted se despida de este mundo —contestó su contrincante con insolencia—. Ahora seré un caballero y le daré la oportunidad de elegir el instrumento con el que habré de darle muerte.

—¡Pistolas! —exclamó—. Y eso de que voy a morir…, lo veremos. En todo caso, usted vendrá conmigo.

—Hasta el amanecer entonces —se despidió batiendo su mano con sarcasmo.

Pedro se dio vuelta para darle su merecido; sin embargo, los caballeros acompañantes de ambos bandos pudieron separarlos a tiempo para que no se batieran a duelo antes de tiempo.

Una vez que estuvieron solos, Alonso se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—¿Te das cuenta de que te ha llevado al terreno donde él ha querido?

—Me doy cuenta de que tiene más lisonjeros que la reina… y me pregunto por qué.

—Pues tal vez no llegues nunca a saberlo… ¡Pedro, Pedro! ¡Eres tan inteligente y ahora estás metido en un gran lío!

Alonso comenzó a pensar por qué el capitán John England se sentía demasiado tranquilo y seguro para ser uno de los protagonistas de un duelo. «Aquí hay gato encerrado», se dijo mientras trataba de alcanzar el paso apurado de Pedro.

Sin embargo, desistió de comentar sus sospechas con Pedro,

porque solo le quedaban unas horas hasta que el duelo tuviera lugar.

—No sé qué hacer para matar el tiempo hasta que llegue la madrugada —confesó nervioso mientras entraban en una fonda.

—Por el momento, mejor no bebas y descansa.

—¿Descansar? ¿Quién podría en mi lugar?

—Tienes razón… —replicó pensando mejor la respuesta—. ¿Por qué no vamos a comprar algo? Un regalo a Elizabeth… ¡Eso te distraerá un poco! —exclamó contento por la idea.

—Creo que es la mejor idea que has tenido en el día.

—La mejor hubiera sido no haber venido o, tal vez, escapar de la isla ahora que todavía estás a tiempo.

—De eso ni hablar… Vamos a comprar y luego me voy a echar un rato.

—Muy bien, vamos —insistió Alonso. «Tendría que ser él mismo quien se ocupe de comprobar lealtades al fin», se dijo. No dejaría que Pedro muriese en ese duelo, así tuviera que hacer trampa o parar el embrollo.

De repente, se le ocurrió enviar un mensaje a una dama muy especial, alguien con quien la madre de Pedro había mantenido excelente relación.

Estimada *senhora* Georgiana:

Espero que esta misiva la encuentre gozando de buena salud y no la importune demasiado.

El motivo es, como siempre que nuestros caminos se cruzan, el capitán Almeida.

Este se encuentra en estos momentos en la isla, por algunos asuntos que dirimir con el capitán England, que con tristeza debo confesar, no han llegado a buen puerto.

Tal vez usted tenga a bien informarnos de cualquier novedad que alguien de su alcurnia maneja, ya que Pedro ha debido contactar a usted y no a su apreciado tío para poder informarse con seguridad de lo que ocurre en la isla. Debido a lo intempestivo de su llegada y por cómo le urge solucionar algunos temas, la contactará al finalizar su asunto.

La saluda con respeto y admiración.

Alonso Gomes.

Georgiana se encontraba tomando su té cuando recibió la carta y la leyó en un santiamén.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó preocupada, poniéndose de pie.

—Recién, *senhora* —contestó su criada—, el mensajero está

esperando respuesta para llevar.

—Que entre entonces y que me espere.

Estimado *senhor* Gomes:

Me alegra saber que tanto usted como Pedro se encuentran bien.

Lamentablemente, no tengo conocimiento alguno de los detalles del entuerto al que usted se refiere. Las mujeres, sabe usted, somos criaturas débiles y yo personalmente no podría cargar con oficiar de mensajera entre ambos capitanes.

Dejemos que el destino se encargue y que Dios, en su bondad, torne el mal en bien.

Avise a Pedro que estoy esperando su visita de forma ansiosa.

Reciba un saludo.

Georgiana Ainsworth.

Georgiana entregó su contestación a su empleada de confianza y ordenó:

—Que alguien lo siga y no lo pierda de vista. Que confirme que ha recibido mi carta.

A continuación, se puso de pie y volvió a tocar la campanilla. Otra empleada tocó la puerta para saber lo que su *senhora* necesitaba.

—¿Mi tío ha recibido visitas hoy?

—Sí, la del capitán Pedro Almeida —confirmó tímidamente la muchacha.

—¿Y cómo es que nadie me avisó?

—Porque no se quedó mucho tiempo y, además, su tío no dio instrucciones.

Georgiana estaba muerta de rabia, pero decidió enfocar su furia en detener lo que podría ser una catástrofe.

—Que preparen los rifles —dijo en forma concisa.

—¿El suyo, su preferido? —preguntó la criada con inocencia.

—No, dije los rifles: todos los rifles.

La muchacha hizo un gesto de obediencia y abandonó la habitación.

—¿De que lío te tengo que sacar, Pedro? —murmuró con rabia una vez que se encontró sola.

18 ¡No te mueras!

María entró corriendo en la casa buscando a Elizabeth.

—¡El barco! ¡El barco!

—¿Qué barco? —preguntó ella distraída, pues estaba ocupada con sus clases diarias.

—¡El barco de Pedro! ¡El Paridera!

Los muchachos, Thomas y James, estaban estudiando con ella, pero dejaron todo y salieron corriendo en dirección a la playa, sin pedir permiso. No hizo falta, pues, aunque le sacaban ventaja, Elizabeth los imitó. A mitad de carrera se detuvo y María, quien venía corriendo última, la alcanzó para preguntarle:

—¿Por qué te detienes?

—Me siento una pecadora, estoy corriendo a encontrar a un hombre que ya está ligado sentimentalmente a otra mujer… y encima tiene un hijo.

—Lo sé, sin embargo, presiento que tienes que ir a verlo y recibirlo —aconsejó—, aunque más no sea para despedirte de él hoy mismo y para siempre, pero tienes que decirle algo, pues mira —señaló—: vienen dos botes hacia la playa y seguro que en uno de ellos estará el capitán.

—Creo que tienes razón —dijo continuando su marcha ahora más lenta. Aunque su mejillas rojas delataban cuán alocadamente su corazón había comenzado a latir—. Solo debo calmarme… —murmuró mientras dejaba su calzado a un costado para caminar más tranquila, descalza por la arena.

Mientras los botes se acercaban cada vez más, Elizabeth no lograba reconocer a Pedro, pero sí a Alonso. Una vez que los botes chocaron contra la arena, perdió toda compostura y caminó para ahorrar la mitad de camino a Alonso, quien lideraba la marcha. Sus pies se hundían en la arena mojada y el agua de mar y la falda de su vestido ahora estaba mojada más allá del dobladillo, pero no le importó: quería noticias de Pedro.

—Bonjour, señorita Elizabeth… —la saludó Alonso con tono solemne, moviendo su cabeza.

—Don Alonso, no sabe cuánto me alegro de verlo —dijo ella mientras miraba por el rabillo del ojo el Paridera, por si tal vez otro

bote viniera rezagado.

Alonso notó que los muchachos estaban rondando, así que con su cabeza ordenó que algunos marineros los entretuvieran lejos de ellos.

—El gusto también es mío —hizo una pausa para tragar saliva —, aunque desearía que las circunstancias fueran diferentes…

—¿Qué quiere decir?

Alonso no era el tipo de persona al que le gusta andar con rodeos. Sin embargo, en esta ocasión, hubiera querido poseer tales dotes naturales, como los juglares, para embellecer la prosa.

—Esta espada perteneció al capitán Almeida, hijo del marqués de Pombal —comenzó a decir tartamudeando. Era lo único que tenía preparado.

—¿Cómo que… perteneció? —preguntó Elizabeth mientras observaba la brillantez del metal.

—Él hubiera deseado que usted la conservara… Estoy seguro. —Hizo una pausa—. Lamento ser portador de tan malas nuevas: el capitán Almeida, Pedro —comenzó a decir mientras miraba a la arena avergonzado— ha sido asesinado de forma vil.

—¡No puede ser! —exclamó ella mientras caía de cuclillas en la arena. Sin esperar respuestas, continuó—: ¿Cómo ha sucedido? ¿Los han atacado piratas? ¿Cómo es que ustedes están vivos y él no? —preguntó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

María, quien permanecía en silencio arropándola en la arena, hizo señas a Alonso para que fueran él y sus tripulantes hacia la casa, para hablar un poco más cómodos. Sin embargo, en ese momento, Elizabeth, de forma súbita, preguntó:

—¿Fue el capitán England?

Alonso prefirió no contestar lo obvio, por lo que Elizabeth se puso de pie, secó sus lágrimas y dijo:

—¿Ha venido a darme la espada solamente? Porque yo quiero matar a ese maldito… y vengar el nombre de Pedro.

Alonso sonrió por dentro, sus entrañas le habían dicho que venir a Porto Santo era lo correcto.

—La verdad es que el Paridera, en este momento, no tiene capitán y yo lo estoy comandando hasta que encontremos uno.

—Pues quiero unirme a su tripulación. Haré lo que sea para ser aceptada —dijo resoluta, olvidándose de su dolor y sus lágrimas.

—¡Elizabeth! —gritó María para retarla mientras se llevaba su mano a la boca.

Alonso volvió sobre sus pasos y dijo:

—El Paridera y su tripulación la están esperando con los brazos

abiertos, señorita Elizabeth.

—¡Gracias! —contestó mientras volvía a secarse sus lágrimas. Comenzó a caminar hacia el bote y, en ese momento, se dio cuenta de que debía despedirse de María, pero solo de ella—. María, María —dijo mientras la abrazaba—. Si hubiera tenido una hermana mayor, hubiera querido que fuera como tú.

—¡Por favor, no te vayas! —rogó ella sabiendo que sería en vano.

—Debo irme. No puedo permanecer más aquí; todo me recuerda a él. Por favor, no le cuentes a los muchachos el motivo… —pidió mientras los observaba por última vez—. Será mejor que no sepan nada.

—Su barco te recordará aún más al capitán —le advirtió—. ¿Qué harás entre tantos hombres? Ese no es lugar para una señorita como tú.

—¿Como yo? —Rio con sorna—. Te recuerdo que estuve en una cárcel viviendo más de dos años cosas innombrables. Esa gente que está en el barco admira a Pedro. No podría estar en ningún lugar más segura.

María comenzó a llorar, la muchacha era más valiente que todos los hombres a lo que había conocido.

—Cuídate entonces, por favor —pidió por última vez.

—Nada me va pasar porque cuento con tus oraciones —le dijo Elizabeth para consolarla.

—Cuenta con eso todos los días de mi vida.

Elizabeth comenzó a caminar con dificultad con su vestido por el agua y detuvo su paso.

—Alonso —dijo tímidamente—, creo que no puedo subir al barco… No sin que la tripulación se burle de mí. Haré cualquier tipo de trabajo, pero con el vestido chorreando de agua tal vez no sea muy, muy… —Se frenó, pues no encontraba las palabras para describir lo ridículo de la situación.

—Lo suponía —asintió sonriente mientras alguien le alcanzaba una muda de ropa y un par de botas—. Bienvenida al Paridera —dijo Alonso.

—Enseguida vuelvo —contestó loca de alegría, corriendo hacia la casa a cambiarse.

Una vez en su habitación, procedió a vestirse rápidamente. La ropa le sentaba a la perfección «Este ha sido Pedro. Es simplemente…, era un hombre maravilloso». Sus ojos volvieron a verse vidriosos.

Se dirigió hacia el espejo para arreglarse mejor: los pantalones

de cuero, el chaleco y la camisa blanca entallada la hacían otra persona.

«Este recogido es ridículo para estar en un barco. Los marineros no querrán hablarme», se dijo mientras se soltaba el cabello.

Cuando llegó a la playa, ninguno de los testigos la pudo reconocer.

—¡Elizabeth! —exclamó María.

—No me llames así… Elizabeth murió con Pedro —dijo estrechándola en un último abrazo.

—¿Y cómo se supone que debo llamarte?

Elizabeth prefirió no responder y permanecer en silencio un momento más abrazando a María. Hasta que se separaron.

Mientras los marineros de los dos botes remaban, Elizabeth lloraba en silencio y Alonso le dijo suavemente, para que su mente se entretuviera con otra cosa:

—La tripulación está esperando a su capitán.

—Muy bien, Alonso, el capitán que tú elijas estará más que bien, siempre y cuando el vengar a Pedro se encuentre entre sus planes.

—¿Y tú qué piensas? ¿Quién tendría que ser el capitán?

—Tendrías que ser tú.

—Yo nací para ser piloto y así moriré…

Elizabeth hizo una pausa antes de volver a comentar algo, porque estaba triste:

—No conozco a nadie a la altura de tu entereza y valentía.

—¿A nadie? —Rio.

—A nadie —contestó sorprendida—, no hay mucho capitán honorable por aquí últimamente.

Elizabeth se concentró en los últimos minutos antes de que los botes se acercaran a la escalerilla de sogas y trató de que nadie la ayudara a subir al barco. Si la tripulación la iba a aceptar como uno más, tendría que ser independiente de cualquier mano varonil. Así, rechazó las manos que la ayudaban a subir:

—Gracias, pero puedo sola.

Apenas Elizabeth pisó la cubierta, dos marineros se cruzaron y se detuvieron un momento para mover su cabeza en señal de saludo.

—Dejen lo que están haciendo y vengan a saludar y a presentarse como Dios manda —ordenó Alonso.

Una vez que estuvieron todos reunidos frente a Elizabeth, Alonso le susurró:

—Saluda a tu tripulación, capitana.

Elizabeth lo miró con horror y le dijo:

—Je ne suis pas sûr d'être digne de cette position.[19]

—Tu est plus que préparé… En fait, je pense que tu est né pour cela et le destin te le montre aujourd'hui.[20]

Elizabeth hizo caso a lo que Alonso le dijo y, luego de un momento y de tragar un poco de saliva, pues su boca estaba un poco seca por los nervios, pronunció:

—Como bien saben todos, no tengo la preparación necesaria para esta tarea, pero lo que sí tengo es una devoción ciega para Pedro Almeida, su capitán. Por ello es que juro que no descansaremos hasta haber devuelto la honra y el buen nombre a su familia. Que todos los que le han deseado el mal sean borrados de la faz de la tierra y que sus cuerpos sean despedazados por las bestias del mar. ¡Que su muerte no haya sido en vano! —gritó.

La tripulación, una vez que escuchó su discurso, dio vivas de apoyo a Elizabeth y, sin pasar un minuto, Alonso gritó con sorna:

—¡Señoritas, señoritas, no se queden más tiempo en cubierta! ¡Vuelvan a sus quehaceres!

Una vez que Elizabeth se quedó frente a frente con Alonso, le dijo:

—Me debes una explicación de cómo fue que dejé a Pedro sano y salvo hace solo unos meses y ahora me traes esta horrenda noticia.

—Vamos hasta la sala de reunión.

Una vez allí, Alonso le sirvió algo fuerte, una ginjinha. Apenas Elizabeth probó el licor, lo tomó de un solo sorbo.

—La cosa se nos fue de las manos, no sabíamos quiénes estaban del lado del capitán England y quiénes eran nuestros aliados.

—¿Y qué más ha sucedido? —preguntó de mala manera—. Porque un duelo no sucede así, de buenas a primeras, no con Pedro y menos con el cobarde de England.

—¿Quieres mi total sinceridad?

—Por favor, no espero menos de ti, Alonso.

—Pedro estaba herido en su orgullo y con razón… Quería despellejar vivo al inglés. Y no pensó como debe pensar un capitán, pensó como un enamorado.

—Eso lo comprendo porque yo siento lo mismo, pero aun así, ¿cómo es que el capitán England no sufrió ni siquiera un rasguño?

—Ese capitán es más astuto que una zorra y llegó con una tropa al duelo, que se escondió cobardemente para asegurarse de acabar con Pedro mucho antes de que pudiera disparar.

—¿Pero cómo es que tú no has sufrido ni siquiera un rasguño?

—Georgiana llegó con un grupo de mozos y los mató a todos.

—¡Georgiana! —gritó de alegría—. ¿Cómo se enteró?

—Por mí, que le pedí auxilio.

—¡Cómo me gustaría tener la oportunidad de abrazarla ahora mismo!

—Es una mujer admirable. Me despistó de sus verdaderas intenciones de una manera asombrosa y me sorprendió, pues no sabía que manejaba tan bien el rifle…

—¡Ah, sí!, compartimos la misma afición: la caza de la perdiz roja —comentó Elizabeth en forma natural.

—¿Entonces tú también sabes disparar?

—Sí, por supuesto.

—Siendo así… —le contestó mientras buscaba en los cajones de la sala—, esta pistola también es de Pedro.

—¡Oh, muchas gracias! Es hermosa. Ahora tendré que practicar.

—Pues nos sobrará tiempo cuando lleguemos a Madeira.

—¿Tienes algún plan en mente?

Alonso estaba por contestar cuando el vigía gritó:

—¡Piratas! ¡Piratas a estribor!

Toda la tripulación comenzó a alistarse rápidamente, a preparar las armas y tener listas las mechas y la pólvora para los cañones.

Alguien le pasó el largavista a Alonso de inmediato y este se lo entregó a Elizabeth, mientras decía:

—Veo a una mujer en cubierta.

Elizabeth miró con detenimiento y, con una sonrisa malvada, dijo:

—No podría comenzar mejor mi primer día al mando del Paridera.

—No te entiendo. Necesito que me des órdenes…

—Pues vamos a atacar el barco donde la exesposa del capitán England viaja…

Alonso se quedó de una pieza y, al segundo, reaccionó.

—¿Puedo imaginar que viene a buscar a sus hijos o a alguien más?

—Puede ser, pero no la dejaré ir sin antes darle su merecido y no permitiré que quiera atacar a los moradores de Porto Santo.

—¡Preparen los cañones para el ataque! —gritó Alonso.

Mientras se acercaban al barco de Mary-Jane, el vigía volvió a gritar:

—Han izado la bandera blanca.

—¿Se rinden? —preguntaron los marineros casi a coro.

—No le creo una sola palabra a esa maldita… —contestó Elizabeth mirando a Alonso—, con seguridad se trae algo entre

manos. Así es su juego.

—¡Prepárense para un eventual enfrentamiento! —ordenó Alonso luego de escuchar la explicación de Elizabeth.

—¡Un bote procedente del barco se acerca! —volvió a vociferar el vigía.

Elizabeth y Alonso volvieron a mirar incrédulos por el largavista.

—¿Qué deseas hacer?

—Déjenlos subir y vamos a escuchar lo que tienen para decir. Eso sí: les seguiremos el juego y no les daremos el beneficio de contestarles de inmediato —agregó con sorna—: que todos estén preparados para un eventual ataque.

El embajador del grupo apenas subió a cubierta pidió hablar con su capitán, hizo las presentaciones con mucha humildad, salteando la obviedad de presentar a una mujer, a Mary-Jane, una vez que estuvo a bordo del Paridera.

—Antes de hablar con el capitán, necesito que entreguen sus armas —solicitó Alonso.

A regañadientes, los emisarios obedecieron y los marineros del Paridera los pusieron en un lugar seguro.

—Entonces, ¿dónde está el capitán? —preguntaron los moros.

—Eu sou a capitã deste barco[21] —respondió Elizabeth mientras se abría paso entre la tripulación.

Para su sorpresa, Mary-Jane no la reconoció y ella siguió con la charada, pensando que estaría con ventaja frente a cualquier negociación.

—Soy la capitana… Roxana —se presentó.

Uno de los hombres que venía con ella contestó en un portugués sin acento:

—La señora es de origen inglés y ha venido de lejanas tierras con el solo motivo de tratar de recuperar a sus dos hijos, quienes se encuentran en la isla de Porto Santo.

—Me imagino que la señora debe ser portadora de una gracia.

—Por motivos de seguridad y discreción, obviaremos el nombre de la señora.

Elizabeth hizo un ademán para que todos bajaran a la oficina del capitán. Una vez sentados, la capitana tomó la posta y demandó:

—Lamento mucho saber que sus hijos se encuentran en Porto Santo solos… ¿Y por qué no ha venido su marido a buscarlos?

—El príncipe de Alger debe permanecer en el barco por motivos de seguridad, pero la señora ha insistido en acompañarnos, debido a la premura que le produce no haber visto a sus hijos en años.

—Nosotros acabamos de venir de allí y no hemos sabido de ningún niño raptado —ironizó.

El embajador que oficiaba de traductor trataba de hacer su trabajo lo más eficientemente posible, mas Mary-Jane se estaba cansando de tener que dar explicaciones a extraños y así se lo comunicó a su representante.

—Le pedimos que nos permita el paso franco hasta Porto Santo, pues venimos en son de paz para rescatar a los hijos de la señora.

—Me temo que eso no será posible. Mientras nosotros estemos aquí, ningún moro bordeará las costas del archipiélago si no ha sido invitado previamente.

El embajador, con mucho tacto, tradujo lo que acababa de decirle Elizabeth a Mary-Jane. Esta reaccionó de forma inesperada, pues se puso de pie llena de ira dispuesta a abalanzarse y golpear a Elizabeth. Mas su intención no prosperó, porque ambas fueron separadas por sendos bandos.

—Nos vamos de aquí —ordenó Mary-Jane.

—Me temo que eso no será posible… —Alonso tomó las riendas del asunto mostrando su pistola, mientras su tripulación maniataba y revisaba los cuerpos y los bolsillos de los visitantes—. Por favor, acompañen a la señora a mi camarote.

—Wait a moment![22] —interrumpió Elizabeth—, la señora irá al calabozo con sus emisarios, porque aquí somos todos iguales, pero antes —anunció desenfundando la espada y comenzando a deshilachar los tules de Mary-Jane— pasaré a revisarla. Entre tanto velo, tal vez podría guardar una daga y querer clavarla por la espalda a alguien…

—¡Es usted una corsaria sin piedad! ¡Solo quiero a mis hijos!

—Es usted quien quiere a sus hijos, pero ¿puede asegurar que su tripulación no querría llevarse algún tesoro que justifique su venida hasta aquí?

—Tiene mi palabra de honor.

—Su palabra para mí no significa nada. Ahora, si Su Alteza, su jeque, me da su palabra de honor y la envía por escrito, entonces podríamos avanzar en las negociaciones.

Los emisarios permanecieron en silencio. Elizabeth había desbaratado su plan: llevarse a los niños y un cuantioso botín —si fuera posible— de la isla. Alonso no esperó un segundo más y ordenó:

—Basta de conversaciones: todos al calabozo.

—¡Juro que me las pagará, Roxana! —exclamó mientras pataleaba Mary-Jane.

Una vez que se quedaron solos, Alonso advirtió:

—¿Sabes que ahora nos enfrentamos a la furia de un príncipe?

—¿Qué piensas que le harían a María una vez que la apresaran?

Alonso se había olvidado de ese detalle: María. La admiraba en silencio y Elizabeth lo había descifrado con facilidad. Era más perspicaz de lo que parecía.

—Soy consciente de a qué nos enfrentamos, pero vamos a ganar.

—Admiro tu seguridad y me da tranquilidad también que seas positiva frente a tu tripulación, pero ¿cómo lo sabes tan bien?

—La tenemos a ella en nuestro poder y no dudaré en cortarle el cuello si hunden el Paridera.

—Cálmate y no actúes por impulsos… como Pedro.

—¿Qué haría Pedro en este momento para ganar la batalla en forma aplastante?

—Ataque frontal con nuestros cañones, pero es algo suicida… Estamos muy cerca el uno del otro.

—¿Qué estamos esperando entonces?

Alonso comenzó a dar órdenes que pasaran un poco desapercibidas para el barco argelino. Hasta que sonó el primer cañón del Paridera. Y luego el segundo y el tercero.

El barco argelino no respondía con fuego, tal como esperaba Elizabeth, porque Mary-Jane estaba en el Paridera.

—Están izando varios trapos blancos en señal de rendición —le informó Alonso.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? ¿Piensas que si estuviéramos en su lugar correríamos diferente suerte?

—No, pienso que tenemos enfrente a un jeque y que tendremos un desastre diplomático en puerta.

—¿Y quién nos va a denunciar? —Rio ella.

—Tienes razón, pero soy un piloto decente, no un pirata desalmado —admitió—, no podemos acabar con todos.

—¿Quién te dijo que quiero acabar con todos? —volvió a reír—, quiero a ese príncipe vivo y todo su botín.

—¿Qué haremos si muere?

—Diremos que fue sin querer y que fueron ellos quieren querían atacar Porto Santo.

Alonso rio y, a continuación, gritó a viva voz:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Luego de escasos veinte minutos, uno de los marineros llamó a Elizabeth:

—¡Capitana! ¡Se rinden!

—¡Busquen cosas de valor y que nadie se escape en botes!

Luego de una hora, llegó la pregunta de rigor.

—¿Qué hacemos con el barco?

—¡Que lo hundan y no quede nada! —ordenó.

—¡Roxana! —exclamó Alonso—, supongo que quieres que no dejemos a nadie que pueda dar a aviso para pedir ayuda.

—Todo lo contrario, querido Alonso: todos los sobrevivientes irán vivos derecho al calabozo.

—Donde manda capitán no manda marinero…

19 Intercambio de cautivos

Excelentísimo gobernador de Porto Santo:

Lamento no poder presentarme en persona para entregar tan gratas noticias a Su Excelencia, pero debido a otros asuntos importantes que requerían mi presencia en otro lugar del Atlántico, se arrodillan ante sus pies mis emisarios y entregan como ofrenda al príncipe Alí, hijo del jeque de Alger, y parte de su tripulación.

Contarle cómo hemos ejecutado su captura sería tal vez una excusa para poder presentarle mis respetos alguna vez en persona y poder besar su mano. Lo que puedo asegurar a Su Excelencia es que la Providencia nos ha puesto en el camino de estos desalmados y hemos podido evitar nuevamente que otra catástrofe volviera a empañar la alegría tan característica de Porto Santo.

Hagan con él y sus vasallos lo que les parezca y reciban todos los honores en su nombre. Debo confirmar que su casa ha estado envuelta en los saqueos ocurridos hace ya más de cinco años en la isla. Les ruego que no mencionen mi nombre.

Roxana, Diosa del mar.

Usted debe tomarme por un necio… —exclamó el gobernador mirando a sus visitantes—. Esta epístola dice que este hombre es el causante de la masacre que costó la vida a centenares de personas. Si así fuera, debería enviarlo a la cárcel de Madeira con las explicaciones debidas a su gobernador… Y aquí tengo a una tal Roxana… —hizo una pausa y soltó una carcajada—, Diosa del Mar, quien, ni más ni menos, me ofrece en bandeja la cabeza de este condenado. Miren, señores, será mejor que comiencen a contar cómo fue realmente que este moro cayó en sus manos y, en lo posible, preparen una historia buena, ¡porque soy el gobernador de Porto Santo y no cualquier mequetrefe! —exclamó fuera de sí a los cuatro marineros que custodiaban al moro.

—Entiendo cómo se debe sentir… —metió bocado, con calma, Alonso, que estaba con él, escuchando la historia y fingía estar de visita con el Paridera en la isla por otros asuntos—. Pero debe reconocer que, sin la ayuda de esta tal… —hizo una pausa fingiendo comprobar su nombre— Roxana, no tendría esta oportunidad de oro para reclamar a los suyos en un intercambio más que provechoso, si es que no decide ajusticiarlo como bien se

merece.

El gobernador se levantó de la mesa, pues estaban almorzando, y ordenó a uno de sus súbditos:

—Que el principito ese se quede en el calabozo, porque debo pensar.

Y de ahí se dirigió a mirar por la ventana el mar, por un momento. Eran muchas las noticias para solo un día. «Normalmente, en Porto Santo nada ocurre, salvo cuando corsarios atacan», se dijo para reír con sorna de lo ridículo de la situación.

—Si no pensara en la gravedad de lo que me acabas de contar, de que Pedro se batió a duelo con el inglés, diablos, hasta diría que ha sido el mismo Pedro quien ha planeado todo esto… —comentó con tristeza.

—Mejor tómate el tiempo para escribir a tu colega de Madeira. Después de todo, deberás discutir cómo se harán las negociaciones para pedir rescate, si los rehenes de Porto Santo todavía viven…

—Esperemos que Santa María los haya mantenido con vida. —Luego agregó, cual idea repentina de genio—: Además, tenemos rehenes de Madeira también para pedir rescate.

—Bueno, precisamente, creo que ese sheik o hijo de sheik tendrá los modales necesarios para explayarse.

—Apreciaría sobremanera si usted me acompañara.

—Mejor sería que yo estuviera en las sombras. Creo que puedo discernir mejor a las personas de esa manera —dijo excusándose de algo tan obvio como era que el hijo del sheik lo reconociera y contara su versión de la historia.

—Si me promete que no se guardará ninguna opinión después de haberlo visto —negoció el gobernador—, no sabe cuánto pienso en Pedro en estos momentos.

—Ni que lo diga —asintió Alonso—, él hubiera zamarreado en un santiamén al mimado ese del hijo del rey hasta hacerlo confesar sus intenciones. Pedro tenía un sexto sentido para todo, excepto para algunas cosas… —comentó y, al instante, se arrepintió de la indiscreción.

—Quiero decirte, Alonso, ahora que lo mencionas, que Pedro me había hecho prometer ser algo así como el guardián de Elizabeth Chamberlain. Pareciera como si hubiese presentido su muerte…

—Espero que puedas cumplir tu promesa —dijo en tono alerta.

—Por supuesto que sí, solo que nadie la encuentra en la isla —confesó confundido—. Espero que no…

—¿Que no qué?

—Que la tristeza de saber que Pedro ya no se encuentra entre

nosotros no la haya consumido…

—Tú no te preocupes, que, llegado el momento, te ayudaré a encontrarla.

—Entonces, será mejor que empieces con tu tarea, porque tengo los papeles de propiedad listos a su nombre: la casa de la playa, la que perteneció al capitán England, es de ella.

—Esa sí que es una buena noticia —comentó no sin un dejo de tristeza. «Debería informar de la buena nueva a Elizabeth, aun a costa de saber que podría perderla y que nuevamente el Paridera podría quedar acéfalo», pensó.

—Bueno, ¿y los muchachos del capitán England cuándo se irán?

—El barco está programado para llegar en unos días, allí despediré a los muchachos. Sin embargo, Pedro me ha pedido que María se quedase para cuidar la casa.

—Entiendo, entonces ahí mismo tienes la excusa para embarcar a esos malditos y que sean llevados a Madeira.

—¡Es verdad! —exclamó llevándose la mano a la cabeza—. Se me había olvidado por completo ese gran detalle: la venida de un barco que me facilite la tarea. Porque supongo que el Paridera no querrá verse envuelto en esto… —dijo con tono vencido.

—Supones bien —le informó—, nos iremos a Lisboa lo más rápido que podamos.

—Bueno, entonces, terminemos nuestro almuerzo y que el chiquillo del sheik beba un poco de su propia medicina. Puede esperar en el calabozo hasta bien entrada la tarde. De allí no se va a escapar.

—Tienes toda la razón —contestó Alonso risueño.

Ya en el calabozo, los hombres encargados de los reos, sabiendo que esos prisioneros eran los artífices de los raptos, habían dado varios mamporros a los sobrevivientes, en especial al príncipe, quien a estas alturas se encontraba inconsciente y con su cara irreconocible debido a las magulladuras recibidas.

—Me parece que de este no sacaremos nada bueno —comentó Alonso con alivio—, es más, si le preguntamos si su madre es cristiana, pues nos dirá que sí, por miedo a otro bofetón.

—Creo que tienes razón —se sinceró el gobernador—, esperaba poder escribir a mi colega variadas razones, explicaciones y no solo las que me refiere la pirata Roxana en una epístola.

—¿Entonces qué harás? Porque el barco que viene seguramente querrá partir pronto a Inglaterra y con más razón si tiene que llevar reos hasta Madeira.

—La verdad es que tengo que pedirte si puedes escoltar ese barco.

—Déjame consultar con mi tripulación. Vamos de regreso a Lisboa y, si nos cruzáramos con algún corsario, seguramente tendría bajas en mis filas y no sé decirte con seguridad si es eso lo que quieren todos.

Alonso no podía hacer nada sin el visto bueno de Roxana, a eso se refería cuando hablaba de tripulación. Un comentario más del gobernador lo sacó de sus cuitas.

—Te prometo que te pagaré una suma razonable que me digas.

—Muy bien: 1000 pistoles.

—¡Excelente! —exclamó—. ¡Trato hecho!

—¡No tan rápido…! —interrumpió Alonso—. 1000 pistoles si no nos encontramos con nadie. —Hizo una pausa y continuó—: Si tengo que enfrentarme a una batalla, tú pagarás los gastos de reparación.

—Como tú digas… —aceptó el gobernador, vencido.

Mientras tanto, en el Paridera, Elizabeth todavía no sabía qué hacer con Mary-Jane. Dejarla en Madeira junto a sus hijos y que arreglara sus asuntos con su marido hubiera sido lo que *miss* Chamberlain hubiera hecho. Pero Roxana había nacido dos días atrás y la capitana no creía en cuentos de hadas. Así que se regodeaba en su camarote pensando cómo hacerla pagar por sus maldades, mientras los gritos de Mary-Jane crispaban los nervios y ponían los pelos de punta a su tripulación. Hasta que nadie pudo soportarla y fue Roxana quien tuvo que ponerle fin a sus chillidos.

—¿Dónde crees que estás?

Mary-Jane no contestó, sino que comenzó a patalear y a gritar. Roxana dio una orden y, al instante, la bañaron en agua salada.

—La próxima vez, serás comida para los tiburones… y, créeme, nadie extrañará tu presencia.

—¡Es usted una bárbara!

—Tu principito ya ha pasado a mejor vida —dijo— y seguramente estará quemándose en el infierno por haber raptado tantas mujeres.

—¡Alí es el mejor hombre que he conocido! —gritó a quien quisiera oírla.

En ese momento, Roxana tuvo una gran idea y se dirigió nuevamente a su camarote. Antes de entrar, ordenó:

—Que Alonso vuelva a bordo lo más pronto posible, porque nos

vamos a Madeira.

20 Mary-Jane England

Disculpe, Su Excelencia… —murmuró el hombre con tono tímido. Hacía ya más de diez minutos que esperaba parado.

Silencio.

—¿Su Excelencia? —preguntó creyendo que no lo oía.

—¡Shhh!

El gobernador de Madeira apenas si podía creer lo que leía: una tal Roxana, Diosa del Mar, había atrapado a un moro y parte de su tripulación responsable del rapto de las dos inglesas de Porto Santo.

—Esto debe mantenerse en secreto… —dijo bajando, de una vez por todas, la misiva.

—Su Excelencia… —El hombre trató de meter bocadillo.

—Sería un escándalo si ahora le debemos un favor a un pirata…, ¡a una mujer! Por habernos salvado de —exclamó con sorna, incrédulo— ¡otro pirata! Diremos que fue Pedro Almeida el que nos salvó.

—Eso es técnicamente imposible, Su Excelencia.

—Si es posible o imposible, ¡eso lo dictamino yo!

—Su Excelencia…

—¡Déjate de rodeos! ¿Qué quieres decirme?

—Que han repartido panfletos y toda la isla está enterada de la verdad…

—Todos… lo que se dice todos… no… —Rio—. Nuestra gente no sabe leer.

—Pero los curas se han encargado de leerlos por la mañana en la parroquia.

—A ver…, ¿para qué se junta a la mañana toda esa gentuza?

—Para rezar —contestó el criado con tono ingenuo.

—Eso es: un padrenuestro y dos avemarías. ¡Lo del panfleto estaba de más! —exclamó mientras golpeaba su escritorio.

—Bueno, y ¿ahora qué piensa hacer?

—Nada pienso… Este entuerto me viene como anillo al dedo para sacarme de encima al malvado inglés.

—No entiendo…

—Pues lee de una vez la carta o, si ya la has leído, no juegues al tonto conmigo.

Su secretario no la leyó. Sabía de memoria de qué se trataba.

—¿Va a acceder a la petición de intercambio que pide la corsaria?

—No soy yo quien tiene que decidir y, por supuesto, si hay una batalla, será fuera de la jurisdicción del archipiélago.

—Pensé que no quería que nadie se enterase.

—Por supuesto que no. Por eso mismo te lo estoy diciendo: fuera de nuestra jurisdicción, no quiero deberle nada a una… corsaria. Aunque —se detuvo regodeándose en sus pensamientos— si quiere la cabeza del capitán England, no seré yo quien se lo impida.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? Que a John England lo tolero porque debo. Así que, los enemigos de mis enemigos son mis amigos… Le facilitaremos víveres y municiones, como solicitan. Después de todo, han defendido Porto Santo.

—¿Y quién se los llevará?

—Carne de cañón siempre se encuentra disponible… —le dijo mientras miraba el mar por la ventana en dirección al puerto—. Tú por eso no te preocupes.

El domingo en la iglesia anglicana Saint Joseph se semejaba a cualquier otro: la campana llamaba al servicio, el coro cantaba como de costumbre para saludar a los feligreses que se adentraban y tomaban asiento. Hasta que John England hizo su aparición. Al principio, se hizo un silencio sepulcral. Luego fue objeto de miradas y cuchicheos entre las mujeres y sus maridos. Todos sabían de qué se trataba.

Luego de cantar dos himnos y pasar la ofrenda, el pastor Smith comenzó a hablar sobre el amor y el perdón. Luego siguió por los caminos de María Magdalena, hasta que alguien soltó una carcajada cuando habló de la mujer samaritana que había tenido cinco maridos y el último no era su marido y no tenía nombre.

—¡Mary-Jane England! —Se oyó un grito con eco.

Al instante, la congregación comenzó a chillar de la risa. Solo dos personas no reían, Georgiana y su acompañante, quienes se encontraban sentadas en la penúltima banca de la iglesia. Tal fue el desorden y la confusión que las dos damas decidieron abandonar el recinto. Como precaución, habían llegado cabalgando en dos caballos, algo que no era habitual en la isla, por lo empinado del terreno, pero tenía un motivo: partir raudamente apenas terminara el sermón. No dijeron palabra hasta que llegaron a la casa de

Georgiana.

—En la isla no se habla de otra cosa —comentó Georgiana apenas pusieron un pie en su quinta—. Pero supongo que la mayoría de las habladurías son solo eso. Será mejor que me cuentes todo porque no entiendo nada.

—Se esperaba que el capitán England entregara su barco, el Lady Jane, a cambio de su esposa. Es evidente que el amor por su esposa no es tan profundo como profesaba: llega hasta que le tocan el barco.

—Aún no te entiendo, así que, por favor, habla claro. Has venido en el Paridera, en secreto, y has tocado mi puerta, con lo que casi me da un síncope.

—Perdona, perdona —se excusó—. Mi plan era entregar a Mary-Jane a cambio de su barco. No lo hago por ninguno de sus dos maridos, sino por sus dos hijos, que no merecen quedarse huérfanos y solos en este mundo.

—Bueno, pero aún no me cuentas qué dijo o cómo reaccionó a tu pedido.

—Nos dijo que no negociará con piratas. Evidentemente, los años de soledad le sientan muy bien y me temo que prefiere quedarse así y no tener a su lado a una loca hasta el fin de sus días.

—Debería pensar en sus hijos, que ya partieron hacia Londres.

—Esos dos no piensan en nada ni en nadie más que sí mismos…

—¿Entonces cuál es tu plan ahora?

Elizabeth pensaba que lo mejor era contar lo menos posible. Mostrar todas sus cartas la haría vulnerable, aunque fuera delante de personas de bien.

—Mi plan sigue siendo el mismo: exponer el carácter maléfico del capitán England en toda la isla —contestó encontrando una excusa creíble.

—Bueno, tu plan ha sido todo un éxito: es la comidilla en todos los lugares. Hasta la iglesia.

—Sin embargo, no fue suficiente. Al capitán England le sobra cara para los escándalos.

—Bueno, tú lo dices porque el escándalo recién ha comenzado… No quisiera estar en los zapatos de ese matrimonio.

—La verdad es que, en parte, me arrepiento, porque la culpa caerá en las de nuestro género y no en el masculino.

—Eso es verdad, una nueva excusa para justificar cualquier injusticia contra nosotras, las mujeres.

—En este caso, sin embargo, esa arpía se merece eso y mucho más.

—Hablando de arpías: ¿dónde, si se puede saber, la has dejado?

—Por tu seguridad, será mejor que no sepas tanto —le contestó de manera cortante, pensando que la había dejado maniatada en un lugar secreto.

—Por favor, ten cuidado —le rogó—. Mira que este desgraciado tiene un montón de espías en la isla… ¿Tienen algún plan alternativo?

—Como te dije, mientras menos sepas, mejor. Te mantendré al tanto. Te doy mi palabra de honor.

—Entonces, será mejor que almorcemos.

—Muchas gracias. Acepto con mucho gusto y luego me iré, pues mañana a primera hora debemos partir.

Una vez que terminaron, Elizabeth le dijo:

—Tengo algo para decirte: si escuchas hablar de una pirata llamada Roxana, entonces sabrás a quién se están refiriendo.

El rostro de Georgiana se tornó pálido y prefirió no contestar. Pero entendió por completo. Antes de irse, sintió un afecto maternal hacia la muchacha y la estrechó en un abrazo, pues entendía que lo había hecho por amor.

—Por favor, te ruego que te cuides. Y que vuelvas a visitarme cuando todo esto termine.

—Cuenta con eso, no temas.

Cuando la puerta se cerró, Elizabeth fue trasladada hacia el Paridera, escondida en una carreta junto con cajas de víveres. El barco saldría a la madrugada, pues debía cumplir con el plan trazado por Elizabeth y Alonso.

Georgiana, mientras tanto, se quedó escurriéndose las manos de los nervios, en silencio en la sala de su casa. Una puerta se abrió y la mujer escuchó una voz que le decía:

—No te preocupes tanto, porque está mi tripulación para defenderla.

—¿Cómo pretendes que no me preocupe si no sabe que estás vivo? —lo increpó—. No sé si me podrá perdonar o, mejor dicho, si te podrá perdonar el creerte muerto.

—Por el momento, es mejor para todos, incluido Alonso, que me crean muerto. Eso me deja un espacio para pensar y maniobrar mi venganza.

—Pensé que habías enviado a la muchacha para cumplir ese propósito, con el cual disiento completamente, pues no tiene entrenamiento militar.

—Lamentablemente, creo que, en este entuerto, tú no estás involucrada, por eso no tienes sed de venganza.

—Pedro, Pedro —exclamó—, estoy involucrada desde el momento en que te defendí de los malhechores a sueldo de John England.

—Lo lamento —se disculpó compungido—, no me alcanzará la vida para devolverte el favor y pagarte todo lo que has hecho por mí hasta ahora.

—Mira, no lo menciones, lo he hecho por la memoria de tu santa madre, que Dios la tenga en la Gloria.

—Muchas gracias, lo sé. Como sé que me quieres como el hijo que nunca tuviste, por eso te prometo que esto terminará pronto.

—Lo único que me interesa es que este entuerto termine bien… para ti, para la muchacha y para mí. No me malinterpretes: quiero al capitán England fuera de la isla tanto como tú. Tal vez debas pensar un plan alternativo, por si Elizabeth no puede cumplir su cometido.

—Le tengo mucha fe, no te preocupes. Por algo estoy completamente enamorado de ella.

—Hablando de amores, todavía no me dices qué harás con tu esposa y tu hijo…

—Mejor ordena que me sirvan la comida y ese tema lo dejamos para otra ocasión.

Georgiana obedeció, abrió la puerta del comedor de par en par y condujo a Pedro en su silla de ruedas. Allí uno de los sirvientes corrió una de las sillas e, inmediatamente, dos criados más se apersonaron para levantar su cuerpo y poder sentar a Pedro a la mesa del comedor.

—No se puede tapar el sol con un dedo, Pedro —le recriminó—. Deberás enfrentar las consecuencias de tus actos en algún momento. Y no te olvides de que Elizabeth no tiene a nadie.

—Me tiene a mí, me tiene a mí y no le voy a fallar —aseguró—, mientras tanto, tendré lista la quinta que he comprado para vivir con ella.

—Espero que no le falles, por el bien de todos.

Georgiana se dio vuelta y tocó la campanilla para que le trajeran el almuerzo a Pedro.

21 El hijo del Sheik

El Paridera se disponía a zarpar cuando los empleados del puerto, quienes estaban desatando sogas, fueron interceptados e impedidos de continuar con sus tareas por los soldados del gobernador de Madeira. La alerta les fue dada inmediatamente a Elizabeth y a Alonso. Esta se escondió en uno de los camarotes, pues no le correspondía todavía darse a conocer.

—¿Se puede saber por qué nos están deteniendo la salida? —preguntó nerviosa, mientras espiaba lo que hacían en tierra.

—No te preocupes, lo voy a despachar en menos de lo que canta un gallo —contestó él lleno de confianza.

—Espero que sí, tenemos a nuestros muchachos desde hace una semana en una isla desierta pensando que llegará la tripulación del Lady Anne para entregarlo y, como bien indica su nombre, se llama Deserta, así que pronto se les acabarán los víveres.

—Sabes que no me he olvidado de ellos… Sin embargo, del Lady Anne no tenemos noticias. Se encuentra en paradero desconocido y eso me hace sospechar.

—Lo que más me preocupa es que se quedaron en esa isla desierta al cuidado de esa loca —continuó hablando sin escuchar.

—Sí, creo que, cuando pasemos a buscarlos, deberemos recompensarlos de algún modo.

—Mejor me voy arriba, que nos están llamando…

Cuando quisieron darse cuenta, tenían a los hombres del gobernador y al susodicho en cubierta, esperando por Alonso.

Apenas asomó su cabeza, Alonso miró a su tripulación con ojos de reprimenda y dijo:

—Deberían haberme avisado que el gobernador estaba aquí, esperando. La próxima vez serán diez azotes —les advirtió con voz impostada, para parecer más malo.

—No te preocupes, Alonso, acabo de poner un pie en el Paridera —repuso el gobernador al escuchar con agrado semejante deferencia.

—Me encanta que el gobernador me tutee y me llame por el nombre de pila.

—Debemos dejar los malos recuerdos atrás.

—Dime para qué soy bueno entonces.

—Será mejor que lo hablemos en tu camarote a solas.

Alonso no sabía qué hacer; no esperaba esta visita. Temía que Elizabeth fuera descubierta.

Disimulando su voz nerviosa, ordenó a su tripulación:

—A ver, que alguien baje y me traiga el mejor vino de Madeira que tengamos y abran paso, que nadie se cruce, pues bajo con el gobernador al comedor.

La tripulación entendió enseguida y dispuso todo para que los hombres importantes de Madeira y el gobernador bajaran.

—Lamento haber detenido el barco de forma intempestiva, pero la urgencia lo amerita, pues necesito un favor y serás ampliamente recompensado.

—Dime.

—Sé que el Paridera se dirigía a Lisboa, pero necesito que se desvíe un poco, no muy lejos, para entregar un botín y recoger a una mujer y que la traigan sana y salva, si es posible, a Madeira.

Alonso no podía creer lo que le estaban pidiendo. Sin embargo, siguió con la charada y se hizo el desentendido.

—No te entiendo, no te entiendo, explícate mejor.

—A eso hemos venido, a explicarte.

Y dicho esto, uno de sus hombres abrió un mapa y lo extendió sobre la mesa. Inmediatamente, comenzó a explicar:

—Como bien sabe, este es el archipiélago de Madeira, Porto Santo y un conjunto de islas desiertas…

—¿Me tomas por tonto? —preguntó Alonso.

—¡Ve al grano! —ordenó el gobernador a su súbdito.

—¡Ejem! —carraspeó nervioso—, este conjunto de islas desiertas, como su nombre lo dice, no están habitadas…

Debido a que el noble seguía dando largas a todos los que estaban escuchando, el gobernador tomó la palabra y finalizó:

—Necesitamos que negocie en nuestro nombre, en el nombre de Madeira, con… —tartamudeó, los nervios no lo dejaban terminar la frase.

—¿Con quién?

—¡Con unos piratas!

—Se trata de una mujer pirata —precisó uno de los ilustres, que era el más indiscreto.

—¡Cállate! —los llamó al orden.

—¡No estoy entendiendo nada! ¿Con qué piratas? —preguntó fingiendo.

—Los que estarán esperando el pago de un botín en la isla

desierta grande.

Alonso fingió montar en cólera y aseguró:

—Nosotros no negociamos con piratas.

—En este caso, sí debemos, porque se trata de la esposa del capitán England.

—Pues entonces que vaya el mismo capitán England, que dispone no solo de un barco, sino de varios.

—Tenemos un problema y es que el capitán se rehúsa a entregar el pago del rescate.

Alonso casi escupió el sorbo de vino de Madeira que estaba tomando. Sin querer, le estaban informando de todos los planes del capitán inglés.

—¿Tanto han pedido? —preguntó haciéndose el tonto.

—Han pedido el barco Lady Jane. Y el capitán no está dispuesto a dárselos.

—¡Pero se trata de su esposa! —exclamó fingiendo montar en cólera.

—Bueno, no es la primera vez que se rehúsa a pagar un rescate.

—¿Y quién de su familia fue raptado con anterioridad para rechazar el pago de un rescate? ¿Su suegra?

El grupo de hombres se rio con ganas por el chiste de Alonso.

—Pues parece que no quiso rescatar a la institutriz de sus dos niños.

—Ese hombre no tiene moral.

—Exacto —exclamó—, los rumores que cuentan que ha dejado a la pobre muchacha Elizabeth Chamberlain a merced de sus piratas captores y que no quiso negociar con esos forajidos el pago del rescate, no son infundados. Pues si no ha querido sacrificar un barco por la vida su esposa, no quiero imaginarme el destino de esa pobre muchacha y dónde se encontrará ahora.

—Lo he escuchado también durante mis estancias en Porto Santo. Y no son rumores. En el pueblo no se hablaba más que de ese tema. Parece que la muchacha ayudaba a todos los enfermos y oficiaba de enfermera con el doctor Smith.

—Caramba —murmuró el gobernador sorprendido—, no contaba con esa información. No entiendo por qué no ha querido rescatar a una muchacha de carácter tan piadoso entonces.

—Si ha hecho trampa en un duelo, usted y yo sabemos que sería capaz de cualquier cosa.

El gobernador se puso colorado y, de los nervios, quiso beber un sorbo de vino de Madeira, pero tragó mal y comenzó a toser, manchando todo el mapa.

—No se ponga nervioso, excelentísimo —dijo con sorna Alonso—, el pago de nuestros pecados tarde o temprano llega y se hace en vida, no en muerte, no en el más allá.

—No tenía idea de las mañas del capitán, cuando de un duelo de honor se trata —reconoció con tono sincero—. No me gustan los duelos, por lo general, porque desde mi punto de vista, hablando se entiende la gente.

Alonso estuvo en un tris de abofetearlo. «Es un cobarde con huevos», pensó.

—Qué bueno que le guste hablar.

—Yo tampoco contaba con que nosotros fuésemos parte del plan —se disculpó—. El Paridera no posee la munición necesaria en caso de tener que enfrentarnos a un barco pirata o a varios…

—Lo sé, lo sé —asintió con un tono de satisfacción—. Por eso hemos venido con todo preparado. Le traemos municiones y víveres que serán, en parte, el pago de este favor.

—Esas municiones y los víveres a los que se refiere, que usaremos, si es que aceptamos, serían para cumplir su cometido, no para nuestro divertimento.

—Por eso le estoy diciendo que nuestro acuerdo sería más que justo. Nadie paga con víveres y en metálico.

—Tendría que hablar con mi tripulación, pues vamos casi de retirada. Un enfrentamiento con piratas pondrá en juego muchas vidas y no puedo asegurarle que toda mi tripulación quiera sumarse a esta aventura, porque la condición que le puedo ofrecer es que o vamos todos o no va ninguno.

El gobernador miró a los costados para pedir consejo de sus ilustres. Y sin pensarlo dos veces, dijo:

—Denos un momento para pensar en una suma que deje contentos a todos.

Luego de unos instantes, el gobernador volvió con una oferta:

—Les daremos a todos 3000 pistoles.

Alonso sonrío, sacudió su cabeza y contestó:

—Es usted quien viene a nosotros con una historia de lo más descabellada diciendo que, aunque hay un capitán, que debería ser responsable del rescate, no quiere pagar por la liberación de su esposa y que usted quiere hacerlo de cualquier modo… Dígame: ¿está actuando en nombre del capitán? —El gobernador contestó con balbuceos, por lo que Alonso volvió a arremeter con su pregunta—: ¿Sabe el capitán England lo que está haciendo?

—¡No, no lo sabe! —le espetó en la cara—. ¡Quiero vengarme de ese hombre!

Alonso tomó la botella de vino de Madeira, se sirvió una copa y le dijo:

—¡Haberlo dicho antes, hombre! ¡Este bastardo nos debe la vida del capitán Almeida!

Los ilustres de Madeira, junto con el gobernador, respiraron con alivio.

—¿Y qué piensa hacer con la mujercita? Si es verdad lo que dice el panfleto, mejor dicho, los panfletos que fueron repartidos en toda la isla, le soy sincero: no sé si estará mejor en Madeira o si lo más acertado sería llevarla a Londres. Las burlas sobre esta mujer y el principito hijo del sheik son la comidilla de todos sin excepción, en todos los lugares, desde el burdel, la plantación de caña de azúcar, las vides y hasta la misma iglesia.

—Despreocúpese, a ese príncipe lo cambiaremos por otras víctimas, que, Dios mediante, esperamos recuperar con vida.

—Es que si fuera católica y estuviéramos en los días de la Inquisición, quemarla hubiera sido poco. Mire que irse a juntar con un moro…

—Como le dije, el hijo del sheik no es el verdadero problema aquí y ahora —repitió resuelto—. Entonces, ¿tenemos un trato?

Alonso se tomó el tiempo suficiente para pensar y luego replicó:

—Tenemos un trato.

Tímidamente, los nobles y el gobernador sonrieron levantando su copa y, cuando la estaban por beber, Alonso agregó:

—Por 10000 pistoles traeremos a la mujer, delo por hecho.

Los nobles se atragantaron y comenzaron a murmurar en desacuerdo.

—Si tenemos que luchar con esa pirata Roxana, de la cual nunca habíamos oído hablar, no sabemos a qué cosa nos enfrentaremos…

—Bueno, si lo dice de esa manera, aquí les dejaremos las 5000 pistolas. El resto se lo daremos cuando tengamos a la mujer.

—Más le vale.

—Por supuesto —aseguraron los nobles.

Alonso todavía tenía algunas preguntas y no sabía cómo sacarles a los aristócratas de mentira verdad, así que dijo:

—Y si usted quiere, nos llevamos el Lady Jane para entregárselo a sus raptores. Ahora, las condiciones son innegociables: la mitad ahora y la otra mitad contraentrega.

—Lamentablemente, el Lady Jane no se encuentra en aguas madeirenses.

—Bueno, entonces debemos ganar a como dé lugar la batalla —contestó— para poder llevarnos a la señora England.

—Eso espero —dijo con tristeza—, no me apetece perder compatriotas por la tacañería de un inglés.

—Y hablando de tacañería, estamos retrasados y el tiempo es oro, así que mejor pongámonos a cuentas… —lo apuró Alonso, aprovechando la oportunidad.

El gobernador no tuvo otra alternativa más que ceder a la petición del piloto y, como a las dos horas, luego de que todo el cargamento de víveres e insumos para los cañones estuviera bien guardado, el Paridera se encontraba de camino a la isla Deserta Grande.

Una vez que buscaron a Mary-Jane y a su tripulación, Elizabeth se acercó con afecto y les preguntó:

—Espero, muchachos, que no hayan sufrido demasiado con esta mujer.

—A decir verdad, estuvo bastante callada porque tuvimos una invasión de arañas, así que nos rogaba todo el tiempo que no la dejáramos sola. Y nosotros pusimos la condición de que dejara de chillar.

—¿Cómo es eso? —preguntó sorprendida—. Si hubiera sabido, la hubiera dejado sola… con sus hermanas.

—Con sinceridad, pasamos todo este tiempo entretenidos, matando tarántulas para la *senhora*.

Mientras volvían a Madeira, Elizabeth miró a Alonso y preguntó:

—¿Este encargo va a salir bien?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, es solo que no me fio de nadie…

—Tienes toda la razón —dijo reflexionando—, por eso enviaremos a Mary-Jane en un bote.

—¿Y eso?

—Es por pura precaución. Y ahora que estamos hablando, estas 5000 pistolas que el gobernador de Madeira tan afectuosamente nos ha regalado son para ti.

—¿De qué estás hablando?

—De que nos dirigimos a Porto Santo para dejarte en tu casa.

—¿De qué diablos estás hablando? —reiteró su pregunta, aún más enojada.

—De que el gobernador de Porto Santo tiene que hablar contigo en persona y considero esta oportunidad como la más conveniente.

—¿Tú piensas por mí? ¡Yo no tengo nada más que hacer allí! ¡Tengo que vengar a Pedro!

—Te equivocas —la interrumpió—, tienes mucho que hacer porque Pedro te ha dejado bienes y el gobernador nada puede hacer

si tú no te apersonas.

—¡Quiere decir que esto ya lo sabías y nada me habías dicho! ¿Qué tiene de diferente ahora mismo?

—La diferencia es que no quiero que te vean.

—Yo soy la capitana. Tú me has nombrado.

—No es conveniente que te vean en Madeira —insistió.

—¿Y qué si me ven? ¿Por qué no quieres que me vean?

—No todavía. Y quédate tranquila, porque volveremos por ti.

El Paridera dejó oficialmente a Elizabeth en Porto Santo y enseguida fue avisado el gobernador de que habían localizado a la señorita Chamberlain, a quien muy gratamente recibió en su despacho.

—Ya había comenzado a preocuparme, señorita. —Fue todo el saludo que le dio apenas la vio.

—Su Excelencia de nada tiene que preocuparse. Estoy a su orden. ¿Para qué asunto me buscaba?

El gobernador de Porto Santo la miró fijamente y, con pudor ajeno, dijo:

—El capitán Pedro Almeida le ha dejado esta epístola —le informó mientras sacaba de un cajón bajo llave una carta lacrada—. Por favor, tome asiento, léala con tranquilidad y, cuando se encuentre lista, mis sirvientes me avisarán.

Porto Santo en el año de nuestro Señor Jesucristo 1802, agosto 12

Amada Elizabeth:

Si estás leyendo esta carta, es porque lamentablemente he perdido la vida y ya no podremos estar juntos. Sin embargo, te dejo para siempre mi amor y mi devoción incondicional.

Sabe, pues, que gracias a grandes amigos, como el gobernador de Porto Santo, he podido dejarte la casa de la playa a tu nombre. Solo quedan las formalidades propias de la compraventa y tu firma. También he dejado una pequeña fortuna para ti y para João. Deberás ponerte en contacto con mi tesorero Fradique. No te preocupes, Alonso sabe cómo.

Viajo a Madeira con muchos deberes, pero quiero decirte que deseo comprar una quinta allí para los dos. Por favor, pregunta a Su Excelencia y él te indicará con quién hablar en Madeira para hacer las averiguaciones pertinentes.

Quiero que sepas que estos meses juntos han sido los mejores y que supe, desde el primer momento, que serías la mujer de mi vida.

Tuyo por siempre,

Pedro.

Como el gobernador no era llamado, decidió él mismo que ya

era tiempo de preguntar por la muchacha. Así que, de forma tímida, golpeó la puerta de su despacho y, sin más, entró.

Elizabeth se encontraba mirando al horizonte, con sus ojos llenos de lágrimas.

—Necesito cumplir con las formalidades de compraventa y que firme los contratos.

La muchacha obedeció sin chistar. Luego de un momento, el gobernador juzgó oportuno ofrecerle algo fuerte. Sabía que era una mujer especial.

—Gracias… —Fue todo lo que ella dijo desde que leyó la carta.

—Elizabeth, lamento su pérdida, pero debo decirle que, a pesar de todo lo malo que le ha sucedido, Dios se ha encargado de no dejarla desprotegida y Pedro ha sido su instrumento.

—Tiene razón… —acotó luego de un momento.

—Vamos, anímese un poco, ahora tiene mucho en qué ocupar sus días. Tiene una casa que remodelar a su gusto.

Los ojos de Elizabeth se iluminaron y le preguntó sin rodeos:

—Dígame, Excelencia, si quisiera encontrar una quinta en Madeira, ¿quién sería el agente inmobiliario de confianza de Pedro?

El gobernador se sorprendió por lo repentino de la pregunta, aun así, le contestó:

—Sería el señor Ainsworth… Pero no entiendo: ¿no está contenta aquí?

—Amo esta isla, es paradisíaca. Sin embargo, quisiera saber cuándo sale el próximo barco a Madeira.

—En unas dos semanas llega el Lady Jane con un cargamento.

—No podría darme mejores noticias. —Sonrió pícara.

Elizabeth volvió a su nuevo hogar exultante de alegría. María, que sabía las malas noticias que le esperaban con el gobernador, se sorprendió del buen humor de la muchacha.

—A ti te sucede algo que no me estás contando.

Elizabeth no le contestó. Solo se limitó a reír.

—Tenemos un dicho aquí: el que solo se ríe de sus picardías se acuerda…

Elizabeth decidió pasar por alto el comentario y solo le ordenó:

—¿Cuántos pescadores o exmarineros con mucha experiencia hay aquí?

María rio y dijo:

—Mejor pregunta quién no fue marinero, querida.

—¡Excelente! —exclamó Elizabeth, palmeando fuerte.

—¿Qué te sucede?

—Que tengo que llevar a cabo un plan, pero para eso necesito

que reclutes a los mejores marineros con los que cuente la isla.

—¿Y se puede saber por qué? No me digas ahora que quieres rentar un barco y dedicarte a ir por los siete mares —cuestionó con sorna.

—No, nada de rentar. Vamos a asaltar el Lady Jane.

—¿Has perdido la razón? ¡Si no tienes barco para salir a su encuentro y asaltarlo!

—No necesito hacer ningún esfuerzo, porque el Lady Jane viene a nosotros en unos días.

—¿Y cómo piensas vencer a toda una tripulación entera?

—Eso, querida María, lo dejo a tu criterio. Puedes entretenerlos como quieras. —Rio.

22 Ofrenda de paz

Alonso entró con furia al despacho del gobernador. «Debo fingir todo lo que pueda, para no levantar sospechas», se dijo.

El gobernador había sido avisado, momentos antes, de que el Paridera había vuelto con la mujer del capitán England sana y salva, del mismo modo que el barco.

—Me complace sobremanera que no haya habido bajas en sus tripulaciones y que hayan cumplido con mi encargo en forma sobresaliente.

Alonso lo miró con cara de pocos amigos y le dijo con sorna:

—No es a mí a quien tiene que agradecer, Su Excelencia, sino más bien a Roxana, mejor conocida como Diosa del Mar.

—Con el debido respeto que usted se merece, señor Alonso, evidentemente usted conoce mejor que yo cómo manejarse con piratas, pero será mejor que me explique lo que me quiere decir.

—Lo que le quiero decir es que encontramos solamente a la mujer en la isla desierta, pero ningún pirata. Solo esta nota, dirigida a usted:

Excelentísimo señor gobernador de Madeira:

Reciba como ofrenda de paz a la señora England. Mi interés no reside en esta mujer, sino en el barco Lady Jane. Le ruego que tenga a bien hacer los arreglos pertinentes para que pueda disponer de él.

Como muestra de buena voluntad, el Paridera no se ha encontrado en altamar conmigo. Faltaba más. Yo tengo códigos y no ataco a un barco sin capitán. Así que le ruego por su bienestar que no vuelva a amenazarme. Entrégueme el Lady Jane en 30 días.

Estaré esperando su respuesta.

Roxana, Diosa del mar.

El gobernador, luego de leer la misiva, se puso de pie y exclamó muy fuerte para todos lo oyeran:

—¡Faltaba más que una mujer me amenace en mi isla!

Girando su cuerpo, se dirigió hasta donde estaba Alonso. Había decidido no pagarle el resto del trato, pero viendo el desenlace,

prefirió sacarse de encima a un oficial de carne y hueso que sí podría hacerle daño y mantener engañado a un fantasma. «Después de todo», se dijo, «los fantasmas no existen».

Momentos antes, Alonso había cerrado un trato con Mary-Jane: llevarla a Lisboa escondida en el Paridera para que luego pudiera encontrarse con sus hijos en Londres. Pero antes debería fingir arrepentimiento con el capitán England y guardar silencio de todo lo que había sucedido. Hablar solo de Roxana y no del Paridera.

—Sabemos, sin embargo, que usted no es de fiar, pero Roxana ha insistido, no por usted, señora, sino por sus hijos, quienes en este momento se encuentran en un internado.

Mary-Jane no respondió, sino que lloró al conocer el destino de sus hijos.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ustedes?

—No lo sabe. Así como nosotros sabemos con certeza que usted no es de fiar, sin embargo, Roxana es mujer y sabe lo que es crecer sin sus hijos.

—¿Roxana tiene hijos que no puede ver? —preguntó curiosa.

—Exacto —mintió—, le fueron arrebatados injustamente.

—Comprendo ahora… —Hizo silencio por un momento—. Le doy mi palabra de que ayudaré a obtener el Lady Jane y pido que la capitana —dijo ahora con respeto— cumpla con su palabra de poder reunirme con mis hijos.

—De parte de Roxana, delo por hecho. De su parte, ya veremos… Y ya verá de lo que somos capaces si no cumple.

El Lady Jane ya no tenía la escultura de una mujer que se asemejaba a Mary-Jane, sino que ahora había sido lijado por completo y, en su lugar, una espada con el Lady Roxana en letras doradas estaba grabado.

Elizabeth ya no podía esperar más para partir en dirección a Madeira, así que una vez que los trabajos fueron terminados, abandonaron las islas desiertas, donde habían hecho una parada para trabajar.

Elizabeth deseaba visitar a Georgiana, pues su tío sabría guiarla hasta la quinta que Pedro, tal como lo conocía, habría comprado para ella…, para ambos.

Su nueva tripulación buscaría a la tripulación del Paridera y esperaría instrucciones de Alonso, además de su paga. Esas habían sido las órdenes.

Enseguida, contrató un carruaje para que la llevara hasta la

quinta de Georgiana. Se hizo anunciar y esperó un buen rato antes de que la atendieran.

—Por un momento, pensé que estarías en Inglaterra… —dijo Elizabeth estrechándola en un abrazo.

—Elizabeth, ¿qué haces aquí? —preguntó una más bien fría Georgiana.

—Pedro me ha dejado una quinta aquí y la verdad es que no he podido contener mi curiosidad y he venido a conocerla… —contestó un poco confundida.

—Comprendo —replicó cortante—, pero en estos momentos mi tío no se encuentra. Tendrás que esperar. La pregunta es dónde, porque corres peligro al estar en la isla.

—¿Peligro? —Rio—, tengo a Alonso y a toda la tripulación del Paridera a mi servicio.

—Digo que lo mejor sería que volvieras al barco y esperaras allí.

—¿Tú sabes dónde está esa quinta?

—Sí, la conozco.

—Entonces, podrías llevarme…

—No creo que sea una buena idea. Será mejor que…

—¿Qué te sucede? —le preguntó ofendida—. Siempre has sido tan amable conmigo y ahora casi no puedes soportar mi presencia.

—Te pido perdón. Tienes razón. Déjame arreglar con la servidumbre para que nos lleven hasta tu quinta.

Cuando llegaron, encontraron a carpinteros y albañiles ocupados en los quehaceres de lo que era una casa con un jardín imponente, diferentes árboles frutales y flores por doquier.

—Es impresionante que todavía sigan trabajando después de la muerte de Pedro… —comentó presa de la emoción y estalló en llanto.

Georgiana la observaba en silencio hasta que no pudo más y dijo:

—Elizabeth, debes acompañarme a mi casa inmediatamente. No puedo ser más cómplice, ni un minuto más.

—¿Qué quieres decir?

—¡Sube al carruaje!

Luego de diez minutos, Elizabeth exigió:

—Dime qué sucede.

—Pedro… está… vivo.

—¿Qué dices? —preguntó confundida—. Es una mentira.

—Es la pura verdad: está vivo. Pero debes prepararte, porque cayó por el acantilado y se lastimó la columna.

—No puede ser… Alonso me aseguró su muerte.

—Alonso no sabe nada.

El carruaje se detuvo. Georgiana había omitido algo muy importante. Elizabeth abrió la puerta y corrió como loca hacia la entrada.

—¡Elizabeth! ¡Elizabeth! —gritó Georgiana con desesperación—, ¡espera!

Una vez en el vestíbulo, Elizabeth no esperó que ningún sirviente le indicara nada, sino que comenzó a gritar:

—¡Pedro! ¡Pedro!

Una mujer vestida elegante, pero decorosa salió a su encuentro y dijo:

—Buenas tardes.

Elizabeth, al instante, lo supo y disimuló:

—Buenas tardes, señora.

En ese momento, salía el señor Ainsworth empujando la silla de Pedro. En sus rodillas, cargaba a un muchacho.

Elizabeth simuló como pudo y fue Georgiana quien la salvó de la vergüenza:

—Mafalda, te presento a Elizabeth, hija del finado Edward Chamberlain, amigo íntimo de mi padre y de Pedro.

—Es un placer —dijo Mafalda.

Pedro miraba a las dos mujeres con horror y no sabía qué hacer, así que pronunció:

—Señorita Chamberlain, espero que la quinta sea de su agrado.

—La quinta excede mis más profundas fantasías. Es preciosa —murmuró ella al borde del llanto.

—Déjeme llevarla a su casa, señorita —dijo, por fin, el señor Ainworth.

—No se preocupe, tengo el carruaje listo para volver a la quinta.

Una vez allí, Elizabeth cambió de parecer y pidió:

—Llévenme al puerto.

Allí se encontró con un Alonso confundido.

—¿Se puede saber cómo has podido hacer todo esto sola?

—Soy una mujer de recursos… —dijo como al pasar.

—Pero, por favor, ¡cuéntame!

—No tengo nada que decir, solo que quiero partir en mi barco.

—El Paridera estará listo cuando quieras.

—Ese ya no es mi barco… El Lady Roxana ahora es mío.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender. Quiero remodelar el barco en el continente. Dime cómo puedo hacer.

—Eso llevará tiempo y dinero.

—Bueno, eso es algo que tengo.

—Tendrás que obtener los papeles necesarios.

—Supongo que eso no será un problema para ti.

—No. Lo que sí es un problema es tu apuro por abandonar la isla.

—Entonces, entendiste bien. Nos vamos.

—Bueno, déjame buscar a todos. Tú no partirás sola. Nos iremos al amanecer.

Pedro trató de salir como pudo sin ser visto, pero eso ya no era tan fácil; estaba en silla de ruedas y su mujer lo había estado buscando por mucho tiempo. Le debía respeto, aunque también le debía una explicación a Elizabeth.

Una vez que pudo salir de la casa, se dirigió con ayuda de los sirvientes de Georgiana a la quinta, donde no la encontró. Mientras miraba al horizonte pensando dónde podría estar, pudo ver cómo dos barcos abandonaban la costa de Madeira...

Biografía

Karina Graciela Salazar nació en el barrio porteño de San Telmo, Buenos Aires, Argentina donde vivió hasta cuando emigró en 1999 a Lucerna, Suiza. Actualmente reside en la provincia de Zurich.

Karina es soprano lírica y además posee un Master in Science in Global Marketing expedido por la Universidad de Liverpool. Su pasión por el vino hizo que también se graduara en cursos WSET. Todos sus estudios le han permitido ofrecer sus servicios organizando eventos donde todos los sentidos (música, lectura y ágape) se funden en un mismo espacio.
Su amor por la lectura y más específicamente por la escritura vienen de larga data, desde cuando en 3er grado de primaria ganara un concurso de cuento intercolegial y el premio fuera un libro de Marco Denevi "Robotobor". Desde allí supo que algún dia cumpliría uno de sus tantos sueños: Escribir libros.

Visita su página: karina-salazar.com

Otros libros de Karina:

-Trilogía La guarda Suiza Pontificia.
-De Mendoza con amor – Aquí el agua se convierte en vino.
-Bella sí… Durmiente no.
-Cuánto cuesta que me cuentes.
-Cuarentena en la granja,

[1] 12 de agosto: Inicio de la temporada de caza de la perdiz roja.

[2] Los caracoles.

[3] Mobiliario: En esa época, se refería a vestidos y otras pertenencias.

[4] Expresión que en inglés significa mites y se refiere a la ofrenda de la viuda en el Evangelio de Lucas 21:4.

[5] Pequeño Carlitos.

[6] «Tendremos que enseñar a esta chiquilla que este lugar es Madeira y no Londres».

[7] Vestido usado en las cortes europeas aristócratas.

[8] San José.

[9] Profesión.

[10] «Madera», en español.

[11] Sopa de Madeira.

[12] Pan típico hecho con patata y untado con mantequilla de ajo.

[13] Es una pequeña gorra de paño azul y forro rojo, sin visera, que acaba en una punta a modo de rabo de 1.5 a 2 cm de longitud, por donde se coge para saludar. La llevan tanto hombres como mujeres.

[14] Eso no es posible.

[15] Hijos del capitán.

[16] «Bueno, terminemos rápido con estos andrajosos, la suma de 1000 pistoles tendría que bastar para que estos maten a quien nosotros le ordenemos».

[17] Pistole es una moneda de oro.

[18] Divide y reinarás.

[19] No estoy segura de ser digna de ese puesto.

[20] Tu estás más que preparada… En realidad, creo que has nacido para esto y el destino te lo demuestra hoy.

[21] Yo soy la capitana de este barco.

[22] ¡Esperen un momento!